



# **Universidad Nacional Mayor de San Marcos**

**Universidad del Perú. Decana de América**

Dirección General de Estudios de Posgrado  
Facultad de Letras y Ciencias Humanas  
Unidad de Posgrado

## **La independencia o soberanía de los Estados frente a la dominación externa: una dimensión de la libertad ausente en las teorías republicanas contemporáneas**

### **TESIS**

Para optar el Grado Académico de Magíster en Filosofía con  
mención en Historia de la Filosofía

### **AUTOR**

Giancarlo Wilfredo GARCÉS ARCE

### **ASESOR**

Alan Martín PISCONTE QUISPE

Lima, Perú

2020



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

## Referencia bibliográfica

---

Garcés, G. (2020). *La independencia o soberanía de los Estados frente a la dominación externa: una dimensión de la libertad ausente en las teorías republicanas contemporáneas*. Tesis para optar el grado de Magíster en Filosofía con mención en Historia de la Filosofía. Unidad de Posgrado, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.

---

## HOJA DE METADATOS COMPLEMENTARIOS

Código ORCID del autor	0000-0002-8346-7807
DNI o pasaporte del autor	71857788
Código ORCID del asesor	0000-001-7597-5785
DNI o pasaporte del asesor	08159765
Grupo de investigación	Universo y República
Agencia financiadora	
Ubicación geográfica donde se desarrolló la investigación	Perú, Lima, Callao Entre los 10° 15' de latitud sur y los 75° 38' y 77° 47' de longitud al oeste del meridiano de Greenwich.
Disciplinas OCDE	Filosofía <a href="http://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.03.01">http://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.03.01</a>  Ciencia política <a href="http://purl.org/perepo/ocde/ford#5.06.01">http://purl.org/perepo/ocde/ford#5.06.01</a>

**UNIDAD DE POSGRADO**  
**ACTA DE SUSTENTACIÓN DE TESIS DE**  
**GRADO ACADÉMICO DE MAGISTER**

A los treinta y cuatro días del mes de agosto de dos mil veinte, siendo las 14:00 horas, vía Skype, se reunió el Jurado de Grado integrado por los profesores Dr. Zenón Depaz Toledo (Presidente), Dr. Alan Pisconte Quispe (Asesor), Dr. Miguel Ángel Polo Santillán (Informante) y Dra. Verónica Sánchez Montenegro (Informante) para calificar la sustentación de la tesis titulada **LA INDEPENDENCIA O SOBERANÍA DE LOS ESTADOS FRENTE A LA DOMINACIÓN EXTERNA: UNA DIMENSIÓN DE LA LIBERTAD AUSENTE EN LAS TEORÍAS REPUBLICANAS CONTEMPORÁNEAS**, presentada por el señor Giancarlo Wilfredo Garcés Arce Bachiller en Filosofía, para optar el Grado de Magister en Filosofía con mención en Historia de la Filosofía.

Hecha la exposición y absueltas las preguntas formuladas por el Jurado, éste acordó la siguiente calificación de acuerdo a lo establecido por el Reglamento General de Estudios de Posgrado.

EXCELENTE (20)

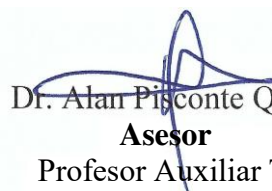
---

Habiendo sido aprobada la sustentación de la tesis, el Jurado recomendó que la Facultad proponga que se le otorgue el grado académico de Magister en Filosofía con mención en Historia de la Filosofía al bachiller **Giancarlo Wilfredo Garcés Arce**.

El acto académico de sustentación concluyó a las 16:30 horas.



Dr. Zenón Depaz Toledo  
**Presidente**  
Profesor Principal T.C.



Dr. Alan Pisconte Quispe  
**Asesor**  
Profesor Auxiliar T.C.



Dr. Miguel Ángel Polo Santillán  
**Informante**  
Profesor Principal T.C.



Dra. Verónica Sánchez Montenegro  
**Informante**  
Profesora Auxiliar T.C.

## ÍNDICE DE CONTENIDO

<b>RESUMEN.....</b>	<b>8</b>
---------------------	----------

<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>9</b>
--------------------------	----------

### **CAPÍTULO I: EN BÚSQUEDA DE LA NO-DOMINACIÓN: LA LIBERTAD EN LA TEORÍA POLÍTICA NEORREPUBLICANA.....16**

1.1. Genealogía de la tradición republicana.....	16
1.2. El redescubrimiento contemporáneo de la tradición política republicana.....	21
1.3. El neorrepblicanismo: una teoría política acerca de la libertad como ausencia de dominación.....	31

### **CAPÍTULO II: LOS LÍMITES DEL REPUBLICANISMO CONTEMPORÁNEO: LA SOBERANÍA O INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS COMO DIMENSIÓN AUSENTE EN LAS TEORÍAS NEORREPUBLICANAS DE SKINNER, PETTIT Y VIROLI..... 43**

2.1. Consideraciones preliminares sobre la teoría neorrepblicana de la libertad de Skinner, Pettit y Viroli.....	43
2.2. Metodología, historia y libertad: El neorrepblicanismo de Quentin Skinner como teoría política sobre la libertad individual.....	46
2.3. El neorrepblicanismo de Philip Pettit como teoría de la libertad y el gobierno: Expatriación de la soberanía estatal y configuración de un orden internacional frente a la dominación externa.....	65
2.4. El patriotismo republicano frente a los enemigos internos: El olvido de la problemática de la dominación externa en el neorrepblicanismo de Maurizio Viroli.....	78

### **CAPÍTULO III: LA LIBERTAD REPUBLICANA FRENTE A LA DOMINACIÓN EXTERNA: SOBERANÍA O INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL DEL SIGLO XXI..... 91**

3.1. La otra dimensión de la libertad republicana: La independencia o soberanía de los Estados en los escritos republicanos del pasado.....	91
3.2. La crisis de soberanía de los Estados nacionales en el contexto de la globalización neoliberal: Sobre la injerencia de los organismos financieros internacionales, las empresas multinacionales y los organismos no gubernamentales en los asuntos locales.....	113
3.3. La soberanía o independencia de los Estados nacionales latinoamericanos en tiempos de globalización neoliberal: una interpretación desde la teoría republicana de la libertad.....	132
 <b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>152</b>
 <b>REFERENCIAS.....</b>	<b>161</b>

## RESUMEN

La presente investigación demuestra, en primer lugar, que el neorrepublicanismo de Quentin Skinner, Philip Pettit y Maurizio Viroli únicamente reivindica una de las dos dimensiones de la libertad republicana: la ausencia de dominación interna. Esta es la razón por la cual sus propuestas normativas abordan críticamente la dominación que en la actualidad sufren los individuos dentro de las fronteras de sus respectivas comunidades políticas, mas no la dominación que padecen los Estados nacionales en el marco de las relaciones internacionales. Y ello acontece a pesar de que la tradición republicana representada, entre otros, por Cicerón, Bruni, Maquiavelo, Rousseau y Hamilton siempre enfatizó que la libertad debe ser garantizada frente a agentes arbitrarios o dominantes tanto internos (tiranos, oligarquías, facciones) como externos (Estados colonialistas o imperialistas). Desde esta perspectiva, puede argumentarse que el neorrepublicanismo de Skinner, Pettit y Viroli representa una versión empobrecida e insuficientemente audaz del republicanismo si se le compara con el republicanismo del pasado.

En segundo lugar, se plantea que en tiempos marcados por la globalización neoliberal como los actuales, los organismos financieros internacionales, las empresas multinacionales, los organismos no gubernamentales y otros agentes externos se sitúan en una posición dominante con relación a Estados nacionales no hegemónicos tales como aquellos que integran Latinoamérica. Sobre esta base, se exponen también algunas alternativas fundamentales que podrían enarbolarse desde un nuevo republicanismo para enfrentar la crisis de soberanía o independencia de los Estados nacionales latinoamericanos.



## INTRODUCCIÓN

Desde las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado, la teoría republicana alcanzó la categoría de tópico fundamental dentro de los ámbitos de estudio de la ciencia política y la filosofía política. De manera especial, fue en el contexto de algunas de las más importantes universidades anglosajonas que dicha tradición política empezó a adquirir centralidad como objeto de análisis para una serie de investigadores, entre los cuales puede mencionarse a John Pocock, Quentin Skinner, Philip Pettit y Maurizio Viroli<sup>1</sup>. A través de sus distintos escritos, artículos e intervenciones, cada uno de ellos ha buscado establecer cuáles fueron los principales ideales, valores y consignas de esta teoría política republicana; la cual había pasado al olvido, de acuerdo con aquellos, como consecuencia de la hegemonía de la tradición liberal en la teoría y la práctica políticas de los últimos siglos. Sobre la base de lo anterior, se han reivindicado, como pertenecientes a una misma matriz teórico-política, las célebres figuras de personalidades como Polibio, Cicerón, Livio, Salustio, Séneca, Salutati, Bruni, Guicciardini, Giannotti, Maquiavelo, Milton, Harrington, Rousseau, Hamilton y Madison.

El importante detalle a considerar es que el interés por el republicanismo en los investigadores mencionados no ha quedado circunscrito únicamente a la pretensión de clarificar y develar los perfiles más decisivos de dicha tradición política. Ninguno de ellos se ha conformado con lograr el objetivo de sacar a la luz un territorio intelectual insuficientemente explorado en los últimos siglos. Principalmente Skinner, Pettit y Viroli se encuentran completamente convencidos de que los principios morales y políticos enarbolados por la tradición republicana deben ser considerados como valores por los que resulta necesario luchar en el contexto de las sociedades democráticas contemporáneas<sup>2</sup>;

---

<sup>1</sup> Entre los autores mencionados, fue Pocock el primero en llevar a cabo este redescubrimiento de la tradición republicana al publicar *El momento maquiavélico* en 1975. No obstante, cabe recordar que antes de esta fecha se realizaron una serie de contribuciones que empezaron a perfilar la relevancia que iba a adquirir la teoría política republicana posteriormente: *Sobre la revolución* (1963) de Hannah Arendt, *Los orígenes ideológicos de la Revolución Americana* (1967) de Bernard Bailyn y *La creación de la república americana* (1969) de Gordon Wood, tres libros en donde se defiende la tesis de que la Revolución Norteamericana fue un fenómeno de raíces ideológicas republicanas, no liberales, a pesar de lo que durante largo tiempo había establecido la historiografía referida a dicho acontecimiento.

<sup>2</sup> Como se apuntará en el primer capítulo, además de la actualización de la tradición republicana llevada a cabo por los citados autores, pueden traerse a colación las realizadas por Michael Sandel y Charles Taylor sobre las bases del comunitarismo y por Hannah Arendt a partir de su crítica a la modernidad y de su defensa de la vida cívica como forma de autorrealización humana. En palabras de Sourojon (2014), la primera forma de republicanismo puede ser catalogada como republicanismo liberal, la segunda como

contexto dominado intelectualmente por los rezagos del socialismo, los embates recientes del comunitarismo y, sobre todo, por la presencia siempre influyente del liberalismo. Tres perspectivas que, sin embargo, resultan bastante limitadas e insuficientes cuando se busca visibilizar las distintas formas de injusticia, arbitrariedad y dominación existentes en la actualidad y cuando se torna necesario concebir las políticas públicas más eficaces para garantizar la libertad entre los individuos.

En palabras de Skinner, resulta clave «examinar esta hegemonía liberal a través de la recuperación de un mundo intelectual que hemos perdido» (2004, p.11). Siguiendo una orientación similar, Viroli arguye que es necesario entender correctamente lo que ha sido históricamente el republicanismo para que sea posible emplearlo en la constitución de una «nueva utopía política» con miras a llevar a cabo una «lucha eficaz por la libertad» (2014, pp. 41-57). Por otro lado, Pettit afirma que la teoría republicana debe ser defendida como representativa de un ideal político esencial que merece ser considerado en el debate de la filosofía política contemporánea para lograr una reflexión profunda en torno a nociones como las de Estado, virtud cívica y libertad (1999).

Ahora bien, estos autores neorrepblicanos han coincidido en señalar que la libertad entendida como ausencia de dominación es el núcleo conceptual de la teoría política republicana. Precisamente, esta original concepción acerca de lo que verdaderamente representa ser un individuo libre en una comunidad política es lo que diferencia claramente al republicanismo de las teorías democrática, comunitarista, socialista y, sobre todo, liberal. Lo característico de un republicano defensor de la libertad como no-dominación es, por ende, que, desde su punto de vista,

[...] no es en absoluto necesario sufrir (un) tipo de coacción abierta para perder la libertad civil. También se dejará de ser libre si se cae en un estado de dependencia o sujeción política; que implica el riesgo de ser privado de la vida, libertad o bienes mediante el uso de la fuerza o la coacción por parte del gobierno. Esto significa que si el ciudadano vive bajo una forma de gobierno que favorece el ejercicio de prerrogativas u otorga poderes discrecionales al margen de la ley, vive en realidad como esclavo. Los gobernantes pueden optar por no ejercer esos poderes o por ejercerlos tomando en consideración las libertades individuales del individuo, de tal modo que éste siga disfrutando en la práctica de todos sus derechos civiles. Sin

---

republicanismo radical y la tercera como republicanismo antimoderno, lo cual implica que en nuestro tiempo el republicanismo ha sido interpretado en distintos sentidos. No obstante, consideramos que la importancia que otorgan Skinner, Pettit y Viroli a la libertad entendida como ausencia de dominación dentro de la teoría republicana se corresponde de manera más precisa con las pretensiones de los escritores republicanos representativos. Este es el motivo principal por el cual la presente investigación únicamente entabla un diálogo con los mencionados autores contemporáneos.

embargo, el hecho mismo de que los gobernantes posean ese poder arbitrario significa que el disfrute de la libertad civil continúa dependiendo en todo momento de su buena voluntad. Esto quiere decir que el ciudadano permanece en estado de sujeción y expuesto a que sus derechos sean restringidos o suprimidos en cualquier momento, lo que [...] equivale a vivir en condiciones de servidumbre (Skinner, 2004, p.49).

Por todo lo anterior, el ideal republicano de libertad -sostienen Skinner, Pettit y Viroli- es evidente que resulta más eficaz que el hegemónico ideal liberal de libertad si el objetivo es identificar formas bastante sutiles y complejas de atentados contra la libertad de los individuos profundamente enraizadas en las sociedades democráticas contemporáneas. Sucede que la teoría liberal termina constituyéndose en una perspectiva política insuficientemente crítica y audaz por el hecho de que sobre la base de la libertad negativa en la cual se fundamenta únicamente pueden ser señaladas como atentados contra la libertad de los individuos las interferencias abiertas y directas que se estén perpetuando contra estos<sup>3</sup>. Puede decirse, entonces, que las relaciones interpersonales marcadas por la dominación, la dependencia y la arbitrariedad se encuentran más allá de las fronteras de todo posible análisis liberal.

Si bien el autor de esta investigación comparte la valoración positiva de Skinner, Pettit y Viroli acerca del ideal republicano de libertad por considerar que el mismo permite, en efecto, echar luces sobre una serie de escenarios de injusticia, dominación y dependencia insuficientemente atendidos por otras corrientes ideológico-políticas<sup>4</sup>, no se encuentra de acuerdo con los alcances limitados que aquellos otorgan a dicho principio político. Ocurre que los neorrepblicanos han actualizado el republicanismo como una perspectiva política útil para abordar únicamente formas de dominación que afectan a los individuos. Así, tales autores suelen ser enfáticos en las referencias a la lógica de

---

<sup>3</sup> Es preciso recordar que fueron Benjamin Constant con *De la libertad de los antiguos a la libertad de los modernos* e Isaiah Berlin con *Dos conceptos de libertad* los que tuvieron un papel preponderante en la delimitación teórica de dicho concepto de libertad negativa que suele considerarse como el eje de la tradición política liberal.

<sup>4</sup> No obstante, aquello que por lo menos requiere una reflexión más profunda es la centralidad que dan los neorrepblicanos a la idea de libertad dentro de la teoría política republicana. Como a veces se ha sugerido, cabe la posibilidad de que la idea de bien común tenga una relevancia aún mayor dentro de los escritos políticos clásicos de la tradición republicana. Dos investigaciones recientes siguen este último enfoque para abordar la tradición política republicana. Por un lado, *Crítica al neorrepblicanismo instrumental y su interpretación de la tradición republicana: Bien común frente a libertad como valor fundamental* (Tesis doctoral, Madrid, UAM, 2015) de Miguel Tudela-Fournet y, por otro lado, *El bien común como fin del Estado en la filosofía política de Nicolás Maquiavelo* de Alma Cuya Velarde (Tesis de licenciatura, Lima, UNMSM, en proceso)

dominación que puede encontrarse detrás de relaciones como las del gobernante con el ciudadano, el hombre con la mujer, el empleador con el empleado, el funcionario con el jubilado, el médico con el enfermo y el maestro con el alumno; olvidando de esta manera la clase de dominación que puede ser ejercida por un agente externo sobre el cuerpo político legítimamente instituido dentro de unas fronteras nacionales. Dicho en otros términos, los neorrepblicanos no han considerado la posibilidad de emplear la teoría republicana de la libertad para abordar los escenarios de dominación, dependencia o arbitrariedad que en el actual contexto geopolítico mundial afectan, de manera especial, la soberanía, independencia o libertad de los Estados-nación del Tercer Mundo. Por tal motivo, la presente investigación propondrá que una actualización suficientemente coherente, crítica y audaz del republicanismo tiene que servir también como herramienta teórico-política para reflexionar en torno a las ilegítimas intervenciones contra ciertos Estados-nación por parte de otros aparatos estatales, organismos financieros internacionales, empresas multinacionales y organismos no gubernamentales; ilegítimas intervenciones que en el contexto del proceso de globalización neoliberal de las últimas décadas han cobrado enorme preponderancia.

Como se sostendrá a lo largo de esta investigación, al plantear que la libertad republicana brinda la posibilidad de reflexionar acerca de la soberanía o independencia de los Estados nacionales no se estará haciendo otra cosa que recuperar un enfoque central dentro de las perspectivas de republicanos representativos tales como Cicerón, Séneca, Livio, Salutati, Bruni, Maquiavelo, Rousseau y Hamilton; todos ellos especialmente preocupados por acabar con la arbitrariedad, la dependencia y el dominio de origen externo, cuyo pernicioso influjo se encontraba bloqueando la posibilidad de que sus respectivas naciones llevaran a término la organización soberana, autónoma o autárquica de sus asuntos políticos, económicos y sociales.

Un detalle que no puede pasar desapercibido es que, en sus estudios históricos de la tradición republicana, Skinner, Pettit y Viroli destacan con gran acierto (a diferencia de otros intérpretes de las ideas republicanas) la centralidad que tenían para los republicanos más representativos tópicos como la dominación externa, el colonialismo, la independencia y el patriotismo, motivo por el cual siempre que aquellos enfocaban el problema de la libertad acostumbraban señalar las dos dimensiones que esta poseía: libertad frente al dominio interno y libertad frente al dominio externo. Sin embargo, cuando tales neorrepblicanos presentan sus respectivas actualizaciones de la teoría

republicana acerca de la libertad no llegan a recuperar la temática tradicionalmente republicana de la lucha por la soberanía o independencia política nacional frente a todo dominio externo. Y ello pese a que, como se sugirió líneas arriba, la coyuntura geopolítica de estas primeras décadas del siglo XXI hace especialmente necesario un abordaje de dicha naturaleza.

Sobre la base de estos planteamientos, se dará cuenta a lo largo de esta investigación de que este «olvido» o «descuido» de los neorepublicanos puede deberse, sobre todo, a su afán por mantenerse en todo momento una discusión con la teoría política liberal. En efecto, a pesar de su pretensión de diferenciarse de esta tradición política, no llegaron a escaparse completamente de sus redes ideológicas, pues terminaron asociando la teoría republicana de la libertad únicamente con la autonomía o independencia individual, como si ocurriera que en este ámbito se agotaran todos los posibles alcances críticos del republicanismo. Por eso, empleando una palabra usada por el propio Viroli para caracterizar al liberalismo, podría decirse que la perspectiva política neorepublicana representa una forma «empobrecida» de republicanismo; al menos si se le compara con los alcances más audaces y críticos que los republicanos clásicos le imprimieron a su concepto de libertad entendido como ausencia de dominación.

Por todo lo anterior, la presente investigación comprende tres capítulos. En el primero, se explicará cómo es que se llevó a cabo el redescubrimiento del republicanismo entre las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado y cómo es que su actualización por parte de Skinner, Pettit y Viroli trajo consigo su defensa como teoría política acerca de la libertad como no-dominación. Una interpretación que, además de coincidir, en gran medida, con lo que efectivamente plantearon los representantes más destacados de la tradición republicana, posibilita un estudio de los fenómenos de dependencia, arbitrariedad y discrecionalidad enraizados en las sociedades democráticas contemporáneas, tales como aquellos que pueden derivarse de las relaciones entre gobernantes y gobernados, empleadores y empleados, padres e hijos, hombres y mujeres, médicos y pacientes, etc.

En el segundo capítulo, a través del análisis de los principales escritos de Skinner, Pettit y Viroli, se demostrará que, tal y como se ha sugerido anteriormente, la actualización de la tradición republicana llevada a cabo por cada uno de ellos resulta útil únicamente para abordar los escenarios de dominación o dependencia que afectan a los

individuos. Mas no para enfrentar aquellas circunstancias contemporáneas de dominación en donde los afectados son los cuerpos políticos o Estados debido al intervencionismo de distintos agentes externos. Cabría atribuirles a estos autores neorrepublicanos, entonces, el no haber extraído las consecuencias más críticas y radicales de la teoría política republicana, cuya dimensión vinculada con la defensa de la independencia o soberanía de los Estados no puede ser desconocida sin cometer un grave error interpretativo.

Finalmente, en el tercer capítulo se presentará un panorama general acerca de los escenarios de dominación, dependencia y arbitrariedad en los que se encuentran insertados, especialmente, los Estados nacionales pertenecientes al denominado Tercer Mundo. Y todo ello como consecuencia del poderoso influjo que ejercen sobre aquellos otros Estados, organismos financieros internacionales, empresas transnacionales y organismos no gubernamentales. Sobre esta base, se esbozarán una serie de argumentos cuya finalidad será poner los fundamentos para la configuración de una teoría política republicana en donde la problemática de la dominación externa también ocupe un lugar preponderante. Como se explicará luego, esto último tiene especial relevancia si se tienen en consideración las condiciones sociales, económicas y geopolíticas a partir de las cuales las naciones latinoamericanas han arribado a sus doscientos años de vida republicana (o, en todo caso, de promesa de vida republicana). En efecto, en este escenario latinoamericano –últimamente más convulsionado que nunca- cabe formularse las siguientes interrogantes: ¿Los Estados latinoamericanos gozan de soberanía o independencia en el escenario internacional? Y, si como resulta evidente, la respuesta es no, ¿cuáles son los efectos perniciosos que derivan de una vida política marcada por la arbitrariedad y la discrecionalidad de agentes externos de distinto tipo? Ahora bien, precisamente por todo lo anterior, ¿no podría ser conveniente que se vuelva a prestar atención a las ideas de republicanos clásicos como Maquiavelo, Rousseau y Hamilton y de republicanos latinoamericanos –en muchas ocasiones olvidados o confundidos como liberales- en la línea de Manuel Lorenzo de Vidaurre y de José Faustino Sánchez Carrión?

No quisiera concluir esta introducción sin agradecer a todas aquellas personas que de distintas maneras han sido decisivas para que esta investigación sea posible. Agradezco a mi familia, cuyo apoyo y confianza han sido una enorme motivación en este proceso. Asimismo, debo mencionar a Alma, con quien he dialogado repetidas veces sobre los principales planteamientos de esta investigación; sobre todo, cuando estos tenían estrecha

relación con Nicolás Maquiavelo, un autor que he podido conocer con más profundidad gracias a ella. Por último, agradezco a aquellos maestros que se han encargado de revisar la totalidad de mi tesis; en especial, al profesor Alan Pisconte, cuya asesoría ha sido bastante gratificante desde que estas páginas no representaban más que un proyecto.

# CAPÍTULO I:

## EN BÚSQUEDA DE LA NO-DOMINACIÓN:

### LA LIBERTAD EN LA TEORÍA POLÍTICA NEORREPUBLICANA

#### 1.1. Genealogía de la tradición republicana

Si bien uno de sus diálogos más célebres tiene el título de *República*, resultaría equivocado pensar que Platón entendió esta categoría tal y como ha terminado siendo asumida por las sociedades democráticas de los últimos siglos. En efecto, es necesario recordar que se suele traducir por república el término griego *politeía*, el cual sirvió al autor griego para hacer referencia a una forma de organización política que debía fundamentarse en tipos de gobierno como el monárquico y el aristocrático. No obstante, si se admite que el concepto de república ostenta una amplitud y complejidad suficientes como para que resulte posible relacionarlo con un ideal político no solamente basado en la conformación de un tipo de gobierno de orientación «democrática», «popular» o «representativa» -tal y como se le ha concebido en la política moderna-, sino también cimentado en otras pretensiones políticas y sociales (tales como la lucha contra la corrupción de los gobernantes, la promoción de la virtud cívica en los individuos y el establecimiento de la autarquía de la comunidad política frente a las amenazas externas), entonces no tendría visos de incorrección el hecho de remontar hasta la *República* de Platón los orígenes más remotos de lo que podría denominarse como tradición republicana.

Esta última aseveración adquiere mayor sentido cuando se presta la debida atención a uno de sus diálogos de madurez: las *Leyes*. Sucede que en este escrito Platón (además de continuar con el abordaje de la corrupción, la virtud y la autarquía), hace un énfasis especial en la conveniencia de organizar la sociedad sobre los cimientos de un gobierno de las leyes; rechazando de esta manera toda fundamentación en un gobierno de los hombres en tanto que este siempre es más propenso a desembocar en la más profunda de las tiranías<sup>5</sup>. En efecto, esta perspectiva desde la cual se argumenta que el fundamento

---

<sup>5</sup> Este planteamiento a favor del gobierno de las leyes puede ser interpretado como una especie de retroceso de Platón con relación al optimismo que tiene en la *República* frente al gobierno de los reyes-



del poder político reside, ante todo, en el aparato legislativo posee resonancias republicanas bastante patentes, ya que una gran cantidad de filósofos inscritos dentro de la tradición republicana, tales como Cicerón, Séneca, Maquiavelo y Rousseau, parten de la misma en sus principales escritos, considerándola como el instrumento político más seguro para evitar los abusos del poder e, incluso, relacionándola en no pocas ocasiones con la filosofía platónica. También es necesario recordar que en las *Leyes* empieza a cobrar forma la tesis –más tarde asimilada por los posteriores autores republicanos- según la cual el gobierno mixto es el más conveniente para organizar toda sociedad, pues solo a través de él es que se puede alcanzar una especie de equilibrio o armonía entre los distintos sectores de la comunidad<sup>6</sup>.

Por supuesto, en estos prolegómenos de la tradición política republicana otro aporte decisivo fue el de Aristóteles, quien unas veces profundizando en las ideas de su maestro Platón y otras veces reformulándolas, enarboló en *Ética a Nicómaco* y en *Política* una serie de consignas de marcado cuño republicano. En primer lugar, podría traerse a colación la importancia que tiene en su propuesta la idea de que el ser humano es político y social por naturaleza, ya que a partir de la misma afirma que aquel solo puede alcanzar su perfeccionamiento o realización por medio de la praxis político-ciudadana cuyo contexto debe ser la ciudad-estado. En segundo lugar e íntimamente relacionado con lo anterior, Aristóteles planteó la conveniencia de desarrollar las virtudes cívicas de los individuos mediante la educación con miras a lograr un mejor funcionamiento de la sociedad. Asimismo, defendió la necesidad de organizar los asuntos públicos sobre los cimientos de una forma de gobierno en donde se encuentren debidamente mezcladas las más importantes fuerzas sociales de una comunidad. Y, por último, el filósofo griego resaltó el alto grado de legitimidad política que tiene un gobierno fundado no sobre

---

filósofos. Quizá sus fracasos y decepciones políticos (narrados detalladamente en la famosa carta VII) hicieron que el filósofo tuviese este cambio de perspectiva.

<sup>6</sup> En el primer tomo de *Los fundamentos del pensamiento político moderno* (2013, p.157), Skinner recuerda, por ejemplo, que los republicanos florentinos de los siglos XV y XVI celebraron el tipo de organización de la república veneciana debido a que en ella encontraron una mezcla conveniente de las tres formas rectas de gobierno; una mezcla que, en su opinión, era bastante semejante a la que recomendaba Platón en las *Leyes*. Pese a esta referencia, es necesario mencionar que los más importantes historiadores y filósofos del neorrepblicanismo -incluyendo al propio Skinner- no han destacado suficientemente a Platón como una figura representativa de la tradición republicana o siquiera como un antecedente de esta digno de ser analizado con más detenimiento y profundidad.

hombres sino sobre leyes, dado que estas son imparciales en tanto que se basan únicamente en la razón<sup>7</sup>.

En el escenario del pensamiento político romano, Polibio, Cicerón, Tito Livio y Séneca<sup>8</sup> continuaron por el camino republicano abierto por Platón y Aristóteles, razón por la cual apostaron por una forma de organización política cuyos objetivos eran el establecimiento de una vida libre para los individuos, la promoción de las virtudes cívicas en ellos y la configuración de los asuntos públicos con miras al bien común. Como es evidente, la época romana posterior a las monarquías y anterior al imperialismo fue ensalzada por dichos historiadores y filósofos como aquella en la que se logró constituir la sociedad bajo los mencionados principios políticos del republicanismo. Así, en sus más importantes escritos presentaron tanto los beneficios y progresos que trajo consigo la implementación de instituciones y leyes republicanas para la vida de los romanos como las acciones virtuosas de los hombres que bregaron por una vida política de este tipo en desmedro de aquella que propiciaba el predominio de la arbitrariedad y discrecionalidad. Tiempo después, estos aportes teóricos de tales pensadores republicanos resultaron decisivos para darle forma al *Digesto* del derecho romano, el cual tuvo como su principio capital la distinción civil entre aquellos que gozan del estatus de hombres libres por vivir bajo su propio poder y aquellos que se encuentran en condición de siervos o esclavos a causa de que dependen de otros.

Continuando con esta breve historia del pensamiento político republicano, debe recordarse que estas ideas de origen greco-latino ejercieron un notable influjo en los pensadores italianos del *Quattrocento* y *Cinquecento*, tales como Coluccio Salutati, Leonardo Bruni, Pier Paolo Vergerio, Poggio Bracciolini, Francesco Guicciardini, Donato Gianotti, Gasparo Contarini y Nicolás Maquiavelo. Y, sin lugar a dudas, entre estos el que más destacó fue el secretario florentino, quien no solamente en sus *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, sino también en *Del arte de la guerra*, *Historia*

---

<sup>7</sup> Cabe señalar que historiadores, filósofos y politólogos como Skinner, Pettit y Viroli no suelen considerar a Platón y Aristóteles dentro de la tradición republicana debido, entre otras razones, a que ambos habrían establecido que el gobierno necesariamente debe establecer cierto régimen de vida como el mejor o más feliz, algo que no habría sido defendido de ninguna manera por republicanos como Cicerón, Séneca, Bruni, Maquiavelo y Milton. Sin embargo, habría que profundizar más en las obras de estos últimos para corroborar esta opinión que tienen los neorepublicanos.

<sup>8</sup> Por sus reflexiones en torno al bien común, la naturaleza social del hombre, la virtud cívica, la libertad individual como ausencia de dominación y los peligros de la tiranía, podría incluirse en esta lista a Marco Aurelio. No obstante, su posición como emperador romano, así como otros elementos de sus *Meditaciones* exigen una revisión más profunda de esta intuición.

*de Florencia* y *El Príncipe* reflexionó en torno a tópicos republicanos como el bien común, la libertad, la virtud cívica, la participación ciudadana y el gobierno mixto. Posteriormente, teniendo como antecesores ideológicos a los más destacados representantes de las tradiciones griega, romana e italiana, aparecieron republicanos como John Milton, Algernon Sidney, James Harrington, Jean-Jacques Rousseau, los autores de los *Papeles Federalistas* y los intelectuales propulsores tanto de la *Revolución Francesa* como de las guerras de independencia contra el dominio español en Latinoamérica.

Si resulta factible enmarcar a tantos filósofos, historiadores e intelectuales dentro de esta tradición republicana, se debe a que todos ellos comparten una serie de ideales, principios y consignas sobre cómo debieran organizarse las sociedades, los cuales no podrían ser asociados en conjunto con otras tradiciones y corrientes ideológico-políticas como el liberalismo, el socialismo, el comunitarismo y el anarquismo. Simplemente con el objetivo de volver a recordarlos, cabe señalar que estos valores políticos republicanos fundamentales son los siguientes: la defensa de una libertad basada en la participación política de los individuos, la lucha contra toda forma de poder arbitrario, despótico y tiránico, el énfasis en la justicia de los gobiernos respaldados en leyes e instituciones, la propuesta de un gobierno mixto y equilibrado, el desprecio por toda concepción individualista acerca de las relaciones humanas y la centralidad de las virtudes cívicas con miras a lograr un correcto funcionamiento de las relaciones socio-políticas.

A pesar de que los elementos más importantes de la teoría política republicana resultan perfectamente distinguibles o reconocibles en los escritos de una serie de filósofos, historiadores e intelectuales, ha acontecido que en todo el siglo XIX y en gran parte del XX ha sido escaso el número de estudiosos, historiadores y filósofos que ha reconocido el carácter autónomo de aquella como constituyente de toda una tradición de pensamiento político. Frecuentemente, se ha preferido derivar el republicanismo o bien de la tradición democrática o bien de la tradición liberal. Al respecto, son bastante ilustrativas las palabras de uno de los referentes más connotados del siglo XX en el estudio histórico de las ideas políticas: Norberto Bobbio. En el diálogo que mantiene con Maurizio Viroli a propósito del republicanismo, este último pregunta si puede hablarse, en sentido estricto, tanto de una teoría como de una tradición políticas republicanas perfectamente diferenciadas de las perspectivas democrática y liberal. La respuesta formulada por Bobbio hace patente el hecho de que durante no poco tiempo el republicanismo careció de la debida atención:

En mi trayectoria como estudioso de la política, nunca me he cruzado con el republicanismo ni con la república. Conozco muy poco, mejor dicho, apenas nada, a los teóricos del republicanismo [...] Se ha publicado recientemente una recopilación de mis escritos que ocupa casi setecientas páginas, y en el detalladísimo índice analítico no figura la voz «republicanismo». Me mortifica tener que decirte que ni siquiera, y esto es verdaderamente increíble, consta «república»<sup>9</sup>. Hace algunos años publiqué un artículo titulado «¿Gobierno de las leyes o gobierno de los hombres?», en el que trazaba la historia del problema partiendo de la oposición entre Aristóteles, partidario del primer tipo de gobierno, y Platón<sup>10</sup>, del segundo. Luego esbozaba una tipología de los gobiernos más conocidos, y la «república» nunca aparece (2002, p.10).

No obstante lo anteriormente expresado, a partir de las décadas de los setenta y ochenta del siglo XX, el republicanismo se ha convertido en un tema central y recurrente dentro de las investigaciones realizadas por historiadores, filósofos, politólogos y constitucionalistas, siendo los principales artífices de este fenómeno un conjunto de investigadores pertenecientes a algunas de las más importantes universidades anglosajonas: John Pocock, Quentin Skinner, Philip Pettit y Maurizio Viroli. El objetivo en común de todos ellos ha sido reivindicar el republicanismo como una tradición poseedora de una serie de principios, ideales y consignas en torno a los cuales pueden agruparse, entre otros, Cicerón, Séneca, Maquiavelo, Milton, Sidney, Harrington, Hamilton y Madison; autores estos a veces catalogados como liberales, otras como democráticos y no pocas veces como simplemente inclasificables. Precisamente, estos filósofos y politólogos contemporáneos arguyen que el republicanismo se ha mantenido eclipsado durante los últimos siglos como consecuencia de la hegemonía de corrientes políticas como el socialismo, el comunitarismo, el democratismo y, sobre todo, el liberalismo.

Pero, tal y como se ha anunciado en la introducción de esta investigación, este giro hacia el republicanismo no se limita o restringe al objetivo de redescubrir una

---

<sup>9</sup> Una revisión del índice analítico de la *Historia de la filosofía política* (1963) de Leo Strauss y Joseph Cropsey arroja un resultado bastante semejante, pues las referencias a categorías como república y republicanismo son escasas y aisladas. En el caso de la *Historia de la teoría política* (1937) de George Sabine, otro texto de consulta considerablemente ponderado durante el siglo XX, se pueden encontrar más referencias a los conceptos anteriormente mencionados, aunque sin asumirlos como constituyentes de una tradición política específica.

<sup>10</sup> Más allá de la cuestión que se está abordando en esta parte de la investigación, no está de más recordar que la tesis según la cual Platón se decanta únicamente por el gobierno de los hombres, rechazando así el gobierno de las leyes, es incorrecta; supone restringir el análisis de la filosofía política platónica a la *República*, sin considerar las *Leyes*.

tradición filosófico-política que había permanecido olvidada en los últimos siglos. Principalmente Skinner, Pettit y Viroli (así como también una serie de intelectuales vinculados con escenarios académicos como el español y el latinoamericano) se encuentran plenamente convencidos de que los principios morales y políticos enarbolados por la tradición republicana deben ser concebidos como valores por los que resulta necesario luchar en el contexto de las sociedades democráticas contemporáneas; contexto que continúa siendo dominado por el socialismo, el comunitarismo, el democratismo y, fundamentalmente, por el liberalismo. Cuatro perspectivas estas últimas que, pese a su poderoso influjo en las formas modernas de comprender y hacer la política, se tornan considerablemente limitadas e insuficientes cuando se pretende visibilizar los distintos tipos de injusticia, arbitrariedad y dominación presentes en las sociedades, y también cuando se hace necesario determinar los instrumentos para estructurar políticas públicas eficaces con miras a garantizar el bienestar y la libertad de los individuos.

## **1.2. El redescubrimiento contemporáneo de la tradición política republicana**

Ahora bien, ¿cómo se gestó este proceso de redescubrimiento de la tradición republicana? Sin lugar a dudas, puede decirse que comienza con la publicación en el año 1975 de *El momento maquiavélico*, obra fundamental de John Pocock<sup>11</sup>. Allí, este historiador británico tiene como punto de partida la tesis de que a los autores, intelectuales y filósofos es necesario leerlos dentro de su contexto; es decir, en el marco de su tiempo y espacio históricos. Quiere decir que la propuesta pocockiana es la de una historia del pensamiento construida sobre la base de la percepción del tiempo, siendo por este motivo que en su planteamiento se abandona la tradicional distinción entre teoría y praxis o entre pensamiento y realidad; en primer lugar, el discurso surge de una realidad de la que forma parte y, en segundo lugar, la realidad va logrando su configuración bajo la influencia del discurso. En palabras del constitucionalista Eloy García, el libro de Pocock «arranca de una nueva y diferente manera de afrontar el estudio del pensamiento para la que el

---

<sup>11</sup> Como se ha sugerido en la introducción, en el contexto de los Estados Unidos, también pueden ser mencionados como escritos pioneros de este redescubrimiento *Los orígenes ideológicos de la Revolución Americana* (1967) de Bernard Bailyn y *La creación de la República Americana* (1969) de Gordon Wood, pues en ambos casos se defiende la tesis de que la tradición republicana (no la liberal) fue la que verdaderamente ejerció un influjo notable en el proceso revolucionario americano. No obstante, por el hecho de que gran parte de esta investigación está dedicada a analizar el discurso político de los autores neorrepublicanos, se ha creído conveniente no llevar a cabo un abordaje de los historiadores norteamericanos mencionados.

lenguaje pasa a ocupar el lugar que la teoría política clásica había reservado a la idea *tout court*» (2008, p.17).

Esto significa que, en primera instancia, Pocock se encuentra interesado en presentar una nueva manera de concebir la historia sobre los fundamentos del lenguaje político. Y el factor que resulta de especial interés para los fines de esta investigación es que para lograr este último objetivo aplica dicha perspectiva metodológica<sup>12</sup> al estudio de los discursos políticos de los humanistas cívicos del *Cinquecento* (Savonarola, Guicciardini, Gianotti, Contarini y, sobre todo, Maquiavelo) y de una serie de pensadores enmarcados en los contextos inglés y americano de los siglos XVII y XVIII (entre los que destacan Harrington y los autores de los *Papeles Federalistas*); sobre la base de lo anterior, el autor de *El momento maquiavélico* llega a la conclusión de que a todos los anteriores pensadores se les puede englobar con plena propiedad dentro de una tradición del pensamiento político fundada en una teoría republicana; la cual, desde los albores de la modernidad, buscó posicionarse críticamente frente al absolutismo de las monarquías territoriales, pero también frente al incipiente discurso del individualismo liberal. En efecto, como perfectamente distinguible de estas dos últimas corrientes políticas, el republicanismo se encuentra estructurado, de acuerdo con Pocock, en principios como son los de la virtud cívica frente a la corrupción política, la participación activa en los asuntos públicos de los distintos sectores de la sociedad, el gobierno mixto como forma equilibrada de organizar la realidad social y la libertad entendida como ausencia de dominación frente a poderes arbitrarios y tiránicos (2008).

Por las razones anteriores, el redescubrimiento de esta tradición política iniciado por Pocock, tal y como se comprenderá posteriormente, representó un antecedente decisivo para que una serie de filósofos, politólogos e intelectuales de las últimas décadas lleven a cabo 1) la concepción de un modelo legítimo de democracia distinto del vinculado con el tradicional sistema representativo-liberal; 2) la defensa de la convicción de que el ser humano no debe quedar reducido a su dimensión económica, comercial o mercantil; 3) el replanteamiento de las relaciones que pueden existir entre Estado y sociedad; 4) la reformulación de los alcances y límites de la participación ciudadana y de la virtud cívica; y 5) la concepción más compleja y amplia del ideal de libertad sobre la

---

<sup>12</sup> En esta exposición acerca del planteamiento de Pocock, se emplea el término método solamente con fines expositivos, sabiendo que el historiador británico suele mostrarse renuente frente a la posibilidad de desarrollar una metodología perfectamente definida y constituida.

base de problemas como los de la dependencia y la dominación. En suma, *El momento maquiavélico* puede leerse, en segunda instancia, como una poderosa reivindicación de la teoría política republicana frente a otros modos todavía vigentes de comprender el fenómeno político. Sin embargo, tal y como advierte García (2008), es importante precisar que el hecho de que los planteamientos de Pocock acerca del republicanismo cívico hayan tornado factible realizar una crítica bastante profunda del sistema democrático vigente en la mayoría de sociedades contemporáneas, no debe llevarnos a suponer que aquel reivindica dicha propuesta política como una especie de ideología acerca de la cual se tiene que hacer una defensa cerrada y partidista con miras a enfrentar los problemas sociales y políticos de la actualidad. En distintos momentos de su obra, como se ha sugerido, Pocock establece claramente que su principal interés es dar cuenta de una nueva manera de comprender las relaciones entre la historia, el lenguaje y la política, de modo que el estudio del discurso republicano, para dicho historiador, tendría cierto carácter instrumental.

En 1978, hizo su aparición otro escrito capital para este redescubrimiento de la tradición republicana: *Fundamentos del pensamiento político moderno: El Renacimiento* de Quentin Skinner. Este estudio histórico fue crucial como consecuencia de que (sobre la base de una metodología también preocupada por la estrecha relación entre los textos clásicos y los contextos social e intelectual en los que estos surgieron) defendió la existencia de un discurso republicano italiano en pleno siglo XIV; discurso que, a su vez, se encontraba estructurado sobre dos ideales fundamentales: las ciudades italianas tienen derecho tanto a ser libres de todo dominio externo (independencia o soberanía) como a gobernarse de la forma que consideren más conveniente (autogobierno).

Y algo que resulta incluso más interesante desde un punto de vista histórico es que un análisis más profundo y minucioso de las ideas, proclamas y escritos políticos elaborados en Italia durante los siglos XII y XIII lleva a Skinner a concluir que dicha perspectiva acerca de la libertad

[...] no es simplemente una invención del *trecento*. Ya encontramos los mismos ideales invocados desde 1177, en el curso de las primeras negociaciones que jamás ocurrieran entre las ciudades italianas, el emperador y el papa. Éstas siguieron a la decisiva derrota de los ejércitos de Barbarroja ante los ejércitos de la Liga Lombarda, el año anterior. De acuerdo con el relato que aparece en los Anales, de Romualdo, el discurso pronunciado durante las resultantes discusiones por los embajadores de Ferrara incluyó un vibrante apóstrofe al “honor y la libertad” de Italia junto con una garantía de que los ciudadanos del *Regnum* “preferirían

incurrir en una muerte gloriosa con libertad antes que llevar una vida miserable de servidumbre” (2013, p.27).

Con ello, Skinner logró cuestionar seriamente la interpretación tradicional según la cual el pensamiento republicano no había aparecido en las ciudades italianas sino hasta el *Quattrocento* y el *Cinquecento*<sup>13</sup>. De esta manera, ocurrió también que el universo de autores republicanos fue ampliado con la inclusión de filósofos, pensadores e intelectuales pertenecientes a la Baja Edad Media: Brunetto Latini, Bonvesin della Riva, Dante Alighieri, Marsilio de Padua, Bartolo de Sassoferrato, Coluccio Salutati y Leonardo Bruni.

Este primer volumen de *Fundamentos del pensamiento político moderno* también puede ser ponderado como un estudio acerca del resurgimiento del republicanismo italiano a comienzos del siglo XVI, tras una época de pesimismo frente a los valores cívicos producida por el triunfo de los gobiernos despóticos o principescos en las más importantes ciudades italianas<sup>14</sup>. El escrito de Skinner echa luces, por ello, en las principales raíces ideológicas de este renacido pensamiento republicano, en las discusiones en las que aquel se encontraba inmerso, en las diferencias entre sus más destacados representantes (Maquiavelo, Guicciardini, Giannotti, Rinuccini y Patrizi) y en su posterior decadencia como perspectiva política hacia fines del siglo XVII italiano<sup>15</sup>, lo

---

<sup>13</sup> Según el historiador británico, esta forma errónea de interpretar el desarrollo del humanismo cívico en Florencia y en las demás ciudades italianas durante los siglos XV y XVI fue defendida, entre otros, por Hans Baron (1993). Desde su perspectiva, este historiador sobredimensionó la originalidad de pensadores como Maquiavelo y Guicciardini, pues no reconoció que las ideas políticas de estos tuvieron un estrecho vínculo con todo el movimiento político e intelectual de las mismas ciudades italianas durante la Baja Edad Media. No obstante, Skinner advierte que también resultaría equivocado concluir a partir de lo anterior que el pensamiento renacentista no es más que una simple extensión del pensamiento medieval, tal y como afirma Paul Oskar Kristeller (2013).

<sup>14</sup> *El triunfo final de los signori en Italia, casi por doquier, ayudó a causar buen número de importantes modificaciones en el carácter del pensamiento político renacentista. Uno de los cambios más obvios fue una marcada disminución del interés en los valores que habían ayudado a fijar el tradicional concepto republicano de ciudadanía. A Bruni y a sus sucesores les había parecido obvio que la idea de negotium o participación completa en los asuntos cívicos había de representar la condición más elevada de la vida humana. Mas para Pico, Ficino y los otros destacados filósofos de finales del quattrocento no fue menos obvio que una vida de otium o retiro contemplativo había de buscarse por encima de todo [...] Uno de los efectos de este cambio de visión fue que el tipo de interés en la política que los humanistas de principios del quattrocento habían desplegado, llegó a considerarse como una forma menor, y aun vulgar, de actividad intelectual [...] Una consecuencia más radical de abandonar el valor del negotium fue que la idea de participar de alguna manera significativa en los asuntos de gobierno llegó a verse como una completa imposibilidad* (Skinner, 2013, pp.132-133).

<sup>15</sup> De acuerdo con Skinner, el tono irónico y descarnado de las *Advertencias desde el Parnasso* de Trajano Boccalini refleja el agotamiento de esta tradición republicana en el contexto social, político e intelectual de Italia.



cual no debe hacernos olvidar su enorme relevancia como fuente de las teorías y movimientos republicanos surgidos en los siglos posteriores en Inglaterra (*Guerra Civil Inglesa*), Francia (*Revolución Francesa*) y Estados Unidos (*Revolución Americana*).

Otro escrito de Skinner que también puede asociarse con este redescubrimiento del republicanismo es su *Maquiavelo*, publicado en 1981. Este ensayo tiene el mérito de haber profundizado en la interpretación del secretario florentino como un republicano clásico; una interpretación que ya se encontraba esbozada en *Fundamentos del pensamiento político moderno: El Renacimiento*. Con ello, su autor se posicionó en contra de aquellas interpretaciones, tales como las de Leo Strauss (1964) y Herbert Butterfield (1965), que encontraban en Maquiavelo simplemente a un defensor de causas inmorales y malvadas como las que suelen enarbolar los déspotas y tiranos.

En 1992, Maurizio Viroli publica su importante estudio histórico *De la política a la razón de Estado*, a través del cual llevó a cabo un análisis del desarrollo de la teoría política republicana en Italia entre los siglos XIII y XVII, haciendo especial énfasis en cómo el republicanismo y su defensa de la libertad cívica y del bien común terminan siendo eclipsados, progresivamente, por una ideología más centrada en los intereses particulares y menos optimista con respecto a las posibilidades de la acción política. A propósito de esto último, otra publicación en donde se destaca este resurgimiento del republicanismo en los albores de la modernidad, así como también su posterior decadencia en los escenarios intelectual y político de las sociedades occidentales es *La libertad antes del liberalismo*, ensayo de Skinner publicado en 1998. De manera semejante a Viroli, el historiador inglés plantea que si el ideal republicano de libertad terminó siendo desacreditado fue como consecuencia del triunfo ideológico de la concepción negativa acerca de la libertad formulada por la teoría política liberal. Es por esta razón que Skinner considera de una importancia capital que se empiece a «examinar esta hegemonía liberal a través de la recuperación de un mundo intelectual que hemos perdido» (2004, p.11), y cuyo elemento central es el de la libertad entendida como ausencia de dominación. Así, se empieza a sostener entre estos estudiosos del republicanismo -por lo menos de forma completamente explícita- que la perspectiva republicana puede resultar fructífera para abordar problemas sociales y políticos propios de las democracias occidentales y no occidentales contemporáneas.

Dos escritos en donde se tornó completamente explícita la pretensión de ir más allá del estudio histórico de la tradición republicana con miras a llevar a cabo su actualización para realizar un abordaje más profundo y complejo de los principales problemas de dominación, dependencia e injusticia enraizados en las sociedades contemporáneas son *Republicanismo: Una teoría sobre la libertad y el gobierno* (1997) de Philip Pettit<sup>16</sup> y *Republicanismo* de Maurizio Viroli (1999). En ambos casos, se presenta al republicanismo como una alternativa frente al liberalismo, el comunitarismo, el democratismo y el socialismo; cuatro teorías políticas a partir de las cuales se ha buscado estructurar la realidad política y social de manera más justa, equitativa y libre, aunque sin el suficiente éxito. Según Pettit y Viroli, el republicanismo tiene la ventaja de ser un planteamiento que no cae en los excesos ni de un colectivismo de cuño socialista o comunitarista ni de un atomismo de orientación liberal; a su vez, en tanto que tiene como fundamento un ideal de libertad como no-dominación permite echar luces sobre una serie de tipos de injusticia que desde las otras perspectivas mencionadas no parecen cobrar suficiente relevancia. Así, Pettit afirma que la teoría republicana debe ser defendida como representativa de un ideal político esencial que merece ser considerado en el debate de la filosofía política contemporánea para llevar a cabo una reflexión profunda en torno a nociones como las de Estado, virtud cívica y libertad como no-dominación (1999). Por otro lado, Viroli arguye que es necesario entender correctamente lo que ha sido históricamente el republicanismo para que resulte posible emplearlo en la constitución de una «nueva utopía política» con la finalidad de realizar una «lucha eficaz por la libertad» (2014, pp. 41-57), entendiendo por esta una lucha contra la dominación, la dependencia y la arbitrariedad en sus distintas manifestaciones sociales y políticas.

Como resulta evidente, lo característico de los planteamientos normativos de Skinner, Pettit y Viroli es que representan una reivindicación y actualización del republicanismo entendido como una teoría política en donde la libertad se concibe como ausencia de dominación. Por tal motivo, otras categorías también relacionadas con dicha tradición política -tales como bien común, virtud cívica, patriotismo e igualdad- son concebidas por tales autores neorepublicanos como siempre girando en torno a la

---

<sup>16</sup> Acerca de esta obra de Pettit, el filósofo español Félix Ovejero expresa lo siguiente en su artículo *Ordenando la causa republicana*: «(...) no se puede ignorar que contribuyó muy fundamentalmente a favorecer el tránsito de géneros, desde la historiografía hasta la filosofía política, hasta el reconocimiento de que el republicanismo también era un ideal político que podía inspirar respuestas a los problemas de nuestras sociedades» (2003).

búsqueda de una vida autónoma o no-dominada para los individuos de una comunidad política.

El redescubrimiento contemporáneo del republicanismo no se agota, por supuesto, en las ideas de aquellos que lo reivindican y actualizan como una teoría política sobre la libertad como no-dominación. También en el contexto de las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado podría mencionarse a Michael Sandel y Charles Taylor, ya que ambos han coincidido en regresar al republicanismo con la finalidad de encontrar respuestas para una serie de problemáticas por las que atraviesan las democracias contemporáneas. El detalle es que este redescubrimiento ha sido llevado a cabo por ellos a través de una interpretación comunitarista de la tradición republicana. Así, si bien están de acuerdo con Skinner, Pettit y Viroli acerca de la necesidad de distinguir claramente la idea de libertad negativa de los liberales de aquella que fue enarbolada por los republicanos clásicos, terminan sosteniendo que estos últimos tuvieron como núcleo conceptual una idea positiva sobre la libertad. La consecuencia de ello es que, yendo más allá del republicanismo de Skinner, Pettit y Viroli, Sandel y Taylor asumen una posición en donde libertad y autogobierno se encuentran estrechamente vinculados, de tal manera que la capacidad de una comunidad para gobernarse se constituye no en un instrumento, sino en el fin político por antonomasia<sup>17</sup>; lo cual hace necesario, tal y como señalan Ovejero, Martí y Gargarella, «dejar de lado la idea liberal del Estado neutral, para reemplazarla por un Estado activo en materia moral, y decidido a cultivar la virtud entre sus ciudadanos» (2004, p.23). Es decir, en este tipo de republicanismo se defiende una concepción audaz de libertad positiva, bajo el supuesto de que el hecho de garantizar una libertad negativa de raigambre liberal no es suficiente para alcanzar una cohesión e integración entre los miembros de una comunidad política.

En palabras de Souroujon, por un lado, las propuestas normativas de Skinner y Pettit (también podría incluirse en esta lista la de Viroli) pueden ser catalogadas como representativas de un republicanismo liberal, pues (además de enfatizar en su ruptura con la libertad negativa concebida como no-interferencia) tienen el objetivo de desvincular la

---

<sup>17</sup> [...] tanto Taylor como Sandel son de la opinión que la ciudadanía activa no es solo deseable como medio para otro fin, volviendo a la distinción platónica, sino que es un bien en sí mismo. La concepción aristotélica de *zoon politikon* es el eje de estos argumentos: la verdadera vida humana, sus potencialidades y capacidades, solo pueden desarrollarse en comunidad con otros, al tomar juntos las decisiones de los asuntos que afectan a todos. Esta concepción supone una identificación con una idea robusta de bien común que comparte la comunidad. Identificación que exige una idea de virtud y patriotismo distinta a la pensada por Skinner y Pettit (Souroujon, 2014, p. 109).

teoría republicana de la libertad de toda idea positiva acerca de lo que representa tener una vida libre. Por eso, consideran que una sociedad fundada en los principios republicanos no tiene por qué encauzar a los individuos hacia una forma de vida superior, feliz o buena, debido a que estos son los que deben decidir libremente acerca de cuestiones morales. Por otro lado, marcadamente influida por el comunitarismo, la apuesta republicana de Taylor y Sandel puede concebirse como un republicanismo radical o antiliberal en tanto se aleja todavía más de la tradición política liberal al comprometerse enfáticamente con las ideas de comunidad política y comunidad moral (2014, pp. 106-107).

Si se sigue teniendo como base la clasificación de Souroujon, cabría hablar de una versión más del republicanismo contemporáneo: el republicanismo antimoderno, cuya encarnación puede encontrarse en la perspectiva de Hannah Arendt, debido a que esta se sirve del republicanismo para criticar al liberalismo, pero también para cuestionar profundamente una serie de principios básicos de la democracia de masas contemporánea. A diferencia de Skinner, Pettit, Viroli e, incluso, Sandel y Taylor, la autora de *La condición humana* se encuentra inclinada a no reconocer los aportes de la modernidad en términos de libertades individuales; es decir, rechaza categóricamente tener como punto de partida el modelo moderno de democracia, razón por la cual en no pocas ocasiones se ha señalado que su propuesta posee importantes elementos conservadores. Ahora bien, ¿qué modelo propone Arendt para reemplazar a aquel que asocia con la modernidad política? La respuesta es que, desde su punto de vista, cabría regresar a un modelo de organización política como el que encarnaba la antigua Atenas. Para aclarar esto último, Souroujon brinda el siguiente panorama:

(El republicanismo de Arendt) coincidiría con Sandel y Taylor en el valor intrínseco que tiene la participación política para la vida humana, sin embargo, no compartiría su idea de una comunidad moralmente articulada, en la cual la defensa de ciertos valores sustantivos (lenguaje, tradición, historia) pueden obrar en detrimento de la espontaneidad individual. Su crítica a la modernidad desde el paradigma de la *polis* no se relaciona con una comunidad de valores homogénea, sino con la defensa de un espacio público esterilizado de preocupaciones materiales, con una noción de política que, como le criticaría Jürgen Habermas, se ve arrancada de su entorno económico y social (2014, p. 117).

El propio Souroujon continúa su explicación manifestando que

(l)a defensa del imperio de la ley y de los derechos individuales en clave no deontológica contra la acción de las masas en el espacio público, aunque por razones, es una temática que aúna a Arendt con Skinner y Pettit. Pero la lógica instrumental con la que piensan la participación política estos autores se encuentra en la orilla opuesta a la idea de que el hombre realiza su excelencia apareciendo en el espacio público mediante la acción y el discurso (2014, p. 117).

Otras actualizaciones y reivindicaciones contemporáneas del republicanismo son las que llevan a término Jürgen Habermas y Cass Sunstein. En líneas generales, el primero (sobre todo en un trabajo titulado *Derechos humanos y soberanía popular. Las versiones liberal y republicana*) arguye que liberalismo y republicanismo son irreconciliables, pues el primero otorga centralidad a los derechos humanos, mientras que el segundo hace lo propio con respecto a la democracia. De todos modos, Habermas se plantea como objetivo establecer al menos algún grado de compatibilidad entre ambas tradiciones políticas (2004, pp. 191-207). En el caso del segundo autor, pone de relieve, sobre todo, la importancia de fomentar las virtudes cívico-republicanas para mejorar el funcionamiento de las democracias contemporáneas. El detalle es que este retorno a las virtudes no se propone bajo el supuesto de que es necesario reformar o recrear el carácter de los individuos, tal y como sí ocurría en el republicanismo de origen griego. Específicamente, Sunstein –de manera similar a Pettit– invoca las virtudes cívicas para fomentar la deliberación pública en contextos democráticos (2004, p. 26).

En el escenario intelectual de Iberoamérica, también es posible encontrar historiadores, filósofos y politólogos que han redescubierto la tradición republicana para reflexionar acerca de una serie de problemáticas sociales, políticas, económicas y culturales en las que se encuentran inmersas sus respectivas naciones, tales como las relaciones de dominación, la corrupción de las instituciones, el individualismo exacerbado, las diferencias culturales, el papel del Estado y las desigualdades económicas. Entre los más destacados intelectuales iberoamericanos que han buscado adaptar la teoría política republicana a sus particulares circunstancias (no solamente nacionales sino también continentales) se encuentran José Luis Villacañas, Ambrosio Velasco, Eduardo Rinesi, Elías Palti, Félix Ovejero, Santiago Castro-Gómez y José Antonio Aguilar.

Como es evidente, existe una heterogeneidad bastante marcada entre las distintas propuestas normativas que reivindican la tradición republicana, pues se combinan diferencias de grados con discrepancias cualitativas:

A pesar de que todas pretenden mostrarse como una alternativa crítica al liberalismo, las distintas teorías políticas normativas republicanas que se registran a partir de los ochenta conforman un verdadero arco iris, tal como lo denomina Kathleen Sullivan, donde abundan las diferencias en torno a los supuestos, a las experiencias históricas a las que se convocan y a las propuestas (Souroujon, 2014, pp. 97-98).

Ahora bien, dentro de este universo de republicanismos, la presente investigación concentrará su atención en aquella propuesta neorrepblicana para la cual el republicanismo debe ser concebido, ante todo, como una teoría política acerca de la libertad como ausencia de dominación. En efecto, tal y como se detalló en la introducción, en lo que queda de este primer capítulo y en la totalidad del siguiente se llevará a cabo una revisión crítica de las actualizaciones de la tradición republicana realizadas por Skinner, Pettit y Viroli para hacerle frente a los más importantes retos que tienen las sociedades democráticas de las primeras décadas del siglo XXI. Pero, ¿por qué se ha escogido estudiar específicamente esta versión del republicanismo contemporáneo? En primer lugar, se debe a que el autor de esta investigación considera bastante acertado el hecho de que Skinner, Pettit y Viroli a través de sus estudios históricos hayan interpretado la tradición republicana como una tradición política cuya preocupación fundamental ha sido siempre la lucha contra toda forma de dominación. En efecto, esta es una dimensión política que ostenta un lugar central en los proyectos teórico-políticos de Cicerón, Séneca, Maquiavelo, Milton, Sidney, Hamilton, Madison, entre otros republicanos clásicos, una característica que no ha sido debidamente señalada por las otras versiones del republicanismo contemporáneo. Desde este punto de vista, cabría decir que otras categorías republicanas como gobierno de las leyes, virtud cívica, participación ciudadana y gobierno mixto giran en torno a la finalidad política por antonomasia que es alcanzar una vida no dominada en el marco de una comunidad. Pero, sobre todo, se tendrá como punto de partida las ideas de Skinner, Pettit y Viroli como consecuencia de que dan forma a la única versión del neorrepblicanismo que brinda la posibilidad de reinsertar en la discusión pública la problemática de la dominación, una problemática que, como correctamente señalan los autores mencionados, continúa manifestándose en relaciones interpersonales como las que se presentan en los ámbitos político (gobernante-

gobernado), educativo (profesor-alumno), económico (empresa-cliente, empleador-empleado) y familiar (hombre-mujer, padre-hijo). Precisamente, esta atención que se le prestará al problema de la dominación permitirá al autor demostrar el hecho fundamental de que Skinner, Pettit y Viroli no han actualizado el republicanismo de manera suficientemente audaz y crítica, pues en sus propuestas normativas han dejado de lado la posibilidad que brinda la libertad como no-dominación de los republicanos de también abordar las relaciones de dependencia o dominación que se presentan entre Estados en el escenario internacional, en donde suele estar en juego una independencia, libertad o autonomía que repercute directamente en las vidas de los individuos.

### **1.3. El neorrepublicanismo: una teoría política acerca de la libertad como ausencia de dominación**

Entre las propuestas teórico-políticas de neorrepublicanos como Quentin Skinner, Philip Pettit y Maurizio Viroli existen una serie de diferencias cuyos alcances e implicancias serán analizados en apartados posteriores. Sin embargo, tal y como se anunció líneas arriba, es necesario precisar que los tres coinciden en posicionar a la libertad como la categoría central de las más importantes perspectivas del republicanismo clásico. Por esta razón, cuando actualizan esta tradición política para abordar una serie de problemáticas sociales y políticas contemporáneas, lo hacen en términos de una teoría sobre la libertad<sup>18</sup>.

Ahora bien, teniendo presente el tema central de esta investigación, es necesario responder la siguiente pregunta: ¿exactamente cuál es el significado que Skinner, Pettit y Viroli otorgan a la libertad republicana? Basándose en las ideas de republicanos como Cicerón, Maquiavelo, Milton y Harrington, ellos sostienen que la verdadera libertad no debe consistir únicamente en la ausencia de interferencias o impedimentos directos para la vida de los individuos; desde su perspectiva republicana, es completamente factible

---

<sup>18</sup> Precisamente por lo antes dicho es que no se considerará dentro del análisis de esta investigación la perspectiva de John Pocock. Como se expresó en el subcapítulo anterior, sucede que esta no resulta suficientemente enfática y clara en su defensa de una actualización de la tradición republicana para abordar los problemas contemporáneos de injusticia, dominación y dependencia en las sociedades actuales. Por decirlo de alguna manera, parece claro que el autor británico es, ante todo, un historiador. Además, el enfoque pocockiano acerca del republicanismo no necesariamente posiciona a la libertad concebida como no-dominación como la categoría principal de todo discurso republicano. Más bien, algunos estudiosos como Maurizio Viroli y Manuel Suárez Cortina han señalado que Pocock tiende a destacar la relevancia de la virtud cívica dentro de toda teoría política republicana.

que un individuo carezca de libertad y que al mismo tiempo tenga la posibilidad de que el poder político establecido respete sus propiedades, su derecho al libre tránsito y su facultad para participar en los asuntos públicos. Ocurre que en un gran número de ocasiones los atentados contra la libertad también se presentan bajo las formas de la dominación, la cual se manifiesta cuando un individuo se encuentra al arbitrio o discreción de otro, más allá de que este último ejerza efectivamente o no dicho poder que ostenta. Por tal motivo, los neorrepblicanos como Skinner, Pettit y Viroli advierten que también puede decirse que un individuo ha dejado de tener una vida libre cuando acontece que cae

[...] en un estado de dependencia o sujeción política; que implica el riesgo de ser privado de la vida, libertad o bienes mediante el uso de la fuerza o la coacción por parte del gobierno. Esto significa que si el ciudadano vive bajo una forma de gobierno que favorece el ejercicio de prerrogativas u otorga poderes discrecionales al margen de la ley, vive en realidad como esclavo. Los gobernantes pueden optar por no ejercer esos poderes o por ejercerlos tomando en consideración las libertades individuales del individuo, de tal modo que éste siga disfrutando en la práctica de todos sus derechos civiles. Sin embargo, el hecho mismo de que los gobernantes posean ese poder arbitrario significa que el disfrute de la libertad civil continúa dependiendo en todo momento de su buena voluntad. Esto quiere decir que el ciudadano permanece en estado de sujeción y expuesto a que sus derechos sean restringidos o suprimidos en cualquier momento, lo que [...] equivale a vivir en condiciones de servidumbre (Skinner, 2004, p.49)

Esto significa que el concepto de interferencia tiene que ser asociado con el impedimento abierto y directo que sufren los individuos, mientras que el de dominación se encuentra vinculado con los distintos tipos de dependencia que pueden padecer aquellos en el marco de una sociedad. El primero debe ser entendido como una acción u obstáculo y el segundo como una forma de condicionar la voluntad a través, por ejemplo, de la administración del miedo. Así, yendo incluso más allá de los ejemplos básicos de dominación o dependencia de carácter político, Viroli da cuenta de los siguientes escenarios:

[...] una mujer que puede sufrir maltratos por parte del marido, sin poder resistir ni obtener reparación; unos trabajadores que pueden sufrir cualquier abuso, mezquino y grave, por parte del empleador o de un superior; un jubilado que tiene que depender del capricho de un funcionario para cobrar la pensión, que legítimamente le compete; un enfermo que tiene que confiar en la buena voluntad del médico para que le curen; unos jóvenes investigadores que saben que su carrera no depende de la calidad de sus trabajos, sino del capricho del docente (2014, pp.77-78).



Como podrá notarse, en ninguno de los ejemplos referidos por Viroli se presenta una forma abierta y directa de interferencia, ya que en todo momento se enfatiza exclusivamente el carácter de posibilidad de esta. Entonces, si se tuviese como punto de partida que la verdadera libertad consiste simplemente en la ausencia de interferencias o impedimentos, lógicamente se tendría que admitir que las situaciones en las que se encuentran los individuos de los ejemplos anteriores no traen consigo una supresión de sus libertades. Por el contrario, desde dicho punto de vista, puede sostenerse que tales individuos gozan de manera irrestricta de sus libertades, dado que no existe una obstrucción o limitación efectiva de sus voluntades. No obstante, resulta bastante difícil admitir que un individuo que se encuentra a merced de la voluntad de otro posee plenamente la libertad. Así, para los teóricos neorrepblicanos como Skinner, Pettit y Viroli, la sola posibilidad de que en cualquier momento alguien pueda oprimarnos impunemente encierra una grave afrenta para nuestra libertad e imposibilita el acceso a una vida civil digna no fundada ni en el miedo ni en la incertidumbre<sup>19</sup>.

A propósito de esta distinción categorial entre los términos interferencia y dominación, Pettit llega a sostener que, inclusive, así como es completamente factible estar dominado sin estar sufriendo interferencia, puede estarse sufriendo interferencia sin encontrarse dominado:

Yo puedo estar dominado por otro –por poner un caso extremo: puedo ser el esclavo de otro–, sin que haya interferencia en ninguna de mis elecciones. Podría ocurrir que mi amo tuviera una disposición afable y no-interferente. O podría simplemente ser que yo fuera lo bastante taimado, o servil, para salirme siempre con la mía y acabar haciendo lo que quiero. Sufro dominación, en la medida en que tengo un amo; disfruto de no-interferencia, en la medida en que el amo no consigue interferir.

---

<sup>19</sup> El ejemplo del esclavo que tiene un amo “bondadoso” y “permisivo” también puede servir para comprender la diferencia señalada. Si ocurriera que un esclavo posee un amo que en ningún momento interfiere en sus acciones como consecuencia de una inusitada bondad o de un peculiar desinterés de su parte, un republicano consecuente plantearía que dicho individuo, de todos modos, carece de libertad. Como se ha esbozado antes, la razón para ello es que el solo hecho de que este dependa de la voluntad arbitraria de otro individuo es lo que representa el atentado contra su libertad personal y contra su vida en general. Para Skinner, es por los motivos anteriormente expuestos que en las primeras décadas del siglo XVII los grupos políticos ingleses de orientación parlamentarista y republicana se opusieron a la corona. Sucedió que esta había adquirido un derecho prerrogativo o poder discrecional a través del cual en cualquier momento podía encarcelar sin juicio e imponer impuestos sin tener el respaldo del poder parlamentario. En palabras del historiador inglés, el tipo de objeción que plantean «[...] es que si la corona fuera titular de tales prerrogativas, sería tanto como afirmar que nuestra propiedad y nuestras libertades personales se sostienen *no de derecho*, sino meramente *por la gracia*, puesto que la corona reclama que puede apropiarse de ellas en cualquier momento sin cometer injusticia» (2005, p.33).

Así como puedo sufrir dominación sin interferencia, así también puedo sufrir interferencia sin ser dominado; sin relacionarme con nadie como esclavo, o sometido. Supóngase que se permite a otra persona, o a una institución, interferir en mi actividad solo a condición de que la interferencia cumpla la promesa de promover mis intereses, y la cumpla de acuerdo con opiniones que yo comparta [...] En tal caso no es posible entender la interferencia como un ejercicio de dominación; la persona interfiere en mí de un modo no arbitrario (1999, pp.41-42).

A partir de las razones presentadas en el fragmento anterior, los neorrepublicanos se encuentran inclinados a defender la legitimidad de organizar políticamente las sociedades sobre la base de la implementación de restricciones o interferencias a la libertad, las cuales deben estar fundadas en el principio de la primacía de las leyes, cuya finalidad tiene que ser la de alcanzar la emancipación de los miembros de una comunidad<sup>20</sup>. En ciertas ocasiones, pues, «no resulta posible reducir la dependencia sin imponer los vínculos de la ley. Quien se remita a la tradición republicana debe elegir las políticas que atenúan la dominación, y no aquellas que tratan de atenuar los deberes civiles en nombre del deseo de quedar libres de impedimentos» (Viroli, 2001).

Esta centralidad que posee la categoría de dominación frente a la de interferencia en la teoría política republicana, es la que hace posible distinguir radicalmente entre esta última y la teoría política liberal<sup>21</sup>. Mientras que los teóricos del liberalismo arguyen que el individuo pasa a la condición de carente de libertad solamente cuando sufre una intervención o interferencia directa sobre su voluntad, los representantes del republicanismo, tal y como se ha venido detallando, expresan que se puede padecer

---

<sup>20</sup> Como se precisará en el capítulo siguiente, este punto de vista según el cual se puede padecer interferencia sin que esto traiga consigo el pasar a una situación de dominación, es aceptado no solamente por Pettit sino también por Viroli. Para este, los escritores republicanos «nunca afirmaron que la verdadera libertad política consistiese en la ausencia de interferencia» (2014, p. 87), pues encontraron en las leyes un freno o limitación esencial y legítimo para que sea posible la existencia de la república. Sin embargo, Skinner no comparte del todo dicha opinión, ya que suele destacar de manera más clara que la libertad republicana comprende, además de la ausencia de dominación, la ausencia de impedimentos o interferencias.

<sup>21</sup> Como se ha sugerido anteriormente, no solo es posible trazar la distinción con relación al liberalismo, sino que también lo es con respecto al democratismo. En palabras de Souroujon, «[...] la tradición democrática [...] se pregunta cómo articular una comunidad política en donde el demos constituido por iguales sea el verdadero soberano decisor a partir de una participación directa, igualitaria y efectiva. La preocupación de la tradición republicana es cómo articular las instituciones de una comunidad política para que ningún grupo domine sobre el otro y para lograr la estabilidad del régimen en el tiempo. Por último, la preocupación de la tradición liberal es cómo articular una sociedad política que tenga como objeto principal la salvaguarda de los derechos individuales». (2014, p. 97).

servidumbre o esclavitud sin que exista dicho impedimento explícito. En efecto, desde *De la libertad de los antiguos a la libertad de los modernos* (1819) de Benjamin Constant hasta *Dos conceptos de libertad* de Isaiah Berlin (1958), *Teoría de la justicia* (1971) de John Rawls y *Los derechos en serio* de Ronald Dworkin (1977) la tradición liberal se ha asentado en la defensa de una libertad negativa basada en la no-interferencia en desmedro de una libertad positiva fundada en los principios del autogobierno y el autoperfeccionamiento<sup>22</sup>. En opinión de los liberales, la libertad negativa posee la ventaja decisiva de que protege al individuo de atropellos y arbitrariedades que podrían ser perpetrados o bien por otros individuos o bien por los mismos gobiernos. Contrariamente, afirman que la libertad positiva es sumamente peligrosa, porque sus defensores, al postular como principio elemental la afirmación, autonomía o autorrealización del yo, pueden terminar validando distintos medios tiránicos y totalitarios so pretexto de que los mismos son indispensables para que los individuos puedan alcanzar dicha liberación o perfeccionamiento.

Sobre la base de este posicionamiento crítico frente a la libertad positiva, la doctrina liberal de la libertad negativa –de paradójicos orígenes hobbesianos<sup>23</sup>– ha adquirido una posición hegemónica en los últimos siglos cuando se trata de abordar los alcances y límites de una vida libre tanto en el ámbito de la teoría política como en el de las prácticas políticas<sup>24</sup>. Frente a ello, Skinner, Pettit, Viroli y otros neorrepblicanos han señalado que, en los debates filosófico-políticos de los últimos tiempos, los defensores del liberalismo (e incluso los de otras corrientes políticas influyentes) han olvidado la existencia de una concepción moderna de la libertad que no se puede identificar completamente ni con la libertad positiva, ni con la libertad negativa de los liberales y que, al mismo tiempo, posee unos orígenes más remotos que los de ambas: la libertad republicana:

---

<sup>22</sup> Para Skinner (2012), los tres autores mencionados defienden una idea negativa de la libertad. Y ello ocurre pese a que al liberalismo de Rawls y Dworkin se le ha reconocido cierta dimensión igualitarista.

<sup>23</sup> En *Leviatán* y en *De Cive*, el filósofo de Malmesbury define la libertad como la ausencia de impedimentos externos al movimiento, rompiendo de esta manera con toda una tradición republicana en torno a la libertad remontable quizá hasta Platón y Aristóteles.

<sup>24</sup> Inclusive, al momento de explicar el desarrollo de las más importantes revoluciones democráticas de la modernidad (la Revolución Americana y la Revolución Francesa), los historiadores contemporáneos han tendido en no pocas ocasiones a emparentarlas con Locke y el liberalismo, lo cual es completamente equivocado para los filósofos e historiadores neorrepblicanos. Según ellos, los fundamentos de la modernidad política hay que ubicarlos en la teoría política republicana. Como sugiere Félix Ovejero, los liberales no fueron «los verdugos intelectuales del mundo aristocrático y feudal: a lo sumo, no pasaron de ser teloneros del republicanismo» (2003).

La libertad republicana es una libertad negativa<sup>25</sup> diferente de la libertad liberal, porque identifica como esencia de la libertad no solo la interferencia (...), sino también la posibilidad constante de la interferencia que existe a causa de la presencia de poderes arbitrarios. Ningún escritor político republicano llamó “libertad” –como hizo Berlin- la libertad de la que disfrutaban los esclavos bajo un déspota “liberal”, puesto que el déspota en cada momento, y a su discreción, puede impedirles hacer lo que quieren, llegando incluso si se diera el caso, a oprimirlos. Los esclavos no sufren ninguna interferencia, pero viven bajo la condición de la dependencia: un liberal puede describir esta condición como una condición de libertad, pero no lo puede hacer un republicano. Este tampoco identifica la libertad con un tipo de vida específico o con un determinado “yo”: para poder hablar de libertad, es suficiente la ausencia de dominación, independientemente de la forma de vida que la persona elige para sí, e independientemente del “yo” o los “yoes” que se quieren afirmar (Viroli, 2014, pp.81-82).

Precisamente, los neorepublicanos plantean que, por lo menos desde el siglo XIX, la libertad republicana ha caído en descrédito y ha pasado al olvido como consecuencia del mencionado triunfo ideológico del liberalismo en la cultura política de la mayoría de democracias occidentales y no occidentales<sup>26</sup>; es por este motivo que resulta indispensable realizar un abordaje de este predominio liberal con miras a recuperar el mundo intelectual asociado con el republicanismo y su ideal de libertad. Pero, ¿cuáles son las razones específicas por las que es necesario hacerle frente al dominio del liberalismo a través de dicha recuperación de la tradición republicana de la libertad propuesta por Skinner, Pettit y Viroli en el contexto de las sociedades democráticas del siglo XXI?

Como resulta patente por los planteamientos anteriores, si se tiene como punto de partida una concepción negativa de la libertad, tal y como la enarbolada por los liberales, una serie de formas de injusticia, dependencia y dominación quedan completamente invisibilizadas. En cambio, la ventaja de la libertad de los republicanos es que, además de mantenerse atenta frente a los distintos impedimentos y obstáculos que pueden sufrir los individuos, permite tener en consideración dichas manifestaciones más complejas y

---

<sup>25</sup> Como se hará patente en apartados posteriores, entre los neorepublicanos más representativos ha sido motivo de discusión si la libertad de la tradición republicana posee únicamente rasgos negativos. Mientras que Skinner y Viroli se inclinan por definirla como una libertad negativa, aunque diferente de la esgrimida por los liberales, Pettit sugiere que aquella puede encarnar coherentemente tanto elementos negativos como positivos.

<sup>26</sup> Quizá otro factor crucial para este olvido de la tradición republicana ha sido el hecho de que durante décadas ciertos sectores de la intelectualidad occidental y no occidental no hayan podido salir de la discusión planteada en términos de marxistas y antimarxistas (liberales); bloqueando de esta manera la posibilidad de reivindicar otras tradiciones de pensamiento político.

sutiles de dominación, arbitrariedad y discrecionalidad que se encuentran enraizadas en las sociedades democráticas contemporáneas. Sobre la base de lo anterior, Viroli llega a sostener que el liberalismo es una especie de «republicanismo empobrecido, o incoherente, pero nunca una alternativa al republicanismo» (2014, p.101). Sucede que en unas democracias como las actuales, en donde todavía predominan tipos de dominación como los que se presentan en los ámbitos político (gobernante-ciudadano), laboral (empleador-empleado), doméstico (hombre-mujer), educativo (profesor-alumno), económico (empresas-clientes), etc., salta a la vista la insuficiencia y limitación del enfoque liberal tanto para enfrentar estos graves atentados contra las libertades individuales como para constituir una vida civil más digna en tanto que fundada en leyes aceptadas por todos. Para ser más puntuales, cómo podrían ser abordados desde un liberalismo exclusivamente centrado en las interferencias abiertas (y, por tanto, casi siempre reactivo a todo énfasis en la importancia de mecanismos como las leyes y el Estado)

- 1) el poder discrecional que ostentan ciertas autoridades políticas, policiales y judiciales frente a la ciudadanía,
- 2) las considerables prerrogativas que poseen los empleadores con respecto a sus trabajadores en un escenario desregulado en lo que concierne a los derechos laborales,
- 3) la facultad que no pocas veces tienen los hombres de maltratar a las mujeres sin que de esto se derive una sanción de índole penal,
- 4) las arbitrariedades que pueden perpetrar los maestros contra sus alumnos en un contexto educativo en donde se brinda un margen bastante amplio de acción para los primeros y
- 5) el hecho de que los clientes de muchas empresas se encuentren al arbitrio de estas bajo la premisa de que no se puede desalentar o incomodar demasiado al sector privado.

Siguiendo un punto de vista semejante al anterior, Ovejero, Martí y Gargarella esbozan un panorama de las democracias liberales contemporáneas refiriendo que en el marco de ellas las decisiones más elementales sobre la organización de nuestras vidas no están bajo nuestro poder o voluntad:

No solo se trata de la existencia de instituciones policiales y de seguridad, cada vez más poderosas, con amplia capacidad discrecional para controlar la vida de los ciudadanos sin atender a sus derechos y apenas sometidas a controles legales o políticos. Muchos de los ámbitos en donde las gentes desarrollan buena parte de su vida social (empresas, barrios, familias) están sometidos a relaciones de autoridad que abarcan aspectos fundamentales de su existencia. Así, los propietarios de los medios de producción, con frecuencia toman decisiones o imponen reglas que alcanzan no solo a los propios procesos de trabajo, sino que tienen que ver con los modos de vida de los trabajadores y, sobre todo, de las trabajadoras (indumentarias, decisiones reproductivas, formas de socialidad).

Instituciones básicas (como el control judicial de constitucionalidad, los bancos centrales, etc.), fuera de todo control democrático, asumen la competencia exclusiva sobre ciertos objetivos que afectan a aspectos básicos de la vida colectiva y sobre los que poco pueden decir los ciudadanos o sus representantes. [...] Poblaciones enteras pueden ver cómo sus condiciones de vida cambian de la noche a la mañana no como resultado de sus decisiones, de sus esfuerzos o de sus errores, sino de flujos financieros o de poderosas voluntades especuladoras, hasta el punto de que las propias instituciones políticas no actúan en respuesta a las demandas de sus ciudadanos, sino tratando de suministrar a los mercados «buenas señales» (y, con ello, el autogobierno se supedita a esas «fuerzas ciegas», entre otras cosas porque cualquier intento de ejercer un control sobre las propias condiciones de vida es interpretado como una «mala señal») (2004, p. 12).

Teniendo presentes estas ideas, no cabe duda, pues, de que todas estas manifestaciones de la dominación (de las cuales es común que se deriven miedo, angustia, incertidumbre, así como también otras patologías sociales terribles como consecuencia de tener al frente la sola posibilidad de ser impunemente oprimido<sup>27</sup>) se encuentran más allá de todas las posibilidades críticas de la concepción liberal acerca de la libertad.

Asimismo, podría agregarse que la importancia de enarbolar la libertad republicana para afrontar un conjunto de problemáticas de injusticia propias de los tiempos que corren estriba en que el principio negativo de la libertad, así como varias de las formas de dominación o dependencia señaladas anteriormente, han adquirido centralidad en las últimas décadas como consecuencia, sobre todo, del enorme influjo que viene teniendo el neoliberalismo<sup>28</sup> en las estructuras de los gobiernos e instituciones públicas de la mayoría de países occidentales y no occidentales. Así, los intelectuales más representativos de este nuevo liberalismo, tales como Ludwig von Mises, Friedrich von Hayek, Robert Nozick y Milton Friedman han enfatizado en sus principales escritos, artículos e intervenciones que toda la libertad que los Estados están obligados a garantizar

---

<sup>27</sup> «Lo que hace de la dependencia algo inaceptable (para los republicanos) es el hecho de que la dependencia genera temor ante las personas que poseen poderes arbitrarios. El temor, a su vez, produce una falta de ánimo y coraje que alimenta actitudes serviles, empuja a bajar la vista, a guardar silencio o a hablar para adular a los poderosos. La situación de dependencia genera, pues, un talante ético del todo incompatible con la mentalidad del ciudadano (...)» (Viroli, 2001). En el mismo sentido se expresa Skinner cuando destaca la preocupación de autores romanos como Salustio y Tácito y neorromanos como los parlamentaristas y republicanos ingleses de los siglos XVII por el impacto psicológico a largo plazo de dichas formas despóticas y autoritarias de gobierno: «Cuando una nación al completo se inhibe de ejercer sus mejores talentos y virtudes, estas cualidades empiezan a atrofiarse y la gente se sumerge gradualmente en una condición abyecta de sopor y abulia» (2005, p. 41).

<sup>28</sup> Una corriente económica y política derivada del liberalismo, aunque no necesariamente equivalente a la propuesta liberal defendida por Berlin y, sobre todo, por Rawls y Dworkin, pues esta no llega a abandonar claramente la preocupación por los problemas de igualdad, redistribución y virtud cívica.

para los individuos guarda una estrecha relación con la posibilidad de que estos no sufran obstáculos externos para llevar a término sus distintos movimientos y deseos. En esta línea se expresa Nozick cuando considera que únicamente se justifica la existencia de un Estado mínimo «limitado a las estrechas funciones de protección contra la fuerza, el robo, y el fraude, y de respeto a los contratos (...) [Por eso] cualquier Estado más extenso violará los derechos de las personas de no ser forzadas a hacer ciertas cosas y no se justifica». (1974, p. IX). De la misma manera, Friedman afirma que

[...] la esfera de acción del Estado ha de ser limitada. Su función principal ha de ser el proteger nuestra libertad contra los enemigos de puertas afuera y de puertas adentro, preservar la ley y el orden, hacer cumplir los contratos privados, fomentar los mercados competitivos. Más allá de esta función principal, el Estado puede a veces ayudarnos a conseguir lo que sería más difícil o más caro de conseguir separadamente. Sin embargo, este uso del Estado está lleno de peligros. (1960, p. 14).

La influencia en distintos ámbitos de la sociedad de esta visión neoliberal de la política ha generado que se termine aceptando una idea de libertad bastante restringida en tanto que a través de ella ya no resulta posible dar cuenta de escenarios de dominación o dependencia. De esto se ha derivado, a su vez, que progresivamente se restrinjan las obligaciones del poder político a los ámbitos policial y judicial con la finalidad de contrarrestar únicamente aquellas formas de impedimento abierto y directo que puedan presentarse en el marco de toda sociedad<sup>29</sup>. Por supuesto, este afán del neoliberalismo por liberar de todo obstáculo o interferencia material a los individuos ha sido promovido, ante todo, con miras a otorgarles a estos la plena libertad de desarrollar una forma de vida dedicada al consumo, lo cual ha traído consigo la reproducción frenética del sector empresarial, la instauración de un individualismo exacerbado incompatible con obligaciones de carácter cívico-ciudadano y la restricción considerable de las posibilidades de desarrollo humano en ámbitos tales como el político, el cultural y el intelectual.

Es patente por todo lo expuesto líneas arriba que la teoría política republicana acerca de la libertad puede constituirse como un discurso crítico frente a los peligrosas consecuencias sociales y políticas del influjo de las perspectivas liberal y neoliberal

---

<sup>29</sup> Sobre esta relación entre neoliberalismo, libertad negativa y Estado mínimo, puede revisarse *La seguridad como fin del Estado: Una interpretación de la filosofía política de Thomas Hobbes*, tesis de licenciatura realizada por el autor de la presente investigación.

acerca de lo que representa tener una vida libre. Inclusive, siendo todavía más audaces, Skinner, Pettit y Viroli dirían que, partiendo de este ideal republicano de la libertad, puede estructurarse un modelo de democracia distinto del que se suele asociar con una tradición liberal a partir de la cual se sostienen, en gran medida, los Estados neoliberales del siglo XXI. Un modelo republicano de democracia que podría caracterizarse, entre otras cosas, por su énfasis en la dimensión política de los individuos frente al desprecio contemporáneo hacia las prácticas ciudadanas debido a la promoción de unas formas de vida volcadas al consumo<sup>30</sup>, por su lucha contra la corrupción de las autoridades políticas en nombre de las virtudes cívicas y el bien común, por su conveniente organización del Estado con miras a interferir o intervenir legítimamente si están en peligro la libertad y la dignidad de los individuos como consecuencia del afán de dominio de ciertos sectores faccionales o partidistas, y por su promulgación de constituciones y leyes especialmente atentas a la problemática de la dominación o dependencia en los ámbitos familiar, laboral, educativo y político.

Pero la teoría política republicana acerca de la libertad, así como los principios políticos republicanos en general, no solamente son importantes porque permiten constituir una postura crítica frente a las doctrinas liberal y neoliberal. También lo son debido a que pueden confrontar a dos tradiciones políticas cuya influencia en la teoría y práctica políticas ha resultado capital en los últimos tiempos: el socialismo y el comunitarismo<sup>31</sup>. Puede afirmarse que ambos posicionamientos políticos dan claras muestras de encontrarse en una especie de marasmo o confusión con respecto a la crítica que debe hacerse contra ciertas formas de injusticia, dependencia y dominación presentes en las sociedades contemporáneas. Por un lado, un número nada despreciable de intelectuales, filósofos y politólogos de orientación socialista o marxista parece estar enfrascado en discusiones vinculadas con el multiculturalismo, el feminismo, el ecologismo y el animalismo, temáticas que suelen abordar como si no fuese posible

---

<sup>30</sup> A propósito, Ovejero, Martí y Gargarella sostienen que una de las apuestas fundamentales del republicanismo es por una democracia fuerte, pues en las democracias liberales ocurre que «los ciudadanos actúan [...] como consumidores pasivos y orientan sus votos atendiendo únicamente a las opciones que les aseguren la defensa de sus intereses, escogiendo las distintas ofertas políticas de modo parecido a como escogen entre distintos productos en el mercado [...] Los ciudadanos agotan su actividad política en el acto de votar» (2004, p. 28).

<sup>31</sup> Pese a esta diferenciación que se está estableciendo entre el republicanismo y el comunitarismo, no han sido pocos los autores para los cuales entre ambas corrientes políticas existen estrechas relaciones en cuanto a temáticas, principios e ideales. Una obra que refleja claramente ello es *Civic Republicanism* (2002) de Iseult Honohan. Como se ha mencionado antes, también Taylor y Sandel pueden ser enmarcados dentro de esta línea de pensamiento.



relacionarlas entre sí. En efecto, no se analizan desde una reflexión general acerca de la injusticia, la dominación y la dependencia, tal y como la que podría derivarse de la teoría republicana acerca de la libertad. Además, hay que agregar que desde esta perspectiva republicana podrían incluirse otras maneras de expresarse la dominación en las sociedades democráticas contemporáneas, las cuales, sin embargo, han sido olvidadas por el actual discurso teórico-político de la izquierda; un ejemplo de estas puede ser el abuso y la alienación en el ámbito laboral en un escenario empresarial cada vez más desregulado debido a la marca del proceso de globalización neoliberal<sup>32</sup>. Frente a esta especie de liberalización y edulcoración cada vez más patente de la izquierda, puede resultar clave, entonces, que el republicanismo se encargue de reintroducir en el debate público las mencionadas problemáticas socio-políticas de dominación en distintos ámbitos de la vida humana.

Por otra parte, a diferencia del comunitarismo, el republicanismo no requiere encontrar su anclaje en el pasado, en el ámbito de las tradiciones y costumbres; por este motivo, posee una apertura bastante más amplia hacia el futuro, lo cual le permite evitar toda forma de conservadurismo. Asimismo, en tanto que no necesita «comprometerse con el respeto a una concepción moral robusta, sino con ciertos valores, en todo caso, institucionalmente circunscriptos» (Gargarella, 2001, p. 31), esquivo el peligro de entrometerse más de la cuenta en la vida privada de los individuos. El republicanismo se conforma con lograr que estos últimos acepten ciertos compromisos básicos en favor del interés público:

[...] ofrece una superación de las insuficiencias liberales éticamente mucho más aceptable que el comunitarismo. En primer lugar, porque mantiene el bastión de la libertad individual como valor prioritario, solo que pretende convertirlo en un valor no divorciado del compromiso cívico. También, porque la república es una sociedad abierta, que solo reclama del individuo más identificación con lo público, con un bien común que no es sino la concreción de los valores constitucionales. El republicanismo es aplicable a cualquiera de las democracias constitucionales,

---

<sup>32</sup> Los intelectuales de izquierda cada vez se desprenden más de sus tradicionales ideales socialistas, únicamente preocupados muchos de ellos no solamente por las cuestiones señaladas líneas arriba (muchas de ellas, paradójicamente, puestas en vitrina desde arriba por organismos internacionales, empresas multinacionales, organizaciones no gubernamentales y medios masivos de comunicación), sino también, como afirma Viroli, por encontrar una nueva fundamentación en autores como Nietzsche, Foucault, Schmitt, Luhmann, Habermas y Derrida (2014, p. 59). En un sentido similar se expresa Félix Ovejero en *La deriva reaccionaria de la izquierda* (2018). Para él, esta ha hecho a un lado la problemática de la igualdad que involucra los abusos contra las grandes mayorías, ansiosa por adoptar una postura “reaccionaria”, “antiilustrada” y “antiprogreso” relacionada, por ejemplo, con los movimientos feministas, ecologistas y pluralistas.

no necesita poner la comunidad por delante para construir a partir de ella un sentido moral de pertenencia. Recupera de esta forma la idea de una ciudadanía moralmente comprometida y de una persona que no vive solo para sí misma, sino también para que prospere el bien público (Camps, 2013, pp. 390-391).

Otra limitación del comunitarismo puede encontrarse en el hecho de que, al concentrar toda su atención en las problemáticas de la identidad, las diferencias y el reconocimiento, desatiende una cuestión fundamental como es la injusta redistribución de la riqueza, tal y como ha señalado Nancy Fraser (2006). A diferencia del republicanismo que, como se ha visto, puede reflexionar en torno a las desigualdades económicas sobre la base de su concepto de libertad entendido como ausencia de dominación.

Habiendo señalado las posibilidades de la teoría política republicana acerca de la libertad defendida por Skinner, Pettit y Viroli con miras a abordar distintas problemáticas sociales y políticas propias de las sociedades democráticas de las primeras décadas del siglo XXI, cabe formularse la siguiente interrogante: ¿Acaso dicha propuesta normativa encierra alguna limitación, vacío o inconsistencia digno de ser señalado? En otras palabras, ¿sería posible formular una crítica consistente y fundamentada a los planteamientos de Skinner, Pettit y Viroli favorables a la doctrina republicana de la libertad? Precisamente, el siguiente capítulo estará dedicado a responder estas preguntas.

## **CAPÍTULO II:**

### **LOS LÍMITES DEL REPUBLICANISMO CONTEMPORÁNEO: LA SOBERANÍA O INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS COMO DIMENSIÓN OLVIDADA EN LAS TEORÍAS NEORREPUBLICANAS DE SKINNER, PETTIT Y VIROLI**

#### **2.1. Consideraciones preliminares sobre la teoría neorrepública de la libertad de Skinner, Pettit y Viroli**

Como se ha hecho patente en el capítulo anterior, no cabe duda de que una actualización de la tradición republicana puede resultar sumamente fructífera para abordar las más importantes problemáticas de injusticia de los tiempos que corren. Más aún, si se tiene presente el hecho de que, por distintas razones, los principales filósofos, politólogos e intelectuales adscritos a corrientes políticas como el liberalismo, el comunitarismo y el socialismo no tienen un posicionamiento suficientemente crítico frente a una serie de relaciones de dominación o dependencia existentes en las democracias occidentales y no occidentales. En este sentido, puede decirse que la presente investigación tiene como punto de partida una valoración positiva de las propuestas normativas de tres de los más destacados neorrepúblicanos: Quentin Skinner, Philip Pettit y Maurizio Viroli.

Ahora bien, el principal objetivo de este segundo capítulo será el de someter a crítica la actualización del concepto republicano de libertad llevada a cabo por los tres neorrepúblicanos mencionados. Y ello como consecuencia de que estos, a pesar de sus innegables aciertos y aportaciones de carácter historiográfico y normativo, han otorgado unos alcances insuficientemente audaces a la libertad enarbolada por republicanos clásicos tales como Salutati, Bruni, Maquiavelo, Guicciardini, Milton, Sidney, Harrington, Rousseau, Hamilton y Madison. Sucede que en sus más destacados escritos Skinner, Pettit y Viroli han actualizado o revitalizado la tradición republicana como una teoría política sobre la libertad desde la cual únicamente son abordadas formas de

dominación que se manifiestan en las relaciones existentes entre los individuos. Como se ha desarrollado en el primer capítulo, cada uno de estos neorrepublicanos hace referencia a la lógica de dominación que puede estar detrás de relaciones como las del gobernante con el gobernado, el hombre con la mujer, el empleador con el empleado, el funcionario con el jubilado, el médico con el enfermo, el maestro con el alumno y el magistrado con el ciudadano; olvidando de esta manera el tipo de dominación que puede ser ejercida por un agente externo sobre el cuerpo político legítimamente instituido dentro de unas fronteras nacionales. Dicho con otros términos, no han considerado la posibilidad de emplear la teoría republicana de la libertad para echar luces sobre los escenarios actuales de dominación en donde la problemática central resulta ser el profundo debilitamiento de la soberanía o independencia de los Estados nacionales (sobre todo, la de aquellos que pertenecen al bloque del Tercer Mundo) en el contexto de las relaciones internacionales. Una problemática capital esta última a causa del influjo cada vez más decisivo que ejercen en los asuntos internos de distintas naciones actores externos como los organismos financieros internacionales (FMI y BM), las empresas multinacionales, los organismos no gubernamentales extranjeros y los aparatos estatales hegemónicos. Y todo ello en el marco del proceso de globalización neoliberal de las últimas décadas.

El detalle fundamental es que Skinner, Pettit y Viroli han ignorado las enormes posibilidades críticas de la tradición republicana frente a la dominación externa, a pesar de que en los escritos de los republicanos clásicos se destaca la dimensión de la libertad fundada en la independencia o soberanía de los Estados o cuerpos políticos y no solamente aquella relacionada con la autonomía o no-dominación individual. Así, entre los autores más representativos de esta perspectiva preocupada por la soberanía o independencia de las naciones en el escenario internacional pueden ser mencionados Cicerón, Séneca, Tito Livio, Brunetto Latini, Dante Alighieri, Marsilio de Padua, Bartolo de Sassoferrato, Coluccio Salutati, Leonardo Bruni, Nicolás Maquiavelo, Francesco Guicciardini, Jean-Jacques Rousseau, así como también el grupo de intelectuales americanos propulsores de la luchas independentistas en los Estados Unidos de América y en Latinoamérica. Incluso, en esta lista podrían ser agregados los nombres de Platón y Aristóteles, ya que ambos pusieron de manifiesto en sus escritos políticos su preocupación frente a la posibilidad de que se instaure un dominio externo de carácter tiránico o imperial contra las ciudades-Estado.

De alguna manera, los neorrepublicanos, pese a su clara pretensión de diferenciarse de la tradición política liberal, puede decirse que no han llegado a escaparse de sus redes ideológicas en tanto que han terminado asociando la teoría republicana de la libertad únicamente con la autonomía o independencia individuales; es decir, se han concentrado en la temática típicamente liberal de la libertad individual, agotando en este ámbito todos los posibles alcances críticos del republicanismo. Quizá este rasgo de los nuevos republicanismos ha sido el que ha traído consigo que algunos filósofos y politólogos como Will Kymlicka y Alan Patten sostengan que entre liberales y neorrepublicanos no existen desacuerdos verdaderamente profundos y relevantes. No obstante, desde el punto de vista del autor de esta investigación, la lucha por la no-dominación externa o foránea debe concebirse, precisamente, como un tópico republicano capital sobre cuya base puede establecerse una distinción más clara entre ambas tradiciones políticas. Sucede que los principales representantes de la tradición liberal – sean clásicos como Locke y Constant o contemporáneos como Berlin y Rawls- no le han prestado atención a dicha problemática de la soberanía o independencia de los Estados, pese a que en no pocas ocasiones la resolución de esta suele ser una condición de posibilidad para la ampliación o extensión de las libertades individuales. En suma, empleando palabras semejantes a las usadas por el propio Viroli para caracterizar al liberalismo, cabe sostener que el neorrepblicanismo de los tres autores mencionados representa una forma “empobrecida” del republicanismo clásico, pues olvida una dimensión central de la libertad cuya presencia es fácilmente identificable en las propuestas normativas de una serie de autores republicanos del pasado<sup>33</sup>.

Partiendo de las consideraciones y apuntes anteriores, el presente capítulo aportará un análisis de las perspectivas republicanas acerca de la libertad defendidas por Skinner, Pettit y Viroli con la finalidad de mostrar cómo es que en cada una de ellas no es abordada convenientemente la temática de la independencia o soberanía de los Estados frente a la dominación externa. Y ello a pesar del hecho evidente de que la autonomía del cuerpo

---

<sup>33</sup> Según el constitucionalista Cueva Fernández (2011), el neorrepblicanismo se parece poco al republicanismo de la tradición clásica debido a que aquel se insertó en medio del debate entre liberales y comunitaristas. Desde nuestro punto de vista, el hecho de que el republicanismo contemporáneo no se corresponda con el republicanismo clásico no representaría ningún problema si no fuese por dos razones: 1) los neorrepblicanos (Skinner, Pettit y Viroli) en todo momento defienden su íntimo parentesco con el republicanismo clásico y 2) dicha no correspondencia trae consigo que no se aproveche suficientemente una sugerente tradición de pensamiento político sobre la base de la cual también es posible abordar las relaciones internacionales entre las naciones.

político desde un punto de vista geopolítico es una importante condición de posibilidad para que los individuos puedan lograr la libertad dentro de las fronteras de su sociedad política. En efecto, si la organización de los asuntos políticos, sociales, económicos e, incluso, culturales no dependen de las leyes, instituciones, autoridades y ciudadanos de una nación sino de agentes externos que ostentan un poder arbitrario, discrecional e ilegítimo, difícilmente podrán establecerse formas de vida no dominadas y civilmente dignas tales como aquellas que anhelaban para sus respectivos conciudadanos los representantes más prominentes de la tradición republicana.

## **2.2. Metodología, historia y libertad: El neorrepublicanismo de Quentin Skinner como teoría política sobre la libertad individual**

Si bien el objetivo central de este subcapítulo dedicado a los planteamientos de Quentin Skinner es analizar críticamente su actualización del concepto republicano de libertad, antes resulta importante señalar que las principales investigaciones del referido autor inglés se encuentran orientadas, fundamentalmente, hacia los ámbitos de la metodología y la historia del pensamiento. Por ende, más que como filósofo normativo defensor de una doctrina útil para enfrentar los desafíos políticos de los tiempos que corren, Skinner tiene que ser concebido, tal y como él mismo lo expresa, como un «historiador intelectual», cuya primordial finalidad no es el estudio de las ideas en sí mismas, sino más bien la exploración de los usos que se les otorga a tales ideas en las polémicas o debates políticos.

Por supuesto, es patente que de tales estudios metodológicos e históricos pueden extraerse ideas decisivas para abordar los problemas contemporáneos de la política. Al respecto, el propio Skinner sugiere lo siguiente tras ser interrogado sobre los posibles usos prácticos en la actualidad de sus análisis históricos fundados en su particular perspectiva metodológica:

al emprender una crítica de nuestros conceptos morales y políticos, y al producir una crítica filosófica sobre la manera en que se comprenden e implementan, simultáneamente siempre incurrirás en la tarea de replantear la legitimidad de ciertas normas sociales y políticas. Estoy en total desacuerdo con el punto de vista de los seguidores de Wittgenstein, quienes sostienen que la filosofía deja las cosas como son [...] La filosofía, tal como la practico, es el estudio de las críticas de los conceptos. Si criticas nuestra comprensión de un concepto como la libertad, y si desafías nuestro discurso sobre el rango de referencia de dicho concepto, al mismo tiempo estás cuestionando si ciertos pactos que

ahora entendemos como libres, tal vez no lo sean tanto. Si eres capaz de convencer a las personas de la utilidad de tu análisis contradictorio, las habrás convencido de cambiar su opinión sobre su mundo social, y cuando esto ocurre pueden inclinarse a pensar que algunos elementos de ese mundo que ellas consideraban legítimos en realidad no lo son, o viceversa (2013, p. 2)<sup>34</sup>.

Precisamente, sobre la base de la aplicación de su metodología al análisis histórico tanto del republicanismo italiano de los siglos XIV, XV y XVI como del republicanismo inglés de los siglos XVII y XVIII, Skinner llega a la conclusión de que el republicanismo representa, frente al liberalismo predominante en la actualidad, una teoría política con más posibilidades de abordar una serie de atentados contra la libertad cuyas raíces son sumamente profundas en nuestras sociedades democráticas; empleando sus propias palabras, es completamente factible «examinar esta hegemonía liberal a través de la recuperación de un mundo intelectual que hemos perdido» (2004, p.11). Entonces, aunque no de manera plenamente directa y abierta, Skinner apuesta por la perspectiva republicana de la libertad derivada de Maquiavelo, Milton, Sidney y Harrington como una teoría que puede ser fructífera en los debates ideológico-políticos del presente; debates en los cuales tienen un carácter central los serios cuestionamientos que se le vienen formulando al modelo liberal de democracia vigente en la mayoría de sociedades tanto occidentales como no occidentales<sup>35</sup>.

Debido a esta estrecha relación entre metodología, estudios históricos y propuesta político-normativa en Skinner, es pertinente explicar, en primer lugar, los aspectos centrales de las dos primeras áreas señaladas para que sobre esta base pueda profundizarse críticamente en los alcances y límites de su actualización del concepto republicano de

---

<sup>34</sup> Siguiendo una orientación similar, en una entrevista más reciente Skinner afirma lo siguiente: *I think the two functions can coexist. The reason is that there are significant continuities in our traditions of moral and political thought. We can, if we wish, call on these traditions and use them to restate and refine our own values. One celebrated example in our own time would be John Rawls's reworking of the political theories of John Locke and Immanuel Kant. My own preference, however, is to turn to the past as a source of what you describe as alternatives. I like to point to roads not taken. It is true of course that many of these roads may not be worth taking. For example, I am not suggesting that it might be worthwhile to reconsider the divine right of kings as a way of thinking about political obligation, or anything like that. But I do believe that, in the ways we have come to reflect on some of the concepts central to our moral and political world, we have lost sight of some earlier ways of thinking that deserve to be reconsidered and perhaps even resuscitated. I have come to feel this in particular about our current ways of thinking about human rights and about political liberty* (2016, p.4).

<sup>35</sup> No soy el único que halla en la tradición intelectual republicana una fuente de ideas e ideales. Historiadores como John Pocock y Quentin Skinner no solo han contribuido a hacernos visible la tradición en las dos últimas décadas; también han mostrado cómo puede esta ofrecernos una nueva perspectiva de la política contemporánea (Pettit, 1999, p. 24).

libertad. Por supuesto, sin que esto último implique olvidar que la dimensión filosófico-política no se encuentra plenamente desarrollada en sus investigaciones más destacadas.

Cabe mencionar que Skinner tuvo la necesidad de configurar una nueva metodología<sup>36</sup> para el estudio de las ideas políticas como consecuencia de que la perspectiva metodológica predominante y tradicional (aquella fundada únicamente en la lectura de un conjunto de textos clásicos) le resultó bastante insatisfactoria con miras a comprender tanto los debates ideológico-políticos desarrollados en las distintas sociedades como las pretensiones de los filósofos e intelectuales al formular determinados argumentos políticos. Para él, debido a la obsesión de este método textualista por revisar -una y otra vez- una serie de obras concebidas como canónicas, sus cultores en el ámbito de la investigación suelen caer en la «mitología de la coherencia» y en la «mitología de las doctrinas», dos graves errores de interpretación que traen consigo una considerable desfiguración de todo estudio histórico. Skinner (2007) expresa que el primero de estos errores se presenta, por ejemplo, cuando el intérprete se afana por encontrar en las reflexiones de los autores clásicos una coherencia y sistematicidad marcadas, aunque aquellos no hayan buscado dotar a sus obras de tales características. A su vez, detecta el escritor inglés que esta «mitología de la coherencia» también lleva a los intérpretes hacia la omisión o descarte de ciertos textos, argumentos e ideas de los autores estudiados cuya naturaleza puede poner en peligro la interpretación unificada y sistemática que se pretende lograr (Tudela-Fournet, 2015).

En el caso de la «mitología de las doctrinas», acontece que el investigador que sigue el método textualista señala de manera categórica cuál es la doctrina que un autor determinado habría pretendido desarrollar sobre alguna temática considerada como central dentro de una disciplina filosófica. Por ejemplo, se suele detallar cuáles habrían sido las teorías acerca del Estado, la libertad y la igualdad que habrían buscado legarnos determinados teóricos clásicos, pese a que en muchos casos estos no llegaron a expresar su intención de plantear una doctrina sobre cada una de las mencionadas cuestiones. Para Skinner, son dos los graves errores que puede traer un punto de partida semejante:

En primer lugar, existe el peligro de convertir algunas observaciones dispersas o completamente circunstanciales de un teórico clásico en su “doctrina” sobre uno

---

<sup>36</sup> Por supuesto, este cambio en la metodología para el estudio de las ideas políticas también estuvo directamente relacionado con los aportes decisivos de John Dunn y J.G.A. Pocock, los cuales –junto con el propio Skinner– conforman los pilares de la denominada Escuela de Cambridge.



de los temas obligatorios. A su vez, puede demostrarse que esto genera dos tipos particulares de absurdo histórico: uno es más característico de las biografías intelectuales y las historias más sinópticas del pensamiento, en las que el enfoque se concentra en los pensadores individuales (o en su sucesión). El otro es más típico de las verdaderas “historias de las ideas”, en las que el punto central es el desarrollo de alguna “idea unitaria” (2007, p. 114).

Considerando la necesidad de evitar las referidas falencias del método textualista, Skinner plantea una metodología en la que todo escrito político siempre es concebido como insertado dentro de una polémica o discusión de carácter intelectual. Con ello, el intérprete asume como objetivo primordial llevar a cabo la reconstrucción del escenario de este debate para dar cuenta de cuáles son las intenciones de un autor con cada uno de sus distintos textos; se hace necesario establecer, entonces, qué es lo que quiere hacer el teórico, filósofo o intelectual con sus palabras en el marco de un contexto lingüístico específico, motivo por el cual «[...] nunca debemos pensar en nosotros mismos como estudiantes de ideas, sino de los usos que se les da a esas ideas en las indagaciones polémicas y en los argumentos políticos» (2013, pp.1-2). Ahora bien, si las formulaciones, argumentos y planteamientos de los autores siempre forman parte de un debate, significa que no existen problemas perennes o eternos; en sentido estricto, solo hay respuestas puntuales para interrogantes específicas vinculadas a un contexto ideológico-político.

Y si la reelaboración del contexto -tal y como se ha sugerido líneas arriba- no pasa tanto por recrear los escenarios histórico, político y económico sino, sobre todo, por llevar a cabo la reconstrucción del escenario netamente lingüístico en el que un autor ha formulado sus argumentaciones, se debe a que, para Skinner, solamente por este medio es que se pueden «descifrar las convenciones lingüísticas, tópicos y significados concedidos a las palabras en la época y en el lugar en que el autor desarrolló su pensamiento» (Tudela-Fournet, 2015, p.227); elementos decisivos estos últimos para determinar qué problemas específicos relacionados con los debates de su contexto intelectual buscaron resolver los distintos autores clásicos. En otras palabras, solo sobre los cimientos de una delimitación precisa de la polémica en la que se encontraba inserto un filósofo, pensador o intelectual es que se puede descifrar tanto su mensaje –significado «locucionario»- como la intención con la que aquel emitió dicho mensaje –fuerza ilocucionaria- a través de sus diferentes textos.

A propósito de su metodología contextualista, Skinner brinda un resumen bastante preciso sobre sus principales características en la primera parte de *Los fundamentos del pensamiento político moderno*:

[...] yo he tratado de no concentrarme tan exclusivamente en los principales teóricos y en cambio he enfocado la matriz social e intelectual, más general, a partir de la cual surgieron las obras de aquellos. Comienzo analizando las características que me parecen más pertinentes de la sociedad en la cual y para la cual escribieron originalmente. Pues considero que la propia vida política plantea los principales problemas al teórico de la política, al hacer que cierta gama de asuntos parezcan problemáticos, y que una correspondiente gama de cuestiones se conviertan en los principales temas del debate. Sin embargo, esto no es decir que estoy tratando estas superestructuras ideológicas como resultado directo de su base social. No menos esencial me parece considerar el marco intelectual en que fueron concebidos los textos principales: el marco de los escritos anteriores y las suposiciones heredadas acerca de la sociedad política, y de contribuciones contemporáneas más efímeras al pensamiento social y político; pues es evidente que la naturaleza y los límites del vocabulario normativo disponible en cualquier momento también ayudarán a determinar las formas en que llegan a elegirse y elucidarse problemas particulares (2013, pp. 9-10).

Estos principios metodológicos fueron aplicados por Skinner tanto al estudio del prerrenacimiento y del Renacimiento italianos como al análisis de los siglos XVII y XVIII en Inglaterra. Con relación al primero de estos ámbitos, él llegó a la conclusión de que en las más importantes ciudades italianas, por los menos desde los siglos XII y XIII hasta los siglos XV y XVI tuvo una enorme preponderancia un discurso republicano estructurado sobre la base de dos principios políticos rectores: todo cuerpo político tiene que ser libre frente a la posibilidad de un dominio externo y de un dominio interno. En otros términos, el republicanismo italiano prerrenacentista y renacentista defendió la necesidad de que las ciudades ostenten tanto una independencia o soberanía frente a otras naciones con pretensiones colonialistas (enemigos externos) como los medios para que aquellas se gobiernen tal y como creyeran que convenía más a los intereses de todos, de modo que esto último contrarrestase los intereses facciosos o partidistas de algunos individuos (enemigos internos) (2013).

De acuerdo con la exposición de Skinner, estos orígenes tan remotos del gobierno republicano en territorio italiano fueron documentados, por ejemplo, por el historiador alemán Otón de Fresinga, quien hacia mediados del siglo XII, «reconoció que en el norte de Italia había surgido una nueva y sorprendente forma de organización social y política»,

la cual había traído consigo una desaparición del sistema feudal. Ocurría que en dicha región la tierra se encontraba dividida entre las ciudades, motivo por el cual casi no se encontraban hombres nobles o grandes que no reconocieran la autoridad de sus respectivas comunidades políticas. La otra particularidad que pudo identificar Otón fue que en estas ciudades italianas «había evolucionado una forma de vida política enteramente opuesta a la suposición previa de que la monarquía hereditaria constituía la única forma sana de gobierno». El afán de libertad de aquellas era tan grande que se habían constituido en repúblicas autónomas o autárquicas, no dependientes de la voluntad de gobernantes sino de cónsules, magistrados estos últimos que eran elegidos cada año para frenar todo deseo de poder que pudiese perjudicar la libertad del pueblo. De manera puntual, refiere Skinner que la primera ciudad italiana en organizarse a través de este sistema consular de gobierno fue Pisa en 1085. Más tarde, «el sistema empezó a difundirse con rapidez por la Lombardía así como por la Toscana: regímenes similares aparecieron en Milán en 1097, en Arezzo al año siguiente, y en Lucca, Bolonia y Siena en 1125» (2013, p.23). Tal proceso político de asunción del republicanismo hizo que para fines de siglo XII casi todas las ciudades italianas ostentasen una forma de autogobierno.

Pese a lo anterior, Skinner destaca que esta independencia y autogobierno iniciales de las ciudades italianas tenía únicamente un carácter *de facto*, pues *de iure* todas ellas eran vasallas del Sacro Imperio Romano. Este fue el motivo principal por el cual los distintos emperadores alemanes –por lo menos desde las incursiones de Federico Barbarroja en 1154 y de Federico II hacia 1230- se esforzaron enormemente durante casi dos siglos por someter a su voluntad y arbitrio a las ciudades más importantes del llamado *Regnum Italicum*, aunque terminaron fracasando en el intento.

Y si las ciudades italianas carecieron de un fundamento legal que respaldase sus libertades políticas, se debió a que la teoría y la práctica jurídicas en sus universidades se comprendieron sobre la base de una interpretación literal del código civil romano, razón por la cual los juristas italianos equipararon al *princeps* mencionado en el Código de Justiniano con el sacro emperador romano, a quien debía considerarse, por lo tanto, como *dominus mundi*. De esta manera, se cerró toda posibilidad de defender *de iure* las libertades de las ciudades italianas frente al Imperio (2013).

No obstante, hacia las primeras décadas del siglo XIV, la figura de Bartolo de Sassoferrato fue decisiva para que se llevase a cabo un viraje en la interpretación del derecho romano. Y esto traería como consecuencia el inicio de un proceso de construcción de una serie de armas ideológicas orientadas a justificar teóricamente las libertades políticas de las ciudades italianas. Aconteció que el mencionado jurisconsulto empezó a sostener que las leyes debían ceder ante los hechos cuando las primeras resultaban contrarias a la verdad o a la razón; principio medular este último que supuso, en primer lugar, la ruptura con la metodología literal del derecho romano de los glosadores y, en segundo lugar, la propuesta de un reconocimiento *de iure* de las libertades de las ciudades italianas. En palabras de Bartolo, el hecho de que las ciudades italianas no reconozcan ningún superior, hace pensar que las mismas han conformado en sí mismas un pueblo libre que ostenta *merum Imperium*, teniendo tanto poder sobre los individuos como el emperador lo tiene en general. Y esto es así aunque las ciudades italianas no puedan mostrar una concesión del emperador, pues mientras suceda que tengan la posibilidad de probar que siempre han estado ejerciendo el *merum Imperium*, entonces su afán por ejercerlo es válido. Como sostiene Skinner, se trasluce en estas ideas la pretensión republicana de reconocer a las ciudades italianas como cuerpos políticos soberanos completamente independientes con respecto a poderes exteriores (2013)<sup>37</sup>.

Como no podía ser de otra manera, el historiador inglés da cuenta de que este escenario de enfrentamiento entre las ciudades italianas y el emperador, fue aprovechado por el Papado para brindar apoyo a las primeras con miras a debilitar al segundo. La consecuencia de esto fue que hacia fines del siglo XIII la jerarquía eclesiástica ostentaba un enorme poder de decisión sobre los asuntos públicos del *Regnum italicum*, algo que de inmediato empezó a ser visto como un grave peligro para las libertades políticas. Por el afán de deshacerse del dominio externo del Imperio, las ciudades italianas se habían abierto un nuevo frente desde donde se estaba socavando su soberanía o independencia. Fue esta la razón medular por la cual se forjó una reacción basada tanto en revueltas, levantamientos y disturbios en distintas zonas de Italia como en planteamientos de carácter ideológico-político cuyo origen puede asociarse, sobre todo, con las ciudades

---

<sup>37</sup> Un detalle bastante sugerente es que Bartolo no solamente se habría limitado a defender el principio político republicano de la independencia frente a todo dominio externo, sino que también –a decir de Skinner- habría tenido el afán de enarbolar la otra pretensión de las ciudades italianas, la cual consistía en establecer la importancia de que cada cuerpo político debía ser libre de elegir sus propios modos de organización política. Es decir, las dos dimensiones de la libertad republicana se encuentran perfiladas en los escritos de este famoso jurisconsulto medieval.

lombardas y toscanas. En este contexto social y político, Skinner refiere que dos de los pensadores que más destacaron en la pretensión de refutar la ideología legitimadora del dominio temporal del Papa fueron Dante Alighieri y Marsilio de Padua<sup>38</sup>.

A pesar de la fuerte inclinación hacia las formas republicanas de gobierno en las más importantes ciudades italianas, hacia finales del siglo XIII la mayoría de estas tuvo que aceptar el gobierno de un solo *signore* dentro de sus territorios debido a que solamente de esta manera podían ser contrarrestadas la violencia y el desorden producidos por las encarnizadas luchas faccionales. Desde el punto de vista de Skinner, una de las más importantes excepciones al respecto fue, sin duda, la de Florencia, ciudad que contuvo bélicamente los distintos avances de los déspotas<sup>39</sup> al mismo tiempo que se preocupó por constituir una ideología política favorable a la idea republicana de libertad como independencia y autogobierno.

Ahora bien, para Skinner, el importante detalle a considerar es que este humanismo cívico florentino no emerge únicamente por la necesidad coyuntural de enfrentar a los distintos déspotas que amenazaron durante todo el siglo XV las libertades de Florencia, tal y como había planteado Hans Baron en *The Crisis of the Early Renaissance*. Como puede deducirse de lo referido anteriormente acerca de los siglos XII, XIII y XIV, la ideología política republicana tenía fuentes bastante más remotas, las cuales podían relacionarse de manera especial con los estudios de retórica basados en el

---

<sup>38</sup> En el caso del filósofo y poeta florentino, su crítica al intervencionismo del Papa se fundó en el argumento de que la Iglesia posee una soberanía espiritual, mas no una de carácter temporal. Partiendo de esta premisa, Dante afirmó que la soberanía política del *Regnum Italicum* debía recaer legítimamente en el emperador, único capaz de establecer la unidad, la paz y la libertad en territorios italianos. Pero, como resalta el propio Skinner, un proyecto como el de Dante difícilmente podía ser aceptado por ciudadanos italianos cuya pretensión era que sus repúblicas posean una libertad frente a cualquier dominación externa. Las ideas de *De Monarquía* quizá tenían asidero pensando en la negación del poder temporal del Papa sobre las ciudades italianas, pero terminaban trayendo a colación una vez más el problema del dominio imperial. Precisamente, un conjunto de argumentos en defensa de la independencia frente al poder eclesiástico sin concesiones frente al poder imperial puede encontrarse en el *Defensor de la paz* de Marsilio de Padua. Allí, se vuelve sobre la tesis de que el poder eclesiástico no ostenta legítimamente una autoridad coactiva o gobierno mundano, pero al mismo tiempo se destaca el hecho de que esta soberanía política tiene que recaer en cada una de las máximas autoridades seculares de los distintos reinos y ciudades-república. Cada uno de los cuerpos políticos debe tener, pues, un legislador humano fiel cuyo objetivo fundamental sea defender la paz civil de las usurpaciones y arbitrariedades de poderes externos (Skinner, 2013).

<sup>39</sup> [...] los florentinos lograron rechazar todo desafío interno a su independencia durante el siglo XIII. Cuando Manfredo los atacó en el decenio de 1260, se aliaron con Carlos de Anjou y pronto conjuraron la amenaza. Cuando Arezzo se alió con los imperiales contra ellos, avanzado el siglo, respondieron obteniendo una gran victoria en Campaldino en 1289, batalla en que el joven Dante acaso haya participado. Y cuando el emperador descendió a Italia en 1310, no solo rechazaron sus intentos de poner sitio a su propia ciudad, sino que encabezaron el contraataque que rápidamente dio un fin ignominioso a la expedición (Skinner, 2013, p. 45).

*ars dictaminis*<sup>40</sup> y con el desarrollo de la filosofía escolástica. Puntualmente, el historiador inglés menciona dos factores centrales que nos deben llevar a dudar de la tesis de Baron acerca del origen del humanismo cívico florentino:

El primero es que, al tratar la crisis de 1402 como “catalizador en el surgimiento de nuevas ideas”, Baron ha subestimado hasta qué punto las ideas en cuestión no eran, en realidad, totalmente nuevas sino, antes bien, una herencia de las ciudades-república de la Italia medieval. El otro problema es que, al subrayar las cualidades especiales del humanismo “cívico”, Baron no ha apreciado la naturaleza de los vínculos existentes entre los escritores florentinos de principios del *quattrocento* y el vasto movimiento del humanismo petrarquesco que ya se había desarrollado en el curso del siglo XIV (2013, p. 89).

Vale la pena precisar que uno de los elementos decisivos para que Skinner estableciese esta relación entre ambas generaciones de intelectuales y pensadores italianos fue que los humanistas cívicos del *quattrocento*, tales como Coluccio Salutati, Leonardo Bruni, Pier Paolo Vergerio y Poggio Bracciolini, recibieron una preparación jurídica similar a la de los *dictatores*. Algo que les llevó a desempeñar posteriormente labores también semejantes a las de estos, como fueron las de maestros de retórica en las universidades y de secretarios al servicio de las ciudades o de la Iglesia. Teniendo este punto de partida como base, resulta más comprensible por qué también estos autores humanistas tuvieron un interés especial por el ideal republicano de libertad entendido como independencia y autogobierno. A propósito de la dimensión de la libertad republicana vinculada con el carácter independiente o soberano que requiere toda comunidad política, Skinner menciona que la solución propuesta por los humanistas cívicos consistió

en reanimar el ideal de una ciudadanía armada e independiente, ideal recomendado por Aristóteles en el libro III de la *Política*. Mantienen que Florencia debe ser defendida y gobernada por hombres que estén dispuestos a ofrecer no solo sus capacidades políticas, sino, de ser necesario, sus vidas para mantener la

---

<sup>40</sup> Tiene especial interés mencionar que esta enseñanza de la retórica hizo surgir dos géneros nuevos de pensamiento social y político: la crónica de la ciudad y los consejos para gobernantes. Si bien los maestros empezaron a desarrollar ambos solamente con miras a enseñar recursos y técnicas retóricas, poco a poco a través de aquellos empezaron a emitir opiniones abiertas en favor de las libertades de las ciudades-república italianas. Para los fines de esta investigación, resulta clave mencionar la figura de Boncompagno de Signa, quien en su relato del *Sitio de Ancona* alienta de manera subrepticia a los ciudadanos para que lleven a cabo la defensa de su patria frente a todo posible dominio exterior. Una preocupación similar por la independencia o soberanía de las ciudades puede rastrearse en la *Crónica de Florencia* de Dino Compagni y en *Las glorias de la ciudad de Milán* de Bonvesin della Riva (Skinner, 2013).

república y su libertad. Encontramos estos valores expresados por Salutati desde el decenio de 1360; pero la declaración más completa de este ideal se debe a Leonardo Bruni, quien constantemente vuelve a él en todas sus obras políticas (2013, p. 94).

Asimismo, recuerda el historiador inglés que los humanistas mencionados tuvieron por costumbre presentar a Florencia como la guardiana de la independencia política no solamente propia sino también de otros pueblos. Así, en su *Elogio de Florencia*, Bruni destaca cómo es que los florentinos se complacen al ver libres a otras ciudades, razón por la cual en no pocas ocasiones han luchado por la independencia de otros frente a las sendas pretensiones tiránicas de algunos hombres ambiciosos (2013, pp. 95-96).

Sobre la dimensión de la libertad republicana relacionada con el autogobierno, Skinner expresa que los humanistas cívicos, apoyándose en las ideas de los *dictatores*, también se decantaron por la forma republicana de gobierno, rechazando de esta manera el valor de la monarquía como tipo de organización política. Y si el gobierno popular es superior se debe a dos razones fundamentales esgrimidas por Salutati, Bruni y Alberti: la primera es que a través de él todos los ciudadanos pueden llegar a ser libres e iguales ante la ley y la segunda es que dicha forma de gobierno hace posible el florecimiento de las virtudes en los hombres (2013).

De acuerdo con la explicación de Skinner, el siglo que siguió a la Paz de Lodi establecida en 1454 (pese a los dos momentos republicanos que se vivieron a lo largo de este periodo) consolidó la victoria de las formas principescas y despóticas de gobierno en Italia. Este contexto social y político marcado por la influencia de los *signori* trajo consigo una modificación en el carácter del pensamiento político, pues destacados filósofos de finales del *quattrocento* y representantes al mismo tiempo del Renacimiento, tales como Pico de la Mirándola y Marsilio Ficino, abandonaron el interés por los valores humanistas cívico-republicanos y terminaron inclinándose por una vida orientada hacia la contemplación. Sin embargo, hacia fines del Renacimiento en el siglo XVI y en medio del referido crepúsculo de las ciudades-república, aconteció una especie de resurgimiento del republicanismo sobre la base del cual se hicieron los aportes más originales y decisivos a esta teoría política. Y, como puede deducirse fácilmente, estos republicanos de origen principalmente florentino tuvieron como punto de partida los planteamientos

acerca de la libertad política defendidos por los humanistas cívicos antes explorados<sup>41</sup>. Entre los máximos representantes de esta nueva generación de republicanos destacaron Francesco Patrizi, Alamanno Rinuccini, Donato Acciaiuoli, Antonio Brucioli, Francesco Guicciardini, Donato Giannotti y, sobre todo, Nicolás Maquiavelo.

Si bien Guicciardini representa una excepción al presentar de forma no tan entusiasta el principio de la libertad, Skinner menciona que, por lo general, los republicanos de este último periodo coinciden en defender dicho valor político con connotaciones más fervorosas e inequívocas, considerando en todo momento las dos dimensiones tradicionales del mismo: la independencia y el autogobierno. Así, sobre la primera de tales dimensiones se trae a colación lo siguiente:

Patrizi, por ejemplo, exige en su capítulo “sobre la igualdad entre los ciudadanos” en *La institución de una república* que “cada quien se preocupe por la libertad” ya que “nada puede ser de mayor importancia en la sociedad civil que la libertad, hacia la cual debe volverse el espíritu de toda nuestra ciudad”. De manera similar, Rinuccini comienza su diálogo *De la libertad* elogiando el “amor a la libertad” como base de la vida política. Lamenta el hecho de que, aun cuando las ciudades italianas en un tiempo amaron su independencia, hoy encuentran frustrado por los tiranos “su deseo de vivir una vida de libertad”, e insiste en que la clase de “avidez por mantener su libertad” que el pueblo de Florencia en un tiempo demostró debe recuperarse, por encima de todo, si quiere tener alguna perspectiva de llevar una vida cívica feliz y triunfal (2013, p. 172).

El propio Maquiavelo suele señalar en sus principales escritos políticos que por libertad se debe entender, ante todo, «la independencia de toda agresión y tiranía exteriores», motivo por el cual llega a equiparar, por ejemplo, la circunstancia en la que los florentinos lograron su libertad «con el momento en que fueron capaces de arrebatarse el poder de la ejecución judicial a manos ajenas» (2013, p. 174).

Ahora bien, la tesis de que los republicanos del Renacimiento tardío también se interesaron por la otra dimensión de la libertad se puede defender, principalmente, a partir de la consideración de que aquellos se inclinaron favorablemente por un gobierno mixto

---

<sup>41</sup> Como menciona Skinner, las ideas jurídicas y políticas de escolásticos del siglo XIV como Bartolo de Sassoferato, Tolomeo de Luca y Marsilio de Padua también fueron decisivas –aunque en menor medida que las de los humanistas cívicos– para el resurgimiento del republicanismo en el siglo XVI. Ocurre que en esta última época las libertades de las ciudades-república no solamente fueron defendidas por humanistas profesionales, sino también por un conjunto de teólogos y juristas que expresaron sus ideas a través de un lenguaje más cercano al de la escolástica. El ejemplo más patente de esta clase de republicanismo es el encarnado por la figura de Girolamo Savonarola, defensor de la independencia o soberanía florentina frente a la amenaza de dominio externo y de las formas populares de gobierno como el mejor medio para garantizar la verdadera libertad.



respaldado en leyes. En efecto, un gobierno popular representaba el mejor medio, desde su punto de vista, para evitar que algún particular imponga su voluntad a los demás ciudadanos. Por todo lo anterior, refiriéndose al caso específico de Maquiavelo, Skinner trae a colación que cuando aquel habla de la libertad también

está pensando en el correspondiente poder de un pueblo libre para gobernarse a sí mismo, en vez de ser gobernado por un príncipe. Dedicó el capítulo XVI de su primer Discurso a elaborar una marcada distinción entre “un pueblo acostumbrado a vivir gobernado por un príncipe” y un pueblo que se ha sacudido de este tipo de “gobierno tiránico” y así “se ha vuelto libre”. Y, cuando en el siguiente capítulo empieza a discutir los orígenes de la república romana, trata el momento en que los reyes fueron expulsados y quedó establecida una forma de gobierno representativo, como el punto en que Roma pudo “adquirir y mantener su libertad” (2013, p. 174).

Según el historiador inglés, hacia fines del siglo XVI la teoría republicana de la libertad perdió en Italia fuerza y terminó siendo abandonada por los principales filósofos y pensadores de la política. No obstante, desde el siglo XVII, en Inglaterra se llevó a cabo una recepción y recuperación de los principios fundamentales de dicho humanismo cívico italiano. De manera más detallada, comenta que dicha idea republicana (o neorromana como él prefiere denominarle) de libertad logró su máximo esplendor «durante la Revolución Inglesa de mediados del siglo XVII. Posteriormente se utilizó para atacar a la oligarquía gobernante de la Inglaterra del siglo XVIII, y un poco más tarde para defender la revolución de los colonos americanos en contra de la Corona británica» (2004, p. 11).

En el caso de los intelectuales defensores de la causa revolucionaria en la Inglaterra del siglo XVII (periodo en el que, cabe recordarlo, concentra su atención Skinner), se recurrió a la definición republicana de libertad política con el objetivo de enfrentar en el debate público a los defensores de la monarquía, los cuales habían definido la libertad civil simplemente como ausencia de coacción física y legal. De esta forma, autores como Digges, Bramhall, Filmer y, sobre todo, Hobbes buscaron establecer que solamente una interferencia abierta y directa por parte del monarca en los movimientos de los súbditos puede ser señalada como un atentado contra la libertad. Por ende, mientras que esto último no suceda, resulta ilegítimo recortar o limitar las prerrogativas y facultades del monarca, las cuales tienen que ser lo suficientemente amplias para que sea posible garantizar el orden y la paz civiles a través de la promulgación de leyes y el establecimiento de penas. Tal y como expresa Skinner (2004), frente a esta perspectiva, autores republicanos o neorromanos como Milton, Sidney, Harrington y Nedham

argumentaron que un Estado o una commonwealth únicamente puede ser considerado libre si es que las leyes que se encargan de regirlo son promulgadas por todos los ciudadanos; es decir, solo si existe un autogobierno de los individuos que conforman el cuerpo político como conjunto puede hablarse de una vida en libertad. Si esto no llegase a ocurrir, el cuerpo político estaría siendo dirigido por una voluntad diferente a la suya, motivo por el cual no podría decirse que se encuentra en posesión de libertad. Esto significa que, desde el punto de vista de estos pensadores ingleses, pueden existir atentados contra la libertad, aunque no existan formas explícitas de interferencia por parte de un monarca. Basta estar al arbitrio o discreción de este –sobre todo cuando su soberanía tiene dimensiones absolutas- para encontrarse en un estado de dominación. La carencia de libertad se deriva, pues, del solo hecho de estar bajo la jurisdicción o poder de otra persona. Entonces, Milton, Sidney, Harrington y Nedham se encontraron preocupados, ante todo, por establecer una forma de organización política que evitase el surgimiento de un poder tiránico que llevase a todos los ciudadanos a la condición de esclavos o siervos. En *La libertad antes del liberalismo*, Skinner detalla la anterior concepción de la siguiente manera:

[...] la tesis en que los autores neorromanos insisten fundamentalmente es que no es en absoluto necesario sufrir este tipo de coacción abierta para perder la libertad civil. También se dejará de ser libre si se cae en un estado de dependencia o sujeción política; que implica el riesgo de ser privado de la vida, libertad o bienes mediante el uso de la fuerza o la coacción por parte del gobierno. Esto significa que si el ciudadano vive bajo una forma de gobierno que favorece el ejercicio de prerrogativas u otorga poderes discrecionales al margen de la ley, vive en realidad como esclavo. Los gobernantes pueden optar por no ejercer esos poderes o por ejercerlos tomando en consideración las libertades individuales del individuo, de tal modo que este siga disfrutando en la práctica de todos sus derechos civiles. Sin embargo, el hecho mismo de que los gobernantes posean ese poder arbitrario significa que el disfrute de la libertad civil continúa dependiendo en todo momento de su buena voluntad. Esto quiere decir que el ciudadano permanece en estado de sujeción y expuesto a que sus derechos sean restringidos o suprimidos en cualquier momento, lo que, en opinión de los autores neorromanos, equivale a vivir en condición de servidumbre (2004, pp. 48-49).

En el siglo XVIII, una vez más se emplea la libertad de la tradición republicana haciendo énfasis en su dimensión relacionada con el autogobierno, pues Skinner recuerda que lord Bolingbroke y sus allegados la utilizaron para denunciar el poder tiránico de la oligarquía whig sobre el pueblo de Inglaterra. Más tarde, como ya se mencionó, dicha concepción acerca de la libertad volvió a ser adoptada por algunos intelectuales ingleses

como Price, aunque esta vez con miras a defender el derecho a la libertad de los colonos americanos frente al poder tiránico de la monarquía británica, con lo cual se resaltó por vez primera y con total nitidez entre los ingleses la dimensión de la libertad republicana relacionada con la soberanía o independencia de los Estados o cuerpo políticos<sup>42</sup>.

Sobre la base de estos estudios de Skinner acerca de la libertad de los republicanos en los contextos italiano e inglés, ¿cómo puede entenderse su actualización de este ideal para el escenario político contemporáneo? En otras palabras, ¿de qué forma recupera la teoría republicana de la libertad para enfrentar los problemas de injusticia, dependencia y dominación de las sociedades democráticas de nuestro tiempo?

Si se profundiza en sus distintos libros, artículos, conferencias y entrevistas, se encontrará que –pese a que no es algo que él desarrolle de manera pormenorizada debido a su fundamental labor como metodólogo e historiador– Skinner plantea que la actualización de la teoría republicana acerca de la libertad puede resultar de suma utilidad para estructurar una crítica contra la perspectiva de la tradición liberal acerca del referido valor político; una perspectiva sobre la vida libre esta última que ha logrado ganar enorme preponderancia tanto en el terreno de las ideas como en el de las prácticas políticas de los últimos siglos. En palabras del propio historiador inglés,

[...] la teoría (neorromana o republicana) es interesante por sí misma. No obstante, para mí adquiere un interés adicional a la vista de su posterior eclipse por efecto del análisis liberal de la libertad negativa como ausencia de impedimentos coercitivos. Con el ascenso de la teoría liberal a una posición de hegemonía en la filosofía política contemporánea, se ha perdido de vista la teoría neorromana de tal manera que el análisis liberal es visto comúnmente como la única forma coherente de pensar respecto del concepto en cuestión (2004, pp.71-72).

De manera más precisa, es necesario destacar que Skinner busca recuperar el mundo intelectual de los republicanos como consecuencia de que, desde su punto de vista, la teoría de la libertad formulada por el liberalismo no tiene los suficientes alcances como para abordar críticamente una serie de atentados que suelen perpetrarse contra las libertades de los individuos en el contexto como el de las sociedades democráticas contemporáneas. Como afirma el neorrepublicano Maurizio Viroli en su artículo *El*

---

<sup>42</sup> Se dice que hay dos maneras diferentes en las que puede surgir esta segunda forma de servidumbre pública. Una es cuando el cuerpo político se halla a sí mismo sometido a la voluntad de otro Estado, como resultado de un proceso de colonización o conquista. Este tema no es de gran interés para los autores que analizo, pero llegaría a serlo, y mucho para los defensores de los colonos americanos durante el siglo XVIII (Skinner, 2004, pp. 37-38).

*significado de la libertad*, «Skinner es un historiador, [...] pero de sus estudios podemos sacar importantes lecciones políticas para nuestro tiempo. La moral política que puede obtenerse de *Liberty Before Liberalism* es que el republicanismo constituye, con respecto al liberalismo, una teoría de la libertad más coherente» (2001). Fundamentalmente, esto se debe a que el primero, a diferencia del segundo, tiene como uno de sus argumentos centrales la idea de que la libertad individual no puede reducirse a la no interferencia, ya que al respecto también posee enorme relevancia el hecho de no encontrarse bajo dominación alguna.

No obstante lo anterior, en sus primeras publicaciones acerca de la teoría republicana, Skinner sostuvo que existía un acuerdo entre los escritores liberales y republicanos a propósito del significado de la libertad política. Desde ambos lados, esta última había sido definida como la ausencia de coerción o interferencia, por lo que la única diferencia destacable residía en que no coincidían sobre las condiciones políticas que resultaba necesario establecer para garantizar dicha libertad. Así, los liberales aseguraban que una monarquía constitucional era el medio más adecuado para proteger las libertades individuales, mientras que los republicanos planteaban que solo un gobierno republicano podía ser capaz de establecer una vida plenamente libre para los ciudadanos.

Posteriormente, influido en gran medida por los escritos de Philip Pettit, cambió su perspectiva al argumentar que sí existe un desacuerdo fundamental entre liberales y republicanos acerca del significado de la libertad política. Como se ha sugerido líneas arriba, arguye que los primeros solamente concibieron el uso de la fuerza y la amenaza de la fuerza como maneras de atentar contra la libertad de los individuos, mientras que los segundos (además de la interferencia) señalaron el hecho mismo de sufrir dominación como una forma de constreñir la libertad<sup>43</sup>. En efecto, el hecho de que la vida, felicidad o bienestar de un individuo dependan de la voluntad, discreción o arbitrio de otro rebaja a aquel a una condición de esclavitud, aunque el que se encuentra en posición de dominio no termine interviniendo directamente en sus asuntos.

Para el autor de la presente investigación, es bastante factible que esta polémica con el liberalismo a partir de la cual se constituye el neorrepblicanismo de Skinner, sea

---

<sup>43</sup> Una manera mejor de sintetizar mi posición es decir que, aunque estoy de acuerdo con Berlin en que hay dos conceptos de libertad, uno positivo y otro negativo, no comparto su presunción subsiguiente de que siempre que hablamos de libertad negativa tenemos que hablar de ausencia de interferencia. Me parece que, como he intentado mostrar, hemos heredado dos teorías rivales e inconmensurables sobre la libertad negativa, aunque en tiempos aún recientes hemos tendido a ignorar una de ellas (Skinner, 2005, p. 46).

la razón principal por la cual este únicamente recupera la dimensión de la libertad republicana vinculada con la ausencia de dominación en la vida individual (autogobierno como no-dominación interna). Sucede que en todo momento él reivindica el republicanismo como una teoría política desde la cual deben ser abordadas relaciones de dominación marcadas por la arbitrariedad y la discrecionalidad, tales como las que pueden presentarse en desmedro de los individuos: las del gobernante con sus gobernados, el empleador con sus empleados, el hombre con la mujer, el padre con sus hijos, el maestro con sus alumnos, el médico con sus pacientes y el empresario con sus clientes. Así, pese a las diferencias notables entre el modelo liberal de libertad y el modelo neorrepblicano de libertad defendido por Skinner, no cabe duda de que ambos coinciden al momento de otorgar absoluta centralidad a la problemática de la libertad individual. Como él mismo aclara, su pretensión fundamental no es criticar el fondo de la posición liberal, pues se encuentra plenamente de acuerdo con ella a propósito de la tesis de que todos los individuos tienen el mismo derecho de dedicarse a sus propios objetivos personales con miras a alcanzar la felicidad, el bienestar y la autorrealización. En líneas generales, Skinner se planteó dos objetivos prioritarios frente a la tradición liberal. En primer lugar, defender la tesis de que la teoría liberal de la libertad negativa no es lo suficientemente audaz y compleja para hacerle frente a todos los tipos de atentados contra la libertad enraizados en las sociedades contemporáneas. Asimismo, consideró necesario formular la pregunta de si los liberales contemporáneos (con Rawls a la cabeza) tenían razón al asumir «que la mejor manera de asegurar y maximizar el valor (de la libertad) es necesariamente tratar las obligaciones sociales como tantas interferencias» (2012, p. 271).

Entrampado, pues, dentro de las fronteras trazadas por una tradición política liberal siempre centrada en la temática de los alcances y límites de los derechos y libertades que debieran corresponder a los individuos y nunca preocupada por tópicos como el imperialismo, el colonialismo y las relaciones de dependencia entre naciones<sup>44</sup>, Skinner simplemente hace a un lado la otra dimensión de la libertad republicana, dimensión sin la cual es imposible, según Marsilio, Salutati, Bruni, Maquiavelo, Rousseau y otros escritores republicanos, gozar de cualquier forma de libertad.

A pesar de lo anterior, es necesario señalar que en *La libertad antes del liberalismo* se recuerda que la libertad individual concebida por los republicanos se funda en su idea

---

<sup>44</sup> Incluso, en no pocas ocasiones la tradición liberal ha englobado dentro de sí posturas a favor del expansionismo colonial o imperial, tal y como la que esgrime John Locke en el *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*.

del Estado libre. Lo que quiere decir que cualquier interpretación acerca de lo que representa para un ciudadano poseer o perder su libertad

debe englobarse en la explicación de lo que representa para una asociación civil ser libre. En consecuencia, no comienzan centrándose en la libertad de los individuos, sino en lo que Milton denomina la “libertad común” o el “gobierno libre”, lo que Harrington llama “la libertad de una *commonwealth* (república)”, y lo que Sidney llamó después “las libertades de las naciones” [...] Así como los individuos son libres –argumentan– si y solo si son capaces de actuar o de abstenerse de hacerlo según su voluntad, así también el cuerpo de la nación y el Estado son libres si y solo si son capaces igualmente de utilizar sus facultades de acuerdo con su voluntad en la búsqueda de los fines deseados (2004, pp. 24-26).

También en *Las paradojas de la libertad política* el historiador inglés presenta la misma opinión cuando señala que en la tradición republicana clásica,

la discusión sobre la libertad política en general se insertaba en un análisis sobre lo que significa vivir en un Estado libre [...] Se dice que un cuerpo político –no en menor medida que uno natural– es libre si y solo si no está sujeto a restricciones externas. Al igual que un individuo libre, un Estado libre es aquel capaz de actuar según su propia voluntad, en pos de sus propios fines [...] Como lo expresa Maquiavelo al inicio de los *Discorsi*, los Estados libres son aquellos «independientes de cualquier servidumbre externa, y son capaces de gobernarse a sí mismos según su propia voluntad» (2004, pp. 103-104).

Cabe manifestar, a su vez, que en sus estudios de carácter estrictamente histórico (*Fundamentos del pensamiento político moderno, Hobbes y la libertad republicana y El nacimiento del Estado*) son también recurrentes las referencias a la dimensión de la libertad republicana vinculada con la soberanía o independencia del Estado. Pensadores e intelectuales como De Signa, Compagni, Della Riva, Bartolo, Alighieri, Marsilio, Salutati, Bruni, Maquiavelo, Milton, Harrington, Price y Hamilton se habrían preocupado, desde el punto de vista de Skinner, por la problemática de la dominación externa. No obstante, ni en sus escritos de orientación más normativa ni en aquellos que están enmarcados en el análisis histórico llega a plantear una posible apropiación de la libertad republicana para abordar en la actualidad las relaciones internacionales entre Estados o cuerpos políticos. Con ello, restringe o “empobrece” los alcances que puede llegar a tener en las sociedades democráticas contemporáneas una teoría de la libertad como la republicana, y ello sin explicar por qué resultaría más conveniente tener en consideración solamente una de las dimensiones de la libertad desarrollada por dicha tradición política.

Desde la perspectiva de esta investigación, son precisamente este “olvido” o no apropiación de una dimensión de la libertad central en los escritos de los republicanos, así como también el énfasis en la problemática de las libertades individuales, los dos factores que han traído consigo que no pocos historiadores, politólogos y filósofos sostengan que entre republicanismo y liberalismo «o bien no existe ningún desacuerdo interesante [...], o bien sí existe, pero en ese caso no uno que debiera preocuparle a los liberales» (Patten, 2004, p. 235). Esto también explicaría por qué desde las filas del liberalismo un filósofo político como Norberto Bobbio incluso niega de manera categórica la existencia de una tradición republicana absolutamente diferenciable de la tradición liberal.

Pero, cabe preguntarse, ¿los tiempos que corren solamente se encuentran marcados por mecanismos de dominio interno instalados en el propio seno de los Estados o cuerpos políticos? ¿Únicamente debemos preocuparnos, tal y como parece hacerlo Skinner, por la dominación derivada de relaciones como las de gobernante-gobernado, empleador-empleado, hombre-mujer, padre-hijo, maestro-alumno? ¿Acaso la circunstancia social, política y económica contemporánea marcada por el proceso de globalización neoliberal de las últimas décadas no ha generado que una serie de actores se ciernan desde el exterior sobre un gran número de Estados nacionales pertenecientes, sobre todo, al llamado Tercer Mundo? ¿Una actualización de la teoría republicana de la libertad no debería ser útil, además, para analizar críticamente el actual papel que tienen otras naciones, organismos financieros internacionales, empresas multinacionales y organismos no gubernamentales en los asuntos internos de naciones, los cuales ven seriamente afectada su soberanía o independencia?

En el marco de esta investigación, únicamente se ha encontrado una breve referencia a la importancia de la ausencia de dominación externa en la actualidad dentro de una entrevista que brinda Skinner a Quijano y Giannakopoulos. En ella, expresa que la teoría política republicana puede ser útil en los tiempos que corren en tres niveles, siendo el primero de ellos el nivel social, acerca del cual dicha tradición política

[...] nos recuerda que tenemos mucho menos libertad de lo que podríamos pensar si adoptamos la interpretación liberal de la libertad como la ausencia de la interferencia. Consideren, por ejemplo, los grados de falta de libertad que se generan desde la visión republicana debido al simple fenómeno, muy generalizado en los países capitalistas de Occidente en años recientes, de la eliminación de los sindicatos en las economías y en las fuerzas de trabajo. Si no tienes poder de negociación colectiva, cuando te enfrentas a tus patrones tendrás una posición de

mucho más dependencia y, por lo tanto, de falta de libertad, de lo que tendrías si fuera el caso contrario.

Otro ejemplo en el ámbito social donde la teoría nos recuerda algo valioso sobre la falta de libertad surge de algo que apenas hemos empezado a comprender, al menos en los países de Europa Occidental: los niveles alarmantes de violencia doméstica que existen en nuestras sociedades [...]

Un tercer ejemplo [...] lo constituyen los hechos de hace una generación [...] en el marco de la relación entre la Iglesia católica y las comunidades. Nos hemos enterado de que fueron tolerados niveles horribles de abuso infantil porque las personas no se atrevían a oponerse públicamente a la Iglesia [...] La libertad fue perjudicada, pero no como consecuencia de un acto de interferencia, sino debido a un régimen de deferencia y de miedo (2013, p. 11).

Como puede observarse, en este primer nivel Skinner vuelve sobre aquellos casos en donde los individuos sufren dominación como consecuencia del tipo de relaciones sociales que se han establecido dentro de una comunidad política. Con respecto al segundo nivel, el político, señala que el republicanismo puede aportar decisivamente en lo que concierne a la concepción de instituciones políticas que permitan que se escuche la voz de todas las personas en el marco del proceso legislativo. Ahora bien, sobre el tercer nivel en el que puede ser relevante una actualización de la libertad de los republicanos, Skinner argumenta lo siguiente:

Finalmente, me permito unas cuantas palabras sobre la libertad republicana en el nivel internacional. La demanda moral clave de la teoría republicana es que busquemos minimizar, y de ser posible evitar, las relaciones de dominio y dependencia, para fomentar la libertad. Sin embargo, si pensamos en las relaciones internacionales en estos momentos, especialmente las relaciones entre países desarrollados y en vías de desarrollo, vemos que son en su mayoría relaciones de esta naturaleza. La demanda moral que hace la teoría de la libertad que a mí me interesa sería para que la comunidad internacional minimice estas relaciones de dominio y dependencia y busque un mundo más equitativo (2013, p. 12).

También sobre esta dimensión internacional del republicanismo, en otro momento de la misma entrevista, Skinner sostiene que, sin lugar a dudas, la independencia o soberanía de los Estados se encuentra en declive debido a la influencia cada vez más poderosa, por ejemplo, de las organizaciones internacionales y de las empresas multinacionales. Ocurre que estas reclaman una primacía frente a las jurisdicciones de los Estados nacionales individuales, trayendo consigo en no pocas ocasiones consecuencias negativas para los intereses de los ciudadanos.



No obstante las anteriores referencias a la dimensión del republicanismo relacionada con la independencia o soberanía de los Estados, no puede dejar de mencionarse que, si se considera el conjunto de los escritos de Skinner, aquellas son insuficientes para sostener que este llevó a cabo una reivindicación de la teoría republicana a partir de la consideración de las dos formas principales de libertad desarrolladas por sus representantes. Ahora bien, algo de enorme relevancia para los fines de esta investigación es que esta desatención y desinterés frente a una posible reivindicación de la independencia o soberanía de los Estados contemporáneos desde un punto de vista republicano también pueden encontrarse en las teorías políticas de neorrepúblicanos como Philip Pettit y Maurizio Viroli, tal y como se planteará en los dos subcapítulos siguientes.

### **2.3. El neorrepblicanismo de Philip Pettit como teoría de la libertad y el gobierno: Expatriación de la soberanía estatal y configuración de un orden internacional frente a la dominación externa**

En *Republicanismo: Una teoría sobre la libertad y el gobierno* (1997), Philip Pettit desarrolló su propia actualización de la tradición republicana, proponiéndose con ella brindar alternativas para enfrentar una serie de problemáticas sociales y políticas enraizadas en las sociedades democráticas contemporáneas. Es por esta razón que a lo largo del presente subcapítulo se analizarán distintos apartados de dicho escrito para demostrar que Pettit, de la misma forma que Skinner, ha configurado una teoría política republicana en donde no se aborda críticamente la dominación de origen externo padecida por un gran número de Estados nacionales en el marco del proceso de globalización neoliberal de las últimas décadas. Y esto ocurre a pesar de que en los escritos de los republicanos más representativos la cuestión de las relaciones interestatales representa un tópico fundamental en tanto que está estrechamente vinculada con una de las dos dimensiones de la libertad que ellos conciben.

Para comenzar, hay que traer a colación que Pettit comparte con Skinner la idea de que el republicanismo es una teoría política cuyo valor central es la libertad entendida como ausencia de dominación<sup>45</sup>. Los escritores republicanos, desde su punto de vista,

---

<sup>45</sup> «[...] el elemento unificador más importante de la tradición puede haber sido el hábito de conceptualizar la libertad de un modo característicamente distinto» (Pettit, 1999, p. 39). En efecto, la

estuvieron preocupados, ante todo, por abolir las distintas formas de dominación, arbitrariedad y discrecionalidad que eran manifiestas en las relaciones interpersonales de sus respectivas naciones y que traían consigo que una gran cantidad de individuos viviese bajo el signo del miedo, la humillación y el envilecimiento. Y esto, aunque la coerción u obstrucción del sujeto dominante no terminara dándose de manera abierta o directa. Puntualmente, Pettit señala que los republicanos describieron la vida de estos hombres dominados, sometidos y esclavizados en términos similares a los siguientes:

[...] Viven bajo la sombra de la presencia de otros, aunque ningún brazo se levante contra ellos. Viven en la incertidumbre respecto de las reacciones de otros, y con la necesidad de tener el ojo alerta a los humores ajenos. Se sienten en una situación que les rebaja por su vulnerabilidad, incapaces de mirar al otro de frente, y en la que puede incluso verse forzados a tragar sapos, a la adulación y al falso halago, en un intento de congraciarse (1999, p. 22).

Por el contrario, cuando los hombres se liberan de su condición de dominados por poderes arbitrarios, discrecionales y tiránicos logran comprender todo «lo que está y lo que no está en su poder elegir, pueden dejarse de circunspecciones y medros estratégicos en sus relaciones con los poderosos, y pueden saborear la emoción de disfrutar de un estatus parigual en la sociedad; pueden mirar de frente a todos, sabedores de que hay consciencia común de que nadie puede interferir en sus vidas» (1999, p. 218).

Según el filósofo irlandés, el importante detalle a tener presente es que este tipo de dominio de unos hombres sobre otros no solamente caracterizó el pasado, sino que también puede ser perfectamente identificable dentro de las llamadas sociedades democráticas contemporáneas:

Es el agravio expresado por la mujer que se halla en una situación tal, que su marido puede pegarle a su arbitrio, sin la menor posibilidad de cambiar las cosas; por el empleado que no osa levantar queja contra su patrono, y que es vulnerable a un amplio abanico de abusos, insignificantes unos, serios otros, que su patrono puede arbitrariamente perpetrar; por el deudor que tiene que depender de la gracia del prestamista, del banquero de turno, para escapar al desamparo manifiesto o a la ruina; y por quienes dependen del bienestar público, que se sienten vulnerables al capricho de un chupatintas para saber si sus hijos van o no recibir vales de comida (1999, p. 22).

---

tradición republicana asignó «a la libertad como no-dominación el papel de valor político supremo, y abrazó el supuesto de que la justificación de un estado coercitivo y potencialmente dominante consiste simplemente en que, propiamente constituido, es un régimen que sirve a la promoción de ese valor» (1999, p.113).

Por todo lo anterior, la idea de que un individuo es verdaderamente libre cuando no se encuentra dominado por una voluntad arbitraria o discrecional debe ser el fundamento para que en las sociedades democráticas del presente se configuren leyes e instituciones más favorables a la justicia, la libertad y la igualdad<sup>46</sup>. Y esta relevancia de la libertad republicana cobra más sentido, según Pettit, si se considera que el liberalismo (la corriente de pensamiento político más influyente de las últimas décadas) no interpreta las situaciones señaladas en la cita anterior como atentados contra las libertades individuales. Para la perspectiva liberal, solo puede hablarse de pérdida de libertad cuando es patente una interferencia o coerción abierta y directa por parte de un agente sobre otro:

Esa relativa indiferencia al poder o a la dominación ha vuelto al liberalismo tolerante de muchas relaciones –en el hogar, en el puesto de trabajo, en el electorado y en otros sitios- que el republicano está obligado a denunciar como paradigmas de dominación e ilibertad. Lo que ha venido a significar que, si muchos liberales se preocupan de la pobreza, de la ignorancia, de la inseguridad, etc., lo hacen, por lo común, movidos por compromisos independientes de su compromiso con la libertad como no-interferencia (1999, p. 26).

Considerando lo antes expuesto, cabe formular la siguiente pregunta: ¿Pettit concibe la libertad republicana como una libertad que, después de todo, también es negativa? ¿O toma distancia de la definición de Skinner al respecto? La respuesta es que el filósofo irlandés está convencido de que la distinción berlineana entre libertad negativa y libertad positiva ha traído como consecuencia que los teóricos contemporáneos asuman que solamente hay dos formas válidas de concebir la libertad. De acuerdo con sus propias palabras, Berlin

piensa en la libertad positiva como autodominio y en la libertad negativa como en ausencia de interferencia por parte de otros. Pero dominio e interferencia no son

---

<sup>46</sup> [...] tenemos todo tipo de razones para pensar que deberíamos recuperar ese ideal y reintroducirlo como un ideal universal para todos los miembros de una sociedad contemporánea [...] Yo creo que la noción de libertad como no-dominación casa con muchos de nuestros presupuestos compartidos, hace que destaquen importantes desiderata que están ya inscriptos en muchas de nuestras instituciones, y puede servir para articular una convincente noción de lo que un estado y una sociedad civil decentes deberían hacer por sus miembros» (Pettit, 1999, p. 22). Siguiendo la misma línea, el autor irlandés afirma que el propósito de Republicanismo es «tratar de identificar los rasgos capitales de la libertad como no-dominación, mostrar qué podría significar adoptar este ideal como causa política e indicar el impacto institucional que tendría la organización de las cosas necesaria para promover el ideal. El libro entero es una exploración de lo que entrañaría una política neorrepublicana (1999, p. 77).

equivalentes. ¿No hay, pues, la posibilidad intermedia de que la libertad consista en una ausencia –como quiere la concepción negativa-, pero en una ausencia de dominio por otros, no en una ausencia de interferencia? (1999, pp. 40-41).

A diferencia de Skinner, Pettit arguye que esta tercera posibilidad tiene un rasgo en común con la concepción negativa, ya que se enfoca en la ausencia (no en la presencia), pero también posee un aspecto vinculado con la concepción positiva, pues su otro énfasis es en la dominación (no en la interferencia). La libertad republicana es, por tanto, una libertad negativa y positiva al mismo tiempo.

Pero, ¿cómo detalla Pettit las diferencias entre la libertad republicana como tercer concepto de la libertad y las otras dos formas de libertad? Con respecto a la relación entre libertad republicana y libertad positiva, refiere que no resulta demasiado dificultosa una diferenciación entre ambas, ya que es completamente patente que la ausencia de dominación frente a otros individuos no garantiza el autodomínio o autocontrol democrático enarbolado por los defensores de la segunda perspectiva acerca de la libertad. Sucede que la tradición republicana, pese a las interpretaciones que se han hecho de ella sobre la base de las ideas de Constant y Berlin, nunca hizo un énfasis absolutamente favorable en la participación democrática. Las principales preocupaciones de sus autores representativos eran los males vinculados con la dominación, motivo por el cual puede definirse la libertad del republicanismo romano, por ejemplo, como «pasiva», «defensiva» y «predominantemente negativa». La misma interpretación puede hacerse sobre el concepto de libertad defendido por Maquiavelo, ya que, si bien este expresó que la mejor forma de garantizar una vida libre pasaba por vivir en condiciones que actualmente denominaríamos como democráticas, a su vez afirmó que ese tipo de existencia también puede alcanzarse dentro de un gobierno monárquico. Por supuesto, los republicanos posteriores como Harrington, Milton, Sydney, Price, Priestley, Hamilton y Madison siguen una línea de pensamiento semejante a la romana y maquiaveliana<sup>47</sup>. En conclusión, es necesario definir la libertad de la tradición republicana como una condición que bloquea la dominación,

---

<sup>47</sup> Aunque James Harrington sigue a Maquiavelo al considerar importantes para la libertad los controles democráticos, ve con claridad que la libertad del pueblo consiste en algo distinto de la participación en el gobierno [...] La desconfianza que revela esta observación halla su eco en republicanos coetáneos, como John Milton, que expresamente se aparta del «alborotado ruido de una ruda multitud», y un poco más tarde, Algernon Sidney, quien dice de la «democracia pura»: «No conozco la existencia de tal cosa; y si se diera en el mundo, nada tendría que decir en su favor» (Pettit, 1999, pp. 48-49).

no como acceso a los instrumentos de control democrático, participativos o representativos. El control democrático es ciertamente importante en esta tradición, pero su importancia le viene, no de su conexión definicional con la libertad, sino del hecho de que sea un medio de promover la libertad (Pettit, 1999, p. 50).

Con ello, el republicanismo puede ser perfectamente diferenciable de toda forma de democratismo o populismo político, ya que en él la participación democrática solo es un medio con relación a la libertad como no-dominación, siendo esta, por tanto, el verdadero fin.

A propósito de la diferencia entre la libertad republicana y la libertad negativa, Pettit precisa que la segunda, tal y como se ha planteado líneas arriba, otorga a un agente la posibilidad de no sufrir interferencias directas y abiertas de ningún tipo. En cambio, la primera debe ser concebida como una ausencia de dominación que puede no estar garantizada aun cuando no se presenten interferencias y puede estar garantizada incluso viviendo cierto tipo de interferencias (1999, p. 41). En efecto, por un lado, se ha mencionado antes que el solo hecho de que exista un poder discrecional o arbitrario instalado en una comunidad política es interpretado por los escritores republicanos como un atentado contra las libertades, ya que trae consigo la instalación de una vida indigna marcada por el miedo, la adulación y el sentimiento de inferioridad en los individuos dominados. Por otro lado, se ha señalado que un acto de interferencia no será considerado como arbitrario o dominante «en la medida que se vea forzado a tomar en cuenta los intereses y las opiniones o interpretaciones de la persona afectada por la interferencia» (p. 82). De manera puntual, la tesis de Pettit es que puede no haber interferencia por parte del gobierno y el derecho si es que el ejercicio del poder de estos se funda en los intereses de todos; esto significa que puede existir una interferencia no-dominante de las leyes si es que estas se encuentran orientadas a establecer las condiciones para promover la no-dominación en las vidas de los ciudadanos, buscando que estos la disfruten con la mayor intensidad posible en los distintos ámbitos importantes de sus vidas. Para los republicanos, el Estado no es, pues, el enemigo por antonomasia, como siempre lo ha sido para los liberales, cuya libertad negativa o como no-interferencia se formuló, en gran medida, para contrarrestar el poder político de aquel<sup>48</sup>. Desde la perspectiva de Pettit, la

---

<sup>48</sup> «Los devotos de la libertad como no-interferencia ven la coerción jurídica o estatal, no importa cuán satisfactoriamente embridada y controlada, como una forma de coerción que es tan mala en sí misma

libertad como no-dominación promete «no la exención de interferencia intencional, sino solo la exención de interferencia intencional arbitrariamente fundada: específicamente, la erradicación de la capacidad ajena para la interferencia arbitraria» (1999, pp. 117-118)<sup>49</sup>.

Ahora bien, teniendo en consideración los objetivos fundamentales de la presente investigación, es necesario resaltar lo siguiente. Aunque el filósofo y politólogo irlandés haya buscado establecer una distinción categórica entre la libertad de los republicanos y la libertad de los liberales, no deja de presentar a aquella dentro del marco establecido por la tradición política liberal. Ocurre que su idea republicana de libertad únicamente le sirve para abordar las formas de dominación que afectan a los individuos y que acontecen dentro de una comunidad política, dejando de lado de esta manera la problemática de la dominación y la dependencia de los cuerpos políticos frente a agentes externos, una problemática de carácter central en los planteamientos de los escritores republicanos de otros tiempos.

La opinión anterior encuentra respaldo cuando se repara en que, según Pettit, los liberales tendrían que ver como atractiva la propuesta republicana, pues se encuentra «centrada en la capacidad individual de elección», un rasgo que comparte con «la noción negativa de la libertad como no interferencia» (1999, p. 29). Y afirma esto pese a que la tradición republicana siempre ha enfatizado que son dos las dimensiones centrales que estructuran la libertad: la libertad del individuo y la libertad del Estado, siendo esta última concebida como condición de posibilidad irrenunciable de la primera. Así, para cualquier republicano la primera pregunta que hay que resolver es esta: ¿Nuestra comunidad política está dominada por un agente externo o es independiente y soberana?

Tal y como aconteció con Skinner, el afán de Pettit por discutir desde su republicanismo con el liberalismo le lleva, entonces, a plantear los atentados contra la libertad en términos exclusivamente vinculados con las decisiones, acciones y posibilidades de los individuos<sup>50</sup>. Esta fundamentación de su neorrepublicanismo

---

como la coerción procedente de otras direcciones; si hay que justificarla, solo puede ser porque su presencia contribuye a disminuir el nivel general de coerción» (Pettit, 1999, p. 118).

<sup>49</sup> Cabe destacar que esta valoración positiva del Estado y las leyes supone una concepción a partir de la cual puede diferenciarse el republicanismo de Pettit del desarrollado por Skinner, ya que este último no tiene una postura tan optimista frente a las llamadas interferencias no arbitrarias ni dominantes relacionadas con la acción política (1999, pp. 56-63).

<sup>50</sup> Otra razón que podría explicar el hecho de que Pettit y Skinner no le hayan prestado atención a la problemática de la dominación externa es que los republicanos cuyas ideas y planteamientos ambos han actualizado y revitalizado no otorgan centralidad a dicha problemática en sus escritos. Efectivamente,

solamente en una de las dos dimensiones de la libertad republicana (no-dominación interna) se trasluce desde las primeras páginas de *Republicanism: Una teoría sobre la libertad y el gobierno*. Así, en el prefacio de este escrito político, Pettit refiere que si la teoría republicana de la libertad llamó poderosamente su atención fue porque

daba sentido a mi experiencia cuando, en vías de ser sacerdote, pasé varios años en organizaciones que más tarde aprendí a describir, en términos de Erving Goffman, como instituciones totales. Aunque esas escuelas y seminarios ofrecían grandes oportunidades de estudio y camaradería, desde luego no nos enseñaron a mirar a las autoridades de frente, confiados en saber cuál era nuestra posición y ajenos al temor de estar sujetos a juicio caprichoso. Al contrario, se nos comunicaba un sentido de vulnerabilidad y exposición sistemáticas al arbitrio de la autoridad, haciendo a veces incluso virtud de esa práctica. Yo tuve que poner cota a la subordinación inherente a esa educación, y la noción de libertad como no-dominación ofrecía una vía satisfactoria para explicar qué había de malo en esas prácticas. Nuestra formación había tratado de cultivar la ilibertad; estaba pensada para producir estudiantes pasivos, sin criterio, inseguros de su posición (1999, p. 12).

Después de haber aludido a esta dominación sufrida por los individuos en el contexto educativo, Pettit menciona que un tipo de arbitrariedad semejante es la que aborda críticamente Mary Wollstonecraft en el siglo XVIII con respecto a la subordinación sufrida por las mujeres. Ocurre que estas se habían convertido en individuos cuyas acciones solían estar signadas por la reverencia, la adulación y la congraciación frente a los hombres. En este sentido, las alternativas feministas de dicha filósofa para dotar de un amplio margen de libertad a las mujeres podrían enmarcarse dentro del republicanismo.

Cuando en el capítulo II de *Republicanism* se profundiza en todo aquello que implica concebir la libertad como ausencia de dominación, Pettit trae a colación el hecho de que en otras épocas las interferencias arbitrarias han sido sufridas por aquellos individuos que han sido esclavos de un propietario o súbditos de potentados despóticos. Sin embargo, un detalle que él destaca es que en las sociedades democráticas contemporáneas el poder también se expresa de manera semejante, erosionando considerablemente las libertades individuales:

---

John Milton, Algernon Sidney, James Harrington y otros pensadores vinculados al republicanismo inglés reflexionaron sobre todo en torno a la libertad como ausencia de dominación que requerían los individuos para contrarrestar el surgimiento de poderes tiránicos y oligárquicos dentro de su sociedad.

El marido que puede golpear a su esposa por desobedecer sus instrucciones, sujeto cuando mucho a la tibia censura del vecindario; el patrono que puede despedir caprichosamente a sus empleados, apenas azorado tras la decisión; el maestro que puede castigar a sus discípulos, a la menor excusa o pretendida excusa; el carcelero que puede convertir en un infierno las vidas de los reclusos, a cara descubierta y sin necesidad de disimulo: todos estos personajes disfrutaban de grados de poder arbitrario sobre las personas a ellos sujetas (1999, pp. 84-85).

A diferencia de la teoría republicana, arguye Pettit que la teoría liberal fracasa como medio útil para articular razonablemente dentro de un lenguaje político agravios o atentados contra la libertad como los anteriores. Y el motivo principal es que esta interpreta la libertad como no-interferencia como el único y supremo bien de la política. Precisamente, cuando Pettit da cuenta de cómo podrían expresarse discursivamente desde el republicanismo las luchas por la libertad, vuelve a dejar claro que su abordaje de las relaciones de dominación de nuestro tiempo no incluye un acercamiento a la problemática de la dominación externa contra los Estados, sino que se restringe al dominio que pueden sufrir los individuos dentro de las fronteras de sus respectivas comunidades políticas:

Consideremos el agravio del trabajador, o el de la mujer, o el del arrendatario, o el del deudor, quienes, dominados, aun sin sufrir interferencias reales, tienen sin embargo que fingir y adular y mirar con aprehensión a un amo que tiene poder [...] sobre ellos [...] Como ya sabemos, empero, nadie en esa posición será capaz de expresar esa queja en el lenguaje de la libertad como no-interferencia. Pues, en términos de no- interferencia, no hay agravio audible; el lenguaje pone sordina a aquellos a quienes idealmente tendría que servir (1999, p. 176).

En el capítulo III, Pettit retoma la idea de que la libertad como no-dominación de la tradición republicana debe ser actualizada para abordar los atentados contra las libertades individuales. En esta ocasión, una vez más con la finalidad de distanciarse del liberalismo, se señala que la libertad republicana supone la protección de los individuos considerados no solamente de manera aislada, sino también comunitaria. Por ello, dicha libertad incluso puede concebirse como un bien común si se tiene como punto de partida

a cada uno de los grupos especialmente vulnerables en virtud del género, la etnia, el color, las preferencias sexuales, o lo que se quiera; a cada uno de los grupos que, en este sentido, pueden considerarse relativamente oprimidos. Si nos adherimos a la promoción de la no-dominación en cualquier sociedad contemporánea, una de las primeras cosas que tenemos que reconocer es que la



política adecuada a esa tarea no puede consistir en un proyecto atomístico; tendrá que articularse en el plano de los grupos de agravios y afirmaciones comunes, lo mismo que en el plano de los individuos como tales individuos. Si yo soy miembro de una población indígena en la Australia o en el Canadá contemporáneos, por ejemplo, entonces el grado en que yo logre la no-dominación está íntimamente ligado al grado de no-dominación logrado por otros indígenas; tenemos aquí una sola causa, una causa solidaria, no una mera agregación de causas individuales (1999, p. 166).

Como puede observarse, aunque Pettit se aleja en este punto de un individualismo posesivo en la línea del liberalismo clásico, no deja de concentrar su enfoque republicano en los agravios a la libertad de los individuos que pueden presentarse dentro de una sociedad política, aunque en este caso se agrupa a aquellos por distintos motivos y circunstancias<sup>51</sup>. En efecto, no llega a reivindicar la dimensión de la libertad republicana relacionada con la independencia o soberanía del Estado en el marco de las relaciones internacionales.

Pese a todo lo anterior, a lo largo de *Republicanism*, Pettit da muestras de que es perfectamente consciente de que la tradición republicana siempre concibió la libertad como no-dominación sobre la base de dos dimensiones: la independencia frente al dominio exterior y el autogobierno frente al dominio interior. En primera instancia, expresa que dicho ideal político sirvió en el mundo antiguo para darle forma a un discurso contrario a la esclavitud de los ciudadanos frente a un amo o monarca. Más tarde, en el contexto de las ciudades renacentistas italianas fue la base para defender la absoluta relevancia de la independencia individual y colectiva con relación a los grandes (dominio interno) y príncipes (dominio externo). En el siglo XVII, resultó fructífera la libertad como no-dominación para que los ciudadanos ingleses enfrenten el dominio despótico y arbitrario del soberano monárquico, mientras que en el siglo XVIII lo fue para que los colonos americanos expresasen su rechazo a toda forma de dependencia frente a un poder político exterior como el del Parlamento inglés y para que los revolucionarios franceses

---

<sup>51</sup> Otro pasaje de la obra de Pettit en el que se sigue dichalínea es el siguiente: «Si alguien está dominado, si alguien anda expuesto a interferencia arbitraria ajena, siempre los estará en virtud de su pertenencia a cierto tipo de clase; la persona es vulnerable, en la medida en que es negra, o mujer, o vieja, o pobre, o algo por el estilo. Lo que significa que, en la medida en que promovemos la libertad como no-dominación de una persona, tenemos que promover la libertad como no-dominación de alguna o algunas clases relevantes de vulnerabilidad, a las que esta persona pertenece» (1999, p.192).

enfrentasen los caprichos y arbitrariedades del monarca y de su séquito de aristócratas (1999, p.177-178).

Por estas razones, Pettit recuerda que cuando empezaba a cobrar forma la Revolución Norteamericana, no fueron los liberales defensores de la libertad como no-interferencia los que le brindaron su apoyo, sino los republicanos, ya que uno de los principales objetivos de estos era que las comunidades políticas alcanzasen la no-dominación frente a todo poder externo de carácter discrecional y arbitrario (1999, p. 40). Y contra lo que se podría suponer, no solo fueron republicanos norteamericanos los que se plegaron en favor de la revolución contra la corona británica. También se hizo presente un grupo destacado de políticos e intelectuales ingleses entre los cuales destacaron Joseph Priestley y Richard Price, para quienes el fin de todo gobierno debe consistir en proteger a sus ciudadanos no solamente del daño privado sino también del foráneo (1999, pp. 54-56). De esta manera, el filósofo y politólogo irlandés señaló que «las condiciones en las que un ciudadano es libre son las mismas en las que la ciudad o el estado es libre» (1999, p. 58).

Pero, a pesar de la profunda comprensión de Pettit sobre las dos dimensiones de la libertad republicana, cuando lleva a cabo la actualización de esta para abordar los problemas sociales y políticos de las democracias contemporáneas, termina empleándola solo como fundamento para echar luces sobre los alcances y límites de las libertades individuales; con lo cual, su neorrepublicanismo encierra una limitación semejante a la que se identificó anteriormente en la propuesta de Skinner.

Ahora bien, es necesario señalar que en una sección bastante reducida de *Republicanism* se lleva a cabo un abordaje del problema de la dominación externa sufrida por los Estados o comunidades políticas. Sin embargo, lo que argumenta Pettit a lo largo de las tres páginas dedicadas a este tópico otorga mayor fundamentación a la tesis de que aquel no estudia dicha dimensión de la libertad con una amplitud y profundidad semejantes a las que caracterizaron los planteamientos teórico-políticos de los republicanos más representativos.

En dicha sección ubicada en el capítulo V de *Republicanism*, Pettit empieza su reflexión acerca de la dominación exterior formulando la siguiente opinión:

La república moderna, como cualquier otra forma de estado, tiene que ocuparse de la defensa frente a enemigos exteriores. [...] en la medida que el país no se halle

bien defendido, otro país puede llegar a dominarle, dominando así a sus ciudadanos, sin que eso signifique que vayan a producirse interferencias reales; puede estar en posición de interferir –de invadir o de amenazar, por ejemplo- a voluntad y gozando de relativa impunidad (1999, p. 199).

Como puede notarse por las alusiones que se hacen a la defensa y la invasión en el fragmento anterior, el autor irlandés parece partir del supuesto de que todo posible dominio externo únicamente puede derivarse de los enfrentamientos bélicos de carácter interestatal. Es por este motivo que inmediatamente después arguye que el reto de los republicanos frente a la defensa exterior no debe llevarles a decantarse por las opciones de armarse hasta los dientes o de atacar preventivamente a los enemigos potenciales. Una mejor alternativa, desde su punto de vista, es que los Estados garanticen su no-dominación a través de los foros internacionales adecuados (1999, p. 199).

Sobre la base de lo anterior, cabe preguntarse, ¿la invasión militar o simplemente la posibilidad siempre latente de esta son las únicas dos formas de expresión de la dominación interestatal en los tiempos que corren? Como se argumentará en el capítulo III, en un contexto actual marcado por el proceso de globalización neoliberal no cabe duda de que la dominación se puede ejercer contra un Estado sin que sea absolutamente necesario servirse de medios militares. Así, a través de instrumentos y medios económicos, políticos y culturales también se suele dominar a comunidades políticas enteras, motivo por el cual una teoría política neorrepblicana debiera tener los alcances suficientes como para poder abordar críticamente también estos escenarios marcados por la dependencia, la arbitrariedad y la discrecionalidad.

Dejando de lado esta breve digresión y volviendo al análisis de *Republicanism*, cabe señalar que Pettit continúa su reflexión acerca de los conflictos interestatales planteando una serie de previsiones que pueden tomar las naciones o países para evitarlos por medios pacíficos:

Puede resultar atractivo para el estado republicano instituir redes culturales, económicas y jurídicas, en la medida en que esos sistemas regionales o globales de relaciones disciplinan ineluctablemente a sus miembros, a la manera de los compromisos constitucionales. También puede resultar atractivo para un estado republicano dar su apoyo a un organismo como las Naciones Unidas, en la medida en que promete ser capaz de contener los conflictos, y eventualmente, hacerlos más y más improbables. Más generalmente, estará en el interés de un estado republicano estimular diferentes estratos de cooperación e institucionalización multinacional. El surgimiento de orden internacional, regional o global, promete

servir a la causa de la defensa con mayor eficacia que la exclusiva confianza en la capacidad militar (1999, pp. 200-201).

En otras palabras, Pettit muestra optimismo frente a los acuerdos económicos internacionales, la creación de instancias legales supranacionales y el apoyo a organismos de cooperación mundial, pues los interpreta como instrumentos apropiados para evitar cualquier dominación externa derivada de un conflicto bélico entre naciones. Por ende, puede decirse que el estado republicano, tal y como es concebido por él, debe ser «un buen ciudadano internacional», cuya estrategia militar será siempre el último recurso frente a cualquier enfrentamiento interestatal.

Por supuesto, el hecho de que la principal estrategia para garantizar la ausencia de dominación externa sea la promoción de un orden internacional en distintos frentes traería como consecuencia que el control sobre algunos asuntos fundamentales dentro de una nación tenga que ser cedido a cuerpos o instituciones supranacionales, restringiéndose de esta manera los alcances del estado local. Sin embargo, esta última perspectiva no debiera ser motivo de preocupación, ya que, de acuerdo con Pettit, «no hay nada sagrado desde el punto de vista republicano, en el estado mismo o en la soberanía estatal» (1999, p. 201). Además, lo que se obtendría a través del instrumento de «expatriar la soberanía interior» es la existencia de árbitros imparciales, cuya distancia frente a la escena nacional les permitiría contener y contrarrestar los intereses particulares y facciosos de forma más eficaz.

Siguiendo esta misma línea de argumentación a favor de la limitación de la soberanía estatal, incluso Pettit menciona que también los «movimientos internacionales informales» (con los cuales parece aludir a organismos no gubernamentales y colectivos o agrupaciones de carácter socio-político) debieran tener las facilidades suficientes para representar un contrapeso frente a los estados nacionales (1999, p. 202).

Teniendo como base los planteamientos anteriores, es necesario agregar que la teoría neorrepblicana de Pettit, además de cometer el grave error de concebir la dominación externa como un fenómeno que solo puede derivarse de un escenario bélico, parece tener como punto de partida equivocado la idea de que dicha dominación solo puede ser ejercida por un Estado sobre otro. Pero, ¿acaso los Estados no pueden encontrarse al arbitrio o discreción de otro tipo de cuerpos, organismos o instituciones?

¿No existen razones suficientes para llevar a cabo un análisis crítico del papel que cumplen en pleno siglo XXI, por ejemplo, los organismos internacionales, las empresas multinacionales y los organismos no gubernamentales? ¿O debemos limitarnos a considerar a estos de manera acrítica, pues, como diría Pettit, pueden fungir de árbitros “imparciales” y “no facciosos”? ¿No es un panorama demasiado cándido y edulcorado el presentado por el autor irlandés acerca de las posibilidades de configurar un orden internacional como medio para garantizar la no-dominación?

Otro aspecto a tener presente es que no queda claro cómo es que, según él, la tradición republicana no concibe como “sagrada” la soberanía estatal. Ocurre que incluso de una lectura superficial de los escritos de los máximos representantes del republicanismo, se deduce una defensa categórica de la independencia o autonomía del cuerpo político instituido y fundado por los ciudadanos. Así, la necesidad de «expatriar la soberanía interior» a la que alude Pettit debe ser concebida como un agregado suyo que de ninguna manera puede entroncarse con la tradición republicana.

Según el propio Pettit, uno de los principales objetivos de *Republicanism* es «articular con la concepción republicana de la libertad una teoría del Estado, con miras a establecer los fines, deberes y características de este para las sociedades contemporáneas» (1999, p. 173). No obstante, con respecto a la importante labor que pueden desempeñar los Estados frente a todo intento de dominio externo, no profundiza suficientemente, pese a que los republicanos clásicos siempre han considerado esta última cuestión como una dimensión central para establecer la libertad en las sociedades. En resumen, su reflexión acerca de la independencia, libertad o soberanía de los Estados puede ser considerada 1) como excesivamente reducida dado que la desarrolla en unas pocas páginas y 2) como bastante acrítica al no encontrar en los organismos internacionales, los organismos no gubernamentales y demás instancias del orden internacional vigentes amenazas para las libertades de las naciones. Preocupado Pettit por habilitar el discurso republicano para que pueda expresar agravios o injusticias no considerados tradicionalmente por los republicanos clásicos (ambientalismo, socialismo, feminismo), termina desfigurando y empobreciendo el republicanismo al no tener en consideración suficientemente la temática de la independencia del cuerpo político frente a todo dominio externo.

## 2.4. El patriotismo republicano frente a los enemigos internos: El olvido de la problemática de la dominación externa en el neorrepublicanismo de Maurizio Viroli

Los escritos de Maurizio Viroli deben ser valorados como aportes decisivos en dos ámbitos distintos, aunque íntimamente relacionados entre sí. Algunas de sus publicaciones han estado orientadas hacia el estudio histórico de la tradición republicana, mientras que otras más bien se han enmarcado dentro de la defensa del republicanismo como teoría política útil para hacerle frente a una serie de problemáticas de la política contemporánea. Como señalan Sandra Chaparro y Rafael del Águila, su estudio de los clásicos de la historia del pensamiento político republicano «siempre ha estado centrado en la interpretación y reconstrucción de historias que nos permitan entender mejor nuestro presente y el lenguaje en que lo describimos» (2009, p. 9).

A diferencia de Quentin Skinner y Philip Pettit (el primero dedicado, sobre todo, a la metodología y la historia, mientras que el segundo, principalmente, a la filosofía normativa y a las reformas institucionales), puede decirse que Viroli se ha caracterizado por hacer explícita en todo momento la íntima conexión existente entre la historia y la realidad política. Por tal motivo, en su *Republicanism* expresó que, si no somos capaces de comprender el papel del republicanismo en la historia, nos resultará imposible emplear esta tradición como un instrumento teórico-político eficaz en el contexto de las sociedades democráticas contemporáneas (2014, p.41). Está convencido, entonces, de que los principios del republicanismo pueden llegar a constituirse «en la base de una nueva utopía política, capaz de despertar aquellas pasiones, propias de unos ciudadanos libres, que los ideales políticos de finales del siglo XX [...] ya no pueden alimentar y, menos aún, despertar» (2014, p. 57).

Ahora bien, siguiendo el camino trazado por Skinner y Pettit, Viroli concibe el republicanismo como una «nueva, y recuperada, utopía de la libertad política», cuyo núcleo es la idea de que ser libre supone, ante todo, no encontrarse dominado; lo cual implica que solamente se puede expresar que unos individuos son libres cuando no existe una voluntad arbitraria que les genere dependencia.

Por supuesto, también Viroli enarbola la tesis de que esta interpretación de los escritores republicanos (Cicerón, Salustio, Tito Livio, Maquiavelo, Milton, Sidney, entre otros) acerca de la libertad política permite establecer con claridad la diferencia entre la teoría republicana y otras dos importantes teorías políticas también interesadas en definir

la libertad: el liberalismo (fundado en una libertad negativa) y el democratismo (cimentado en una libertad positiva):

[...] la concepción republicana de la libertad no es ni la libertad negativa ni la libertad positiva descritas (con nombres diferentes) por Berlin y Constant. La libertad republicana es una libertad negativa diferente de la libertad liberal, porque identifica como esencia de la libertad no solo la interferencia [...], sino también la *posibilidad constante* de la interferencia que existe a causa de la presencia de poderes arbitrarios

Al mismo tiempo, pese a que se acerca a la idea democrática de libertad como autonomía en tanto que interpreta la constricción como una violación de la libertad

[...] Sin embargo, no es idéntica a la libertad democrática, porque considera que la voluntad es autónoma cuando se encuentra protegida del *peligro constante* de ser sometida a constricción, y no cuando la ley o la norma que regula mis acciones corresponde a mi voluntad (2014, pp. 81-83).

El autor italiano señala, sobre la base de lo anterior, que la teoría republicana de la libertad es más exigente y compleja que las concepciones liberal y democrática acerca de dicho valor político. Por un lado, encierra la idea de libertad como ausencia de impedimento desarrollada por los liberales, pero asocia con esta la exigencia de la libertad como ausencia de dominación (la posibilidad constante de la interferencia). Por otro lado, hace suya la exigencia democrática del autogobierno o autodomínio, aunque siempre concibiéndolo a este no como la libertad en sí misma, sino como un mero instrumento para alcanzar una vida libre. El liberalismo y el democratismo, entonces, no serían más que versiones empobrecidas e incoherentes del republicanismo, de tal manera que, de ninguna forma, puede considerárseles como alternativas frente a este último de acuerdo con Viroli (2014).

Además, coincidiendo con Pettit, aunque esta vez distanciándose de Skinner, el filósofo italiano arguye que la falta de libertad se manifiesta, sobre todo, cuando el individuo sufre la dominación o la dependencia, no necesariamente cuando experimenta la interferencia, ya que esta última puede proceder de unas leyes que no son ni discrecionales ni injustas, válidas, por ende, para gobernar a los ciudadanos dentro del marco de un orden político compartido. En este sentido, Viroli recuerda que los

representantes más importantes de la tradición republicana consideraban que tener una vida libre representaba vivir bajo leyes justas: «Para los escritores políticos republicanos como Cicerón, Salustio, Tito Livio, Maquiavelo<sup>52</sup>, Harrington<sup>53</sup> y Rousseau<sup>54</sup>, lo opuesto a la dependencia no es la libertad del estado de naturaleza, sino la dependencia de las leyes no arbitrarias válidas para todos» (2002, p. 31). Esto significa que, para Pettit y Viroli, el republicanismo de Skinner tendría un sesgo marcadamente liberal al inclinarse en no pocas ocasiones a presentar toda interferencia como una forma de dominación<sup>55</sup>. Sin embargo, si el republicanismo busca como teoría política cumplir un rol decisivo en el debate público contemporáneo tiene que presentarse

como crítica a la dependencia y a la dominación, y no como crítica a los vínculos y a los límites puestos a la libre elección. Además, tiene que diferenciarse claramente tanto de la intolerancia liberal hacia los vínculos, como de la insensibilidad autoritaria hacia la dominación (2014, p. 93).

Si bien el neorrepblicanismo de Viroli coincide en este último punto con el neorrepblicanismo de Pettit, termina distanciándose de este (y, por supuesto, del de Skinner) cuando otorga centralidad a tres dimensiones: el patriotismo, la religión y la retórica, las cuales habían sido o bien completamente olvidadas o bien no destacadas suficientemente por tales escritores contemporáneos, pese a la relevancia que tuvieron en el marco de la tradición republicana vinculada con autores como Bruni, Maquiavelo, Milton, Sidney y Hamilton.

Acerca del patriotismo, Viroli refiere que los intelectuales y políticos republicanos siempre han enarbolado un patriotismo entendido como un amor caritativo hacia el bien común cuya expresión se encuentra en la realización de acciones individuales y colectivas

---

<sup>52</sup> Puntualmente, Viroli afirma lo siguiente sobre el florentino: «Maquiavelo [...] identifica la libertad de los ciudadanos con las restricciones que el derecho impone por igual a todos los ciudadanos» (2001, p. 4).

<sup>53</sup> Recuerda el autor italiano que, para Harrington, «lo que convierte a los ciudadanos de Lucca en individuos más libres que los súbditos del sultán de Constantinopla es el hecho de que en Lucca tanto los ciudadanos como los gobernantes se encuentran sometidos a leyes civiles y constitucionales, mientras que en Constantinopla el sultán está por encima de la ley y puede disponer arbitrariamente de la vida y los bienes de los súbditos» (2001, p. 4).

<sup>54</sup> A propósito de Rousseau, en *Diálogo en torno a la república*, Viroli recuerda un famoso pasaje del *Contrato Social* en donde el ginebrino expresa que se puede llamar república a todo Estado regido por leyes, independientemente de su forma de administración (2002, p. 11).

<sup>55</sup> Hay veces que no resulta posible reducir la dependencia sin imponer los vínculos de la ley. Quien se remita a la tradición republicana debe elegir las políticas que atenúan la dominación, y no aquellas que tratan de atenuar los deberes civiles en nombre del deseo de quedar libres de impedimento (Viroli, 2002, p.5)



fundadas en el esfuerzo y la solidaridad. En el caso de Maquiavelo, el amor por la patria supone una guía segura para los momentos en los cuales se delibera sobre asuntos políticos; por otro lado, para Rousseau representa el fundamento de las virtudes cívicas y de la vida libre; Giuseppe Mazzini, más bien, fue enfático al momento de entenderlo como un amor a la libertad común de los ciudadanos de un pueblo (2014, p. 42). En suma, puede decirse que, aunque respeta los principios de la justicia y de la razón, el amor a la patria encarna un afecto que se siente de manera específica hacia una república y hacia los ciudadanos que la conforman:

Es una pasión que nace sobre todo entre los ciudadanos de las repúblicas libres, por compartir muchos e importantes bienes: tales como las leyes, la libertad, los consejos públicos, las plazas públicas, los amigos y los enemigos, la memoria de las victorias y de las derrotas, las esperanzas y los miedos. Es una pasión que supone la igualdad civil y política, y que se traduce en acciones de servicio (*officium*) y de atención (*cultus*) a favor de los bienes comunes. Por último, la *caritas republicae* es una pasión que robustece los ánimos, da a los ciudadanos la fuerza para cumplir con sus deberes cívicos y a los gobernantes el atrevimiento para cumplir con las obligaciones, a menudo onerosas, implícitas en la defensa de la libertad (Viroli, 2014, p. 120).

En *Republicanism*, Viroli atribuye esta no consideración de la dimensión patriótica de la tradición republicana al hecho de que Skinner, Pettit y otros neorrepblicanos, probablemente, han encontrado peligrosa su actualización o revitalización en tanto que podría debilitar o, incluso, bloquear la actual inclinación de los individuos hacia el europeísmo y el cosmopolitismo. Es decir, temen que el patriotismo republicano termine confundándose con formas exacerbadas o radicales de nacionalismo. No obstante, Viroli responde a esta hipotética objeción señalando que los defensores más importantes del patriotismo republicano fueron, al mismo tiempo, cultores de una conciencia europeísta y de la solidaridad frente a todos los pueblos que conforman la humanidad<sup>56</sup>.

---

<sup>56</sup> Una objeción similar no obstante no se sustenta frente al hecho de que todos los defensores del patriotismo republicano fueron también fervientes europeístas. A esta consideración histórica no se suma una teórica, es decir, que la ciudadanía siempre ha estado y sigue estando revestida de varios colores nacionales y locales [...] El sentimiento de pertenencia que Europa necesita no debe por lo tanto construirse añadiendo principios universales a las culturas nacionales individuales, ni tampoco perdiendo las culturas nacionales en un recipiente cultural común [...], sino simplemente reforzando las tradiciones cívicas en el interior de los distintos países.

Una respuesta análoga [...] es válida también frente a la objeción de que el patriotismo vuelve al individuo incapaz de respetar a los otros pueblos y de actuar solidariamente [...] En realidad es algo demasiado conocido que nuestros patriotas del Risorgimento lucharon con el mismo empeño por la libertad de Italia

Por las distintas posibilidades que abre el amor hacia la patria enarbolado por los escritores republicanos, Viroli defiende la necesidad de fomentarlo en el contexto de las democracias contemporáneas. De manera precisa, dicho patriotismo republicano fundado en el amor hacia las leyes e instituciones políticas que cimientan las libertades comunes<sup>57</sup> puede ser decisivo para enfrentar tanto el peligroso resurgimiento de los nacionalismos en distintas partes del mundo (los cuales han retomado el reforzamiento de la homogeneidad lingüística, étnica y cultural) como la corrupción política (la cual viene carcomiendo el entramado social y político de distintas naciones no solamente por las acciones perniciosas de las autoridades sino también por la inacción y apatía de los ciudadanos).

Íntimamente relacionada con la dimensión patriótica del republicanismo, se encuentra su dimensión retórica, la cual tampoco está presente, según Viroli, en las propuestas normativas de neorrepublicanos como Skinner y Pettit. Ocurre que estos han planteado una defensa de la libertad republicana para reestructurar los fundamentos de las democracias actuales sobre la base de una orientación anclada en la filosofía analítica o en el análisis histórico. Es decir, sus escritos normativos hacen patente que han olvidado que los republicanos clásicos siempre escribieron con una fuerza persuasiva y discursiva bastante potente, pues su objetivo era llegar tanto a la mente como al corazón de sus lectores. En efecto, las obras de los republicanos son obras de educación cívica, no una retahíla de preceptos políticos. Maquiavelo, por ejemplo,

quiere enseñar a los jóvenes la sabiduría de la política republicana, pero también quiere renovar las mentes, infundiendo con la fuerza de la palabra el amor por vivir en libertad, el odio a la tiranía y el deseo de verdadera gloria, porque está convencido de que únicamente un hombre que tenga en mentes estas pasiones puede tener la esperanza de realizar grandes cosas (Viroli, 2014, p. 49).

---

*que por la libertad de los otros pueblos [...] Las obligaciones morales hacia la humanidad están por encima de las obligaciones hacia la patria. Antes que ciudadanos de una patria particular, somos seres humanos (Viroli, 2014, p. 43).*

<sup>57</sup> Esto no significa que la república es una institución puramente o esencialmente política, distinta de la nación entendida como una realidad cultural. Los teóricos políticos republicanos siempre describieron la república como una forma política de organizar el poder y como una forma de vida, es decir una cultura [...] En consecuencia, el patriotismo republicano tiene un significado cultural: es una pasión política que se funda en la experiencia de la igualdad republicana, un vínculo con una cultura determinada, si bien no asigne un gran valor al hecho de haber nacido en un mismo territorio, pertenecer a la misma etnia, hablar el mismo idioma, tener las mismas costumbres, los mismos dioses o el mismo Dios (Viroli, 2014, 127).

El autor de *Republicanism* hace énfasis, de esta manera, en la importancia que tiene que los republicanos del presente escriban textos que permitan interpretar correctamente la realidad política y que sean capaces de mover a la acción a los ciudadanos. ¿Cómo fomentar, pues, un amor por la patria sin escritos que inspiren esta pasión humana? ¿No se requiere acaso la fuerza de la retórica para insertar en el entramado político a una masa de individuos cada vez más desinteresada por los asuntos públicos?

En tercer lugar, Viroli reivindica la dimensión religiosa de la tradición republicana, una dimensión que tampoco suele ser tomada en consideración por Skinner y Pettit cuando llevan a cabo su actualización de la teoría republicana de la libertad. Y todo ello a pesar de que el llamado a una vida religiosa es patente en los escritos de varios de los representantes más importantes del republicanismo, tales como Maquiavelo, Rousseau y Mazzini. Así, para estos la religión debía entenderse como una especie de fundamento irrenunciable para la «fundación, defensa y renacimiento de la libertad republicana». Y aunque difirieron acerca de qué tipo de religiosidad era la que tenía que estar al servicio del ideal político de la libertad (Maquiavelo abogó por un cristianismo reformado, Rousseau por una religión civil y Mazzini por una religión del deber), «todos habrían suscrito sin dudar la tesis de que solo los pueblos religiosos saben conquistar y defender la libertad política» (2014, p. 44). Esto significa que los republicanos reivindicaron la religión no como un conjunto específico de dogmas, códigos y ritos, sino más bien como una especie de actitud vital en donde lo característico es la asunción de la existencia como algo que demanda grandes esfuerzos y penalidades. En palabras de Viroli, incluso un republicanismo de nuevo cuño requiere tener una dimensión religiosa, ya que

[...] es sabido que la conquista y la defensa de la libertad a menudo requieren hombres y mujeres capaces de sufrir y de sacrificarse. Aquellos que lo hicieron tenían una concepción religiosa de la vida, lo que no quiere decir que creyeran en la religión cristiana o hebrea, sino que consideraban la vida como una misión al servicio de un principio moral (2014, p. 45).

Patriotismo, retórica y religión son, entonces, tres aspectos íntimamente relacionados entre sí, pues el amor hacia la patria es, en gran medida, la forma de religión que Viroli propone cultivar a los ciudadanos en el contexto de las democracias contemporáneas. Ahora bien, para que este patriotismo fundado en una vida religiosa pueda ser asumido profundamente por aquellos, es necesario que tanto los políticos como

los intelectuales intenten persuadirlos a través de una retórica cuya única finalidad sea la protección y el fomento de la libertad común.

A pesar de la originalidad y audacia del neorrepblicanismo de Viroli, la presente investigación sostiene que el mismo comparte con las propuestas normativas de Skinner y Pettit una limitación sumamente relevante. Al momento de realizar su actualización del republicanismo como teoría política útil para las sociedades democráticas contemporáneas, reivindica el concepto de libertad como no-dominación únicamente como instrumento para llevar a cabo la crítica de las distintas formas de dependencia que afectan a los individuos. Entre ellas, se puede considerar las siguientes: gobernante-gobernado, padre-hijo, hombre-mujer, profesor-alumno, empleador-empleado y médico-paciente. En otras palabras, Viroli también “olvida” que los principales representantes de la tradición republicana concibieron una dimensión de la libertad relacionada con la independencia o soberanía de los Estados frente a otros cuerpos políticos organizados. En efecto, una de las grandes preocupaciones de Maquiavelo, Rousseau y otros republicanos clásicos giraba en torno a la posibilidad de que sus respectivas naciones terminen dependiendo de poderes extranjeros. A propósito de lo anterior, cabe preguntarse lo siguiente: ¿Por qué razón Viroli no hace suyo el discurso republicano de la libertad como ausencia de dominación también para hacerle frente a la crisis de soberanía o independencia padecida por un gran número de Estados periféricos y semiperiféricos en el marco del proceso de globalización neoliberal? ¿No resulta claro que el republicanismo ostenta un potencial discursivo bastante importante como para que se constituya a partir de él una reflexión acerca de la injerencia que tienen en la actualidad los organismos financieros internacionales, las empresas multinacionales, los organismos no gubernamentales y los Estados hegemónicos en los asuntos internos de las naciones?

Esta opinión acerca del neorrepblicanismo de Viroli puede empezar a adquirir fundamento a través del análisis de su escrito normativo más destacado: *Republicanismo*.

En el segundo capítulo, inmediatamente después de haber expresado que la verdadera libertad para los republicanos no consiste en la ausencia de interferencia sino en la ausencia de dominación, manifiesta lo siguiente:

Algunos ejemplos nos pueden aclarar la diferencia entre sufrir una interferencia (o ser impedido) y ser dependientes (o sometidos a dominación). Tómense en consideración los siguientes casos: un tirano o una oligarquía que pueden oprimir sin miedo de incurrir en las sanciones establecidas por la ley; una mujer que puede

sufrir maltratos por parte del marido, sin poder resistir ni obtener reparación; unos trabajadores que pueden sufrir cualquier abuso, mezquino y grave, por parte del empleador o de un superior; un jubilado que tiene que depender del capricho de un funcionario para cobrar la pensión, que legítimamente le compete; un enfermo que tiene que confiar en la buena voluntad del médico para que le curen; unos jóvenes investigadores que saben que su carrera no depende de la calidad de sus trabajos, sino del capricho del docente; un ciudadano que puede ser encarcelado al albedrío de la magistratura (2014, pp.77-78).

Como puede notarse, todos los ejemplos de dominación que presenta Viroli para dar cuenta de las principales preocupaciones que debieran dar forma a un republicanismo de nuevo cuño, se encuentran exclusivamente vinculados con las relaciones entre individuos que acontecen dentro de una comunidad política. Es decir, de las dos formas de expresarse la dominación de acuerdo con Cicerón, Maquiavelo, Milton, Rousseau y otros republicanos, el autor italiano parece concentrarse solo en una de ellas: la dominación interna.

En el tercer capítulo, se arguye que es necesario distinguir entre la necesaria sumisión a vínculos legales y la dependencia o dominación. Efectivamente, tal y como se ha expresado en otros momentos, los republicanos se encuentran inclinados a defender la idea de que no se puede vivir en libertad si no es bajo un gobierno de leyes. Por tal motivo, Viroli expresa que una teoría republicana útil para los tiempos que corren no puede encerrar una intolerancia excesiva hacia la interferencia legal, pues los escenarios de dominación presentes en las democracias contemporáneas requieren de sendas restricciones o interferencias para la libertad negativa de los potenciales dominadores:

Para liberar a las mujeres de la dependencia es necesario aprobar unas leyes que garanticen una condición de igualdad dentro de la familia, y que limiten el poder arbitrario de los maridos; para proteger a los trabajadores dependientes es necesario instituir leyes que tutelen su dignidad física y moral, y que limiten el poder arbitrario de los empleadores; para emancipar a los necesitados de la caridad, es necesario imponer impuesto que permitan garantizar una adecuada asistencia pública. En todos estos tres casos, reducir la dominación que sufren algunos ciudadanos implica aumentar la restricción de la libertad (negativa) de otras personas; o, mejor dicho, imponer vínculos a unos individuos que gozaban de la libertad de actuar según su albedrío. No es posible reducir la dependencia sin imponer vínculos legales. Es necesario elegir entre la dominación (y la dependencia) y los vínculos legales (2014, pp. 93-94).

En el pasaje anterior se puede identificar, una vez más, que cuando Viroli aborda las principales formas de dominación de nuestro tiempo, vuelve sobre la idea de que las mismas tienen que ver, fundamentalmente, con las ofensas y humillaciones que pueden llegar a sufrir los ciudadanos. Por eso, la solución más elemental que propone es la restricción legal para aquellos individuos que pretendan posicionarse en una instancia arbitraria o discrecional de poder. Tampoco en esta ocasión se alude al tipo de dominación que en la actualidad suele perpetrarse por la injerencia de agentes externos organizados en los asuntos internos de una serie de Estados o cuerpos políticos. Y ello pese a que la tradición republicana siempre postuló que la independencia o soberanía de una nación es una condición de posibilidad irrenunciable para garantizar cualquier libertad individual.

Esta orientación de Viroli se trasluce también en el capítulo IV dedicado a las semejanzas y diferencias entre republicanismo, liberalismo y comunitarismo. Allí, se expresa que una sociedad republicana tendría que fundarse en una cultura de la ciudadanía asumida por la mayoría de hombres y mujeres, los cuales se verían inclinados a tratar a todos sus conciudadanos con respeto y a no permitir la existencia de relaciones interpersonales marcadas por la arbitrariedad y la discrecionalidad. En otras palabras, la expansión de la libertad en un sentido republicano traería como consecuencia, por ejemplo,

que haya cada vez más mujeres y más hombres que no dependan del juicio arbitrario de los demás para emprender una carrera tanto en el sector público como en el privado; que haya cada vez menos ciudadanos que se sientan indefensos frente a la autoridad pública y a la burocracia; que haya cada vez menos ciudadanos que se sientan indefensos frente a la autoridad pública y a la burocracia; que haya cada vez menos ciudadanos obligados al silencio y a la pasividad, porque se suele considerar inferior su grupo social, cultural o étnico, así como de poco valor su historia; que haya cada vez menos ciudadanos discriminados o tratados con arrogancia o suficiencia en el puesto de trabajo, o que están marginados, o automarginados, en el interior de la vida doméstica (2014, p. 102).

A lo largo de *Republicanism* Viroli, entonces, se restringe a reivindicar la teoría republicana de la libertad únicamente resaltando la dimensión de esta relacionada con la libertad de los individuos frente a la dominación, la arbitrariedad y la discrecionalidad. Precisamente, él está convencido de la superioridad del republicanismo frente al liberalismo hegemónico porque mientras que este establece las interferencias directas y manifiestas contra los individuos como indicadores de que carecemos de libertad, aquel

concibe que la ausencia de libertad puede darse simplemente por el hecho mismo de que exista un poder arbitrario con posibilidades de dominar de manera impune a tales individuos. Desde este punto de vista, la problemática de la libertad individual sería abordada con más profundidad por la tradición republicana (2014, p. 104).

Esta actualización del republicanismo como teoría política centrada en la libertad de los individuos también se hace patente en otros escritos políticos de Viroli. Así, en *Diálogo en torno a la república*, afirma que la principal amenaza para la supervivencia de las repúblicas democráticas siempre han sido las facciones que pueden formarse dentro de ellas. De esta manera, vuelve a otorgarle una enorme preponderancia a los posibles escenarios de dominación interna, tales como los que pueden generar agrupaciones de individuos que guardan fidelidad a un jefe o caudillo con el único objetivo de obtener beneficios y prerrogativas (2002, p. 79).

En otro momento de este escrito, Norberto Bobbio le señala que el concepto de independencia puede ligarse con los Estados, no tanto con los individuos, ya que el mismo ha servido, por lo común, para aludir a la soberanía que aquellos requieren poseer. A pesar de que en este punto Viroli tuvo la oportunidad de resaltar que, en efecto, la tradición republicana también reivindicó la independencia de los Estados frente a todo dominio externo, motivo por el cual no sería incorrecto hablar en tales términos para analizar la circunstancia geopolítica presente, prefiere insistir en el uso exclusivo de los conceptos de independencia, soberanía o libertad como ausencia de dominación para tratar las posibilidades de los individuos dentro de una comunidad política:

Creo que la dependencia o independencia (piensa en los ejemplos del esclavo, de la esposa o del súbdito de un soberano absoluto) se refieren a una condición jurídica, social o política, mientras que la autonomía remite a la voluntad o, si queremos emplear un término anticuado, al ánimo o al espíritu, y describe la capacidad de gobernarse, de regirse por sí mismo (2002, p. 32).

Cuando busca trazar los nexos entre independencia y autonomía mantiene la orientación ya señalada al expresar que «la persona que vive en situación de independencia jurídica (no es esclava ni sierva), política (no es súbdita de un soberano absoluto o de un déspota) y social (no debe su sustento o bienestar a los demás), es a menudo una persona autónoma» (2002, p. 33).

Sobre la base de lo expuesto hasta aquí, alguien podría preguntarse lo siguiente a manera de posible refutación de la anterior interpretación, ¿acaso su defensa de un patriotismo republicano no supone que Viroli se encuentra profundamente preocupado por aquella forma de dominación que pueden sufrir los Estados como consecuencia de la intervención de agentes externos? ¿No es evidente que este amor hacia la patria explorado en sus principales escritos permite la reivindicación de la dimensión de la libertad republicana relacionada con la soberanía o independencia de las comunidades políticas dentro de la escena internacional? La respuesta es que no. También en su concepción de un patriotismo republicano se trasluce que su única preocupación es por los asuntos que acontecen dentro de la comunidad política. Por eso, cuando se detiene a definir lo que para él es el verdadero amor por la patria, expresa que no es otra cosa que el amor por las leyes e instituciones que proporcionan libertad para todos; una forma de amor que, ante todo, tiene su expresión en la defensa que podemos hacer de nuestras libertades frente a los déspotas que tienen como objetivo ejercer un dominio sobre nosotros a través de la manipulación de las distintas esferas del poder político. Esta perspectiva lleva a Viroli a considerar que los verdaderos enemigos del patriotismo son la tiranía y la corrupción que carcomen la organización política de toda comunidad, tal y como plantea en *Por amor a la patria* (2019). Es decir, los enemigos de la patria siempre son, desde el punto de vista del autor italiano, agentes internos que actúan a partir de intereses particulares contrarios al bien común. En este sentido, además de concentrarse en la figura del déspota, suele referirse a la influencia de los poderosos que en torno a sí mismos constituyen facciones. Como puede verse, aunque Viroli ostenta el mérito de haber reivindicado la esfera patriótica de la tradición republicana (la cual fue prácticamente olvidada por neorrepblicanos como Skinner y Pettit), esto no termina sirviéndole como base para recuperar también la dimensión de la libertad republicana vinculada con la soberanía o independencia de los Estados, un aspecto bastante destacado por los principales representantes del republicanismo tradicional.

Algo que llama la atención es que, a pesar de este no abordaje del problema de la dominación externa en su actualización de la teoría republicana de la libertad, cuando Viroli explora las ideas de escritores republicanos como Cicerón, Séneca, Maquiavelo y Rousseau, refiere que a cada uno de estos les resultó imprescindible que sus comunidades posean soberanía o independencia en el marco de las relaciones internacionales. Por ejemplo, en *Republicanism* recuerda que aquellos siempre hicieron énfasis en que toda



república «debe protegerse de los agresores externos que quieren quitarle la independencia, así como de los arrogantes que quieren imponer su propia voluntad por encima de las leyes y convertir, de esa manera, a los ciudadanos en súbditos» (2014, pp. 54-55).

Al revisar el aporte tanto de las repúblicas italianas como de sus intelectuales, vuelve a destacar la dimensión de la libertad republicana señalada anteriormente, pues considera que estos

legaron importantes principios teóricos<sup>58</sup> como, por ejemplo, el concepto de república independiente. Los juristas y los filósofos políticos italianos del siglo XIV reelaboraron el concepto clásico de libertad en el principio según el cual una ciudad es libre cuando no depende de la voluntad del emperador; no tiene que recibir de él sus estatutos y sus leyes o la aprobación de los mismos (2014, p. 68).

En conclusión, siguiendo una orientación similar a la de Skinner y Pettit, Viroli establece en sus estudios históricos que la libertad republicana tiene dos dimensiones: una interna y otra externa. No obstante, al momento de concebir los alcances de la libertad como ausencia de dominación de los republicanos para las sociedades democráticas contemporáneas, únicamente recupera la dimensión de aquella relacionada con las libertades individuales que se pueden poseer dentro de la comunidad política. Así, por ejemplo, en los pocos pasajes de *Republicanism* en los que reflexiona acerca del escenario internacional en el están inmersos los Estados nacionales contemporáneos, se restringe a mencionar, en primer lugar, la necesidad de crear instituciones supranacionales para que se encarguen de castigar —de la mano de las instituciones públicas nacionales— distintos tipos de delitos dentro de los límites jurídicos (2014, p. 137). En segundo lugar, alude a la importancia que tendría el hecho de que los distintos Estados europeos constituyan «una política común para la paz y la seguridad, que se proponga proteger los ciudadanos europeos no solo de los ataques externos, sino también del terrorismo y de la criminalidad organizada» (2014, pp. 143-144). Como en el caso del neorepublicanismo de Pettit, en ningún momento se encuentra en el de Viroli un comentario acerca del posible poder arbitrario, discrecional y dominante que pueden llegar a ejercer los distintos organismos y entidades supranacionales existentes, los cuales

---

<sup>58</sup> En líneas generales, son tres los principios que se consolidan en las repúblicas italianas: dignidad civil, república independiente, constitución democrática. Posteriormente, Maquiavelo y otros teóricos agregaron el principio del gobierno mixto como parte de la tradición republicana (2014, p. 68).

no necesariamente actúan dentro de los límites jurídicos o de la imparcialidad política, sino más bien a partir de una consideración de intereses facciosos o banderizos de ciertos sectores económicos, políticos y sociales.

En efecto, la soberanía, independencia o libertad de los Estados frente a la dominación externa no es abordada por la teoría republicana de la libertad concebida por el autor italiano. Y esto acontece, en gran medida, porque la excesiva preocupación no solamente de Viroli sino también de los otros neorrepublicanos estudiados por diferenciar la teoría republicana de la teoría liberal les ha llevado a circunscribir el problema de la libertad al ámbito de la libertad de los individuos, principal preocupación de los escritores representativos de esta última tradición ideológico-política. Sin embargo, ya se ha podido notar que el discurso republicano no se agota en la reflexión acerca de la libertad del individuo, ya que también encarna un interesante instrumento para pensar la libertad, soberanía o independencia de las comunidades políticas. Así, en tanto que Viroli solamente reivindica una de las dos dimensiones de la libertad republicana, puede decirse que su neorrepublicanismo representa una versión empobrecida con respecto a aquel.

# **CAPÍTULO III:**

## **LA LIBERTAD REPUBLICANA FRENTE A**

### **LA DOMINACIÓN EXTERNA:**

#### **SOBERANÍA O INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS EN EL**

#### **CONTEXTO INTERNACIONAL DEL SIGLO XXI**

#### **3.1. La otra dimensión de la libertad republicana: La independencia o soberanía de los Estados en los escritos republicanos del pasado**

Como se ha sostenido a lo largo de los dos capítulos anteriores, los representantes más importantes de la tradición política republicana entendieron en dos sentidos la dominación. En primera instancia, argumentaron que esta se manifiesta cuando acontece que los individuos que conforman una sociedad política se encuentran al arbitrio o discreción de un agente interno, el cual suele ser un tirano, una oligarquía o una facción. Podría decirse, entonces, que en este caso la dominación proviene de las entrañas mismas del cuerpo político ya que ha ocurrido que (yendo en contra de las leyes e instituciones cuyo objetivo debe ser la protección de las libertades) un individuo o un grupo de individuos han logrado concentrar un margen bastante amplio de poder desde el cual les resulta posible dominar. Por supuesto, no hay que olvidar que, desde el punto de vista de los republicanos, una vida individual marcada por la dominación, la dependencia, la arbitrariedad y el miedo también puede tener su origen en otro tipo de relaciones, tales como las que pueden protagonizar hombres y mujeres; maestros y alumnos; padres e hijos; empleadores y empleados.

La segunda forma de concebir la dominación por parte de los escritores republicanos no está directamente relacionada con el sometimiento y la dependencia que pueden llegar a sufrir los individuos dentro de las fronteras de su comunidad política. Más bien, aquella representa una dominación cuyo origen es externo. En efecto, la tradición republicana también enfatizó que la totalidad de un Estado puede estar dominada por un agente exterior, el cual suele ser otro Estado. De esta manera, así como unos individuos pueden encontrarse dominados por otros individuos, naciones enteras pueden estar al

arbitrio o discreción de otras, lejos de la independencia que siempre se requiere para organizar los asuntos internos en los ámbitos político, social y económico. Por todo lo anterior, republicanos como Maquiavelo, Rousseau y Hamilton han señalado en sus distintos escritos que la libertad como ausencia de dominación también debe entenderse como aquel amplio margen de soberanía política que todo Estado tiene que ostentar frente a posibles intentos externos de dominarlo, ya que solamente de esta forma es que resulta factible garantizar el bien común y una vida digna dentro de las fronteras nacionales. Es en estos términos que debe entenderse, entonces, la dimensión soberanista, independentista y patriótica que ha sido medular en la tradición republicana desde antiguo.

Si bien los republicanos más representativos fueron plenamente conscientes de que toda comunidad política requiere ser libre frente a todo dominio interno y frente a todo dominio externo, es cierto que en sus distintos escritos políticos unos manifiestan una preocupación especial por la libertad de los ciudadanos frente a las actitudes o decisiones tiránicas de otros individuos, mientras que otros hacen lo propio con respecto a la soberanía o independencia de los Estados frente a las pretensiones imperiales de otros cuerpos políticos organizados. Así, siendo sumamente esquemáticos, cabe referir que Cicerón, Séneca, Milton, Sidney y Harrington (debido a que sus naciones gozaban de una posición dominante e incluso imperialista en el escenario internacional y a que ellos como particulares vivieron bajo gobiernos monárquicos o principescos) le prestaron más atención al peligro de la tiranía dentro de las fronteras de sus respectivas comunidades. En cambio, republicanos como Dante, Marsilio, Bartolo, Salutati, Bruni, Guicciardini, Maquiavelo, De la Veracruz, De Las Casas, Hamilton y Vidaurre<sup>59</sup> (evidentemente por la frágil situación en la que estaban sus respectivos Estados desde un punto de vista geopolítico), se concentraron más en la lucha que tenía que emprenderse contra la dominación extranjera.

Como se recordará, el principal objetivo del capítulo anterior fue el de demostrar que en las propuestas normativas neorrepublicanas de Skinner, Pettit y Viroli no se plantea la necesidad de actualizar o revitalizar la dimensión soberanista o independentista de la tradición republicana. Y ello pese a que la escena geopolítica de las dos primeras

---

<sup>59</sup> Un interesante abordaje del discurso republicano presente en los escritos políticos de Manuel Lorenzo de Vidaurre puede encontrarse en la tesis doctoral de Alan Pisconte Quispe, cuyo título es «República, cuerpo y nación. Discurso republicano y liberalismo en la obra escrita de Manuel Lorenzo de Vidaurre y Encalada (1773-1841) y José María Luis Mora (1794-1850) (UNAM, México).

décadas del siglo XXI continúa interpelándonos para que reflexionemos de manera profunda acerca de las pretensiones dominantes, imperiales y colonialistas que subyacen a las relaciones internacionales. Con la finalidad de tener un fundamento teórico desde el cual resulte posible abordar en la línea del republicanismo la problemática contemporánea de la dominación de origen externo que padecen, sobre todo, los Estados periféricos, en este primer subcapítulo se expondrá no solamente cómo es que los más destacados escritores republicanos dieron centralidad a dicha cuestión, sino también cómo es que desarrollaron alternativas para solucionarla.

Un posicionamiento republicano de carácter soberanista o independentista puede identificarse en las ideas políticas de Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca y otros autores greco-latinos debido a que estos se preocuparon por tener comunidades autárquicas frente a los enemigos extranjeros. Sin embargo, fue sin duda en el contexto italiano de los siglos XIII y XIV en donde la lucha contra todo dominio exterior adquirió una posición central en los planteamientos republicanos.

Como se ha explicado en el segundo capítulo, tanto en el Duecento como en el Trecento, la búsqueda de independencia o soberanía para los cuerpos políticos adquirió dos sentidos entre los escritores de orientación republicana. Por un lado, estuvieron aquellos que vieron en el príncipe del Sacro Imperio Romano una amenaza para sus respectivas ciudades-Estado y, por otro lado, aquellos según los cuales el agente externo más peligroso era el Papa como cabeza de una Iglesia con pretensiones cada vez más temporales y menos espirituales. Representante del primer grupo de pensadores e intelectuales fue el jurisconsulto Bartolo de Sassoferrato, quien estableció una ruptura con la metodología literal del derecho romano y planteó la necesidad de fundamentar *de iure* las libertades de unas ciudades italianas que solamente gozaban de dicho estatus *de facto*. En palabras de Skinner, este jurisconsulto estaba convencido de que «siendo las ciudades gobernadas por “pueblos libres” que ejercen su propio *Imperium*, entonces puede decirse, en realidad, que constituyen *sibi princeps*, un *princeps* en sí mismas»; de esta manera, solamente hacía falta dar un paso más para «generalizar esta doctrina de las ciudades italianas a los reinos del norte de Europa, y llegar así a la idea de que el *Rex in regno suo est Imperator*: que cada rey dentro de su propio reino es equivalente en autoridad al emperador» (2013, p. 30). En el caso de los críticos de la influencia cada vez más poderosa del poder eclesiástico sobre las ciudades italianas, pueden contarse a Dante Alighieri, quien apuesta por una soberanía política que descansa sobre hombros de un emperador cuyo objetivo primordial sea el bien común y la felicidad de los individuos, y

a Marsilio de Padua, según el cual la soberanía no debía ser ostentada ni por el Papa ni por el emperador, sino por las autoridades seculares de cada uno de los reinos y ciudades-república, ya que esta es la única manera de evitar el establecimiento de un poder externo de carácter arbitrario o discrecional.

Posteriormente, la preocupación republicana por la independencia o soberanía frente al dominio extranjero echó fuertes raíces en Florencia. Prueba de ello son los escritos de florentinos como Salutati, Bruni, Vergerio y Bracciolini, intelectuales a los que se suele agrupar dentro de la denominación de humanistas cívicos del *quattrocento*. Por ejemplo, en su *Elogio de Florencia*, Bruni reflexiona en reiteradas ocasiones acerca de la necesidad de que cada ciudadano lleva armas con el fin de estar listo en todo momento para luchar por la libertad de su patria. Asimismo, también incluye el relato de una victoria de la república de Florencia sobre Volterra, lo cual le sirve de acicate para alabar a sus ciudadanos por haber «actuado por sí mismos sin ayuda de auxiliares extranjeros, luchando solos y conteniendo tanto como es posible por la gloria y la dignidad» (1968, p. 255). En efecto, la solución formulada por Bruni y los otros humanistas cívicos para el problema de la dominación extranjera fue la de establecer una milicia armada e independiente conformada por ciudadanos que tengan como objetivo principal luchar por la paz y la libertad de su nación, no por dinero, tal y como lo hacían los mercenarios.

En la misma línea se encontraba Salutati, quien en su respuesta a la declaración de guerra de Giangaleazzo manifestó lo siguiente:

[...] ahora tomaremos las armas para la defensa de nuestra propia libertad, así como la libertad de otros, a los que habéis gravemente oprimido con el yugo de vuestra tiranía, con la esperanza de que la justicia eterna de la Divina Majestad guardará nuestra libertad y notará la miseria de la Lombardía, no prefiriendo la ambición de un solo mortal a la libertad de tantos pueblos (1723-1751, col. 817).

Salutati presenta a Florencia como una guardiana de su propia libertad y de la de otros pueblos frente a pretensiones imperiales o tiránicas, un tópico sobre el cual vuelve Bruni cuando señala que «nuestros ciudadanos se complacen mucho en la libertad de todos los pueblos y son, así, enemigos absolutos de todos los tiranos» (1968, p. 245). Por este motivo, aduce, los florentinos no rehuyeron la responsabilidad de encabezar la defensa de la soberanía de otras ciudades italianas frente a la ambición desmedida de

Giangaleazzo, a quien finalmente lograron derrotar, evitando así la esclavitud de toda Italia.

Como se ha detallado anteriormente, durante el siglo que siguió a la Paz de Lodi los ideales cívico-republicanos fueron abandonados por los representantes más destacados de la intelectualidad italiana; y ello como consecuencia de la consolidación de los gobiernos principescos o despóticos en la mayoría de ciudades. Recién hacia la segunda mitad del siglo XVI se vivió un resurgimiento del republicanismo en el ámbito intelectual, a pesar de que la situación de las ciudades no había cambiado sustancialmente. Entre los más destacados republicanos de esta nueva generación, cuya influencia principal fue el humanismo cívico que habían encabezado Salutati y Bruni, pueden contarse a Patrizi, Rinuccini, Acciaiuoli, Brucioli, Guicciardini, Giannotti y Maquiavelo. Y, por supuesto, cada uno de estos republicanos sostuvo en sus escritos políticos que la libertad puede ser entendida como autogobierno frente al dominio interno y como independencia frente al dominio externo. Así, Tudela-Fournet, por ejemplo, expresa lo siguiente acerca de la obra política del secretario florentino:

[...] Maquiavelo describe dos grandes tipos de causas por las cuales puede una comunidad política perder su libertad y caer en esclavitud: bien por causas externas o bien por causas internas. Las causas externas son todas aquellas que someten a la comunidad a la voluntad y al dominio de otra comunidad diferente o de un príncipe particular. Se refiere con ello a la derrota militar y a la conquista. Las causas internas, sin embargo, son todas aquellas que corrompen el cuerpo político, y son a las que dedica una atención pormenorizada. En otras palabras, para Maquiavelo, la libertad se pierde si se pierde la independencia, si se pierde el autogobierno o si se pierden las dos al mismo tiempo (2015, p. 250).

Efectivamente, el propio Maquiavelo arguye en *El príncipe* que un gobernante «ha de abrigar dos temores: uno interior, de sus súbditos; otro exterior, de los poderosos príncipes extranjeros. De este último temor se defiende con buenas armas y buenos amigos; y siempre que esté bien armado tendrá buenos amigos» (2015, p. 179). Incluso, teniendo en consideración el problema central que está abordando la presente investigación, cabe resaltar que en distintos momentos de sus escritos políticos el florentino se inclina por establecer que todos los gobernantes deben preocuparse más del dominio exterior que del interior, ya que

siempre que las cosas de fuera estén tranquilas estarán tranquilas las del interior, a menos que se vean perturbadas por una conjura; y aun cuando los asuntos externos se agitaran, si el príncipe se ha organizado y ha vivido como he dicho, si

no pierde la cabeza, podrá aguantar cualquier ataque, tal como dije que hizo el espartano Nabis. Y en cuanto a los súbditos, mientras las cosas en el exterior no se muevan, solo hay que temer que no se conjuren secretamente; de lo que el príncipe puede guardarse muy bien, evitando ser odiado o despreciado y manteniendo al pueblo satisfecho con él (2015, p. 179-181).

Maquiavelo destacó la importancia de que las naciones o países tengan independencia o soberanía política, por un lado, porque se percató de las distintas consecuencias negativas que estaban sufriendo Florencia y otras ciudades italianas por su posición sumamente precaria e inestable en el escenario internacional. Y, por otra parte, también a causa de que sus estudios de la historia de Roma le habían revelado cómo es imposible para los pueblos alcanzar una vida próspera y digna estando bajo el yugo de otras naciones. Entonces, de nada servía organizar de manera libre y justa los asuntos internos de Italia si es que esta permanecía al arbitrio o discreción de agentes extranjeros con pretensiones imperiales y colonizadoras, tales como la Iglesia y el Sacro Imperio Romano<sup>60</sup>.

Ahora bien, ¿qué propone Maquiavelo, de manera precisa, para establecer la soberanía o independencia política de un Estado frente a amenazas extranjeras? Son varias las alternativas que plantea acerca del particular, pero, sin duda, la más relevante es la que se refiere a la necesidad de que toda nación tenga su propia milicia con la finalidad de que esta se encargue de defender sus fronteras por un amor patriótico y no por intereses económicos. Como puede adivinarse, cuando Maquiavelo asume esta posición está pensando en el hecho de que las ciudades italianas carecen de dicha milicia nacional, motivo por el cual se encuentran a merced de la voluntad de las tropas mercenarias; y si un gobernante funda la estabilidad y la paz de su Estado en estas,

[...] jamás estará tranquilo y seguro; porque son desunidas, ambiciosas, indisciplinadas, desleales, gallardas entre los amigos y entre los enemigos viles; ni temerosas de Dios ni leales con los hombres; y con ellas se retrasa la derrota en la medida en que se difiere el ataque; en la paz te despojan ellas y en la guerra el enemigo. Y todo eso porque no tienen otro interés ni otra razón que las mantenga en el campo de batalla que un escaso estipendio, que no basta para que quieran morir por ti (2015, 113-115).

---

<sup>60</sup> Los ciudadanos florentinos eran plenamente conscientes de ello, llegando a representar dicha convicción política incluso por medio de las obras de arte. Por mencionar el caso más emblemático, el David de Miguel Ángel encarnó en este contexto la lucha de una ciudad débil como Florencia contra el dominio extranjero. Este es el motivo por el cual la famosa escultura del artista fue ubicada delante del Palacio de la Signoria en 1504.



Siguiendo esta misma línea, Maquiavelo inclusive llega a sostener que la causa principal de la ruina de la Italia de su tiempo es, precisamente, la dependencia que tiene con respecto a las armas mercenarias, las cuales tuvieron cierta utilidad en otras circunstancias, pero no cuando se encontraron frente a un poder extranjero como el de Carlos VIII, pues en este caso aconteció que renunciaron cobardemente a la defensa de las ciudades italianas:

Concluyo, pues, que sin tener ejércitos propios ningún principado está seguro; más aún, está a merced de la fortuna, al no tener virtud que con fe lo defienda en las adversidades. Y fue siempre opinión y sentencia de los sabios «quod nihil sit tam infirmum aut instabile quam fama potentiae non sua vi nixa». Y los ejércitos propios son aquellos que están compuestos o por súbditos o por ciudadanos o por criaturas tuyas: los demás son mercenarios o auxiliares (2015, p. 135).

Esta centralidad de la libertad concebida como independencia o soberanía del Estado se trasluce también en el último capítulo de *El príncipe*, en donde con un tono profundamente retórico y poético (y por lo tanto distinto al que había adoptado hasta ese momento) Maquiavelo busca persuadir a Lorenzo II de Médici (a quien dedica su famoso opúsculo) para que asuma la gran empresa de liberar a Italia del dominio extranjero de los bárbaros a través de la unificación de sus territorios:

No debemos, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, encuentre un redentor. No puedo expresar con qué amor sería recibido en todas aquellas provincias que han sufrido a causa de estos aluviones extranjeros; con qué sed de venganza, con qué obstinada lealtad, con qué devoción, con cuántas lágrimas. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos le negarían obediencia? ¿Qué envidia se le opondría? ¿Qué italiano le negaría su homenaje? A todos asquea este bárbaro dominio. Tome, pues, la ilustre casa vuestra este asunto con aquel ánimo y con aquella esperanza con que se hacen propias las causas justas; para que, bajo su enseña, esta patria se ennoblezca y bajo sus auspicios se hagan realidad las palabras de Petrarca (2015, p.265).

Teniendo en cuenta lo anterior, es patente que Maquiavelo reflexiona acerca de la necesidad de emprender una lucha contra dominación extranjera desde el punto de vista de una nación debilitada y desintegrada en tanto que inexistente como cuerpo político o Estado. Así, su invocación a la guerra es, sobre todo, una invocación defensiva, no de carácter imperialista o colonizador.

Otro escrito político en donde el autor italiano vuelve a enfatizar en la relevancia de la dimensión de la libertad republicana vinculada con la soberanía o independencia de

los Estados es *Sobre el arte de la guerra*. Allí, partiendo de una valoración de las instituciones militares de las civilizaciones de la antigüedad, sostiene una vez más que resulta clave organizar la defensa de las fronteras nacionales sobre la base de milicias, no de mercenarios:

En cuanto a que esta organización de la milicia facilite a su jefe usurpar el poder, respondo que los ciudadanos o súbditos, al empuñar las armas por virtud de las leyes y de la constitución, jamás causan daño, y siempre serán útiles, conservándose los Estados mayor tiempo con ejércitos de esta clase que sin ellos. Con sus ciudadanos armados vivió libre Roma durante cuatrocientos años, y Esparta ochocientos. Muchos otros Estados, que los tenían sin armas, apenas han durado cuarenta años. Las naciones necesitan ejércitos, y cuando no los tienen propios, toman a sueldo los extranjeros, los cuales, mucho más pronto que los propios, perjudican al bien público, por corromperse más fácilmente, por estar más dispuestos a apoyar la ambición de un ciudadano poderoso y por ser materia a propósito cuando se trata de oprimir a hombres desarmados. Además, el peligro es mayor en los Estados con dos enemigos que con uno, y los que se valen de ejércitos extranjeros temen a la vez a los extranjeros tomados a sueldo y a los ciudadanos, como lo prueba lo antes dicho de Francisco Sforza; mientras los que tienen ejércitos propios solo temen a los ciudadanos (1965, p. 566).

De hecho, a diferencia de *El Príncipe*, en *Sobre el arte de la guerra* se lleva a cabo un análisis bastante más profundo y pormenorizado acerca del fenómeno bélico, detallándose principalmente una serie de aspectos relacionados con las tácticas, costumbres y normas que requieren asimilar los milicianos para luchar con amor y eficacia por la patria frente a cualquier invasión extranjera.

Por último, cabe señalar que en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* también es patente esta vocación soberanista o independentista por parte del republicanismo de Maquiavelo. Así, en varios momentos se hace mención allí al hecho de que existen dos formas de perder la libertad: aquella que se produce por el interés privado de un agente que se encuentra dentro del Estado y aquella que acontece por las ambiciones de un agente externo al cuerpo político (1965). Asimismo, se alaba la importancia que otorgaron los romanos a las milicias con miras a mantener su autonomía frente a otros pueblos, pero al mismo tiempo se valora el hecho de que varios de los enemigos de Roma hayan sido también tenaces defensores de sus fronteras:

Los mayores obstáculos para los romanos al conquistar los pueblos inmediatos a ellos y algunos de las provincias lejanas, nacían del amor que en aquel tiempo tenían muchos de estos a su independencia, tan obstinadamente defendida, que era preciso grandísimo valor para sojuzgarlos, Repetidos ejemplos hay de los peligros

a que se exponían por conservar o recuperar su libertad y de las venganzas contra los que les privaban de ella. También enseña la historia los daños que a una ciudad o a un pueblo causa la servidumbre (1965, p. 213).

Después de Maquiavelo, Jean-Jacques Rousseau fue otro destacado representante de la tradición republicana que abordó el problema de la dominación haciendo énfasis en la enorme importancia que tiene el hecho de que los Estados gocen de soberanía para organizar sus asuntos políticos, sociales y económicos. Efectivamente, contra lo que suele asumirse, en *El contrato social* no solamente desarrolló aquellos tópicos que podríamos relacionar con el ámbito de la libertad que posibilita de manera directa una vida no-dominada para los individuos dentro de la comunidad política, sino que en distintos capítulos de la referida obra hace frente a la cuestión de las relaciones de dominación que pueden tejerse entre Estados.

Como se recordará, *El contrato social* comienza denunciando que los hombres, a pesar de haber nacido libres, se encuentran encadenados en todas partes. Inmediatamente después, Rousseau refiere que una serie de intelectuales y políticos se han encargado de legitimar el dominio de unos hombres por otros:

El razonamiento de Calígula reaparece en el de Hobbes y Grocio. Antes que todos ellos, Aristóteles había dicho también que los hombres no son naturalmente iguales, sino que unos nacen para la esclavitud y otros para la dominación (2002, p 133).

Sin embargo, lo que realmente ocurre, según Rousseau, es que cuando los hombres caen en la esclavitud, pierden todo, incluso el deseo de liberarse de las cadenas de la dominación:

[...] aman su servidumbre como los compañeros de Ulises amaban su embrutecimiento. Es decir, si hay esclavos por naturaleza, es porque ha habido esclavos contra Naturaleza. La fuerza ha hecho los primeros esclavos, la cobardía de los mismos los ha perpetuado (2002, pp. 133-134).

Ahora bien, Rousseau señala que la esclavitud se manifiesta en la comunidad política de dos formas: a través de un agente interno (un tirano o déspota como Calígula teniendo bajo su yugo a unos súbditos) o a través de un agente externo (el Imperio Español

sometiendo a los nativos americanos o el Imperio de México dominando a los habitantes de Tlascala) (2002). Así, acerca de esta última dimensión de la libertad ligada con la soberanía o independencia de los Estados o cuerpos políticos, Rousseau se formula la siguiente pregunta: ¿Resulta legítimo sostener, tal y como lo habían hecho Grocio y Hobbes, que todo un pueblo puede enajenar su libertad y hacerse súbdito de un rey? La respuesta es que no, ya que no existen razones suficientes para que todo un pueblo dé o venda su libertad a alguien; lo que este podría ofrecer a cambio no puede ser ningún bien. Por el contrario, los déspotas que pasan a tener a su mando a un pueblo suelen esquilmar sus bienes y llevarlos a guerras innecesarias por pura ambición:

Decir que un hombre se da gratuitamente es decir una cosa inconcebible; acto tal es ilegítimo y nulo, simplemente porque el que lo realiza no está en su sano juicio. Decir lo mismo de todo un pueblo es suponer un pueblo de locos; la locura no hace derecho (2002, p. 136).

Esta enajenación voluntaria –cuyo carácter absurdo Rousseau cree haber aclarado– es la primera forma de concebir el origen del derecho a la esclavitud. La otra manera es la guerra. Según algunos intelectuales y juristas, en tanto que el vencedor posee el derecho a matar al vencido, este último puede comprar su vida a cambio de su libertad; un acuerdo completamente legítimo debido a que beneficia a ambas partes. Sin embargo, el autor ginebrino afirma que la guerra no otorga ningún derecho a matar y, por ende, tampoco puede ser fundamento de la esclavitud. Si no hay derecho a matar, simplemente no hay derecho a la conquista:

En cuanto al derecho de conquista, no tiene otro fundamento que la ley del más fuerte. Si la guerra no confiere al vencedor el derecho de matar a los pueblos vencidos, un derecho de que carece no puede servir de fundamento al de esclavizarlos. No se tiene el derecho de matar al enemigo más que cuando no se puede hacerle esclavo; luego el derecho de hacerle esclavo no viene del derecho de matarle. Es, pues, un cambio inicuo hacerle comprar con su libertad su vida, sobre la cual no se tiene ningún derecho. Fundando el derecho de vida y muerte en el derecho de esclavitud, y el derecho de esclavitud en el derecho de vida y muerte, ¿no resulta claro que se cae en un círculo vicioso?

Aun aceptando ese terrible derecho de matar, digo que un esclavo hecho en la guerra, o un pueblo conquistado no tiene ningún deber con respecto a su amo, fuera de obedecerle mientras se ve forzado a ello. Al tomar un equivalente de su vida, el vencedor no le ha hecho merced de la misma; en lugar de matarle sin fruto, le ha matado con utilidad. Lejos, pues, de adquirir sobre él ninguna autoridad además de la fuerza, el estado de guerra subsiste entre ellos como antes, su relación misma es el efecto de aquella, y el uso del derecho de la guerra no supone

ningún tratado de paz. Han hecho un convenio, sea, pero este convenio, lejos de destruir el estado de guerra, supone su continuidad (2002, pp. 138-139).

En suma, puede decirse que el derecho a la esclavitud es simplemente un absurdo, pues las palabras esclavitud y derecho son completamente contradictorias entre sí, se excluyen mutuamente. Sea en el caso de las relaciones entre hombres o en el caso de las relaciones entre Estados, siempre será ilógico e ilegítimo que de un lado se conceda o enajene todo, aceptando sin problemas los distintos perjuicios y males que esto acarrea.

En otro momento de *El contrato social*, Rousseau da cuenta de cómo existen Estados cuya constitución les obliga a conquistar tierras permanentemente. Una característica que, aunque celebrada en no pocas ocasiones, en realidad marca el camino hacia una inevitable caída. De esto se puede colegir, pues, que no estaba de acuerdo con que los Estados tengan un marcado afán expansionista como consecuencia de que esto solía poner en peligro la independencia de aquellos. Y ello porque depender del éxito en el exterior frente a otras naciones o pueblos aleja de la autonomía a una comunidad política. Solía decir que más cabe esperar de un buen gobierno basado en una constitución sana y fuerte. En consonancia con lo anterior, plantea lo siguiente:

¿Cuál es la finalidad de la asociación política? La conservación y la prosperidad de sus miembros. ¿Y cuál es la señal más segura de que se conservan y prosperan? Su número y su población. No vayáis, pues, a buscar en otro sitio ese signo tan discutido. En igualdad de condiciones, el gobierno bajo el cual, sin medios ajenos, sin naturalizaciones, sin colonias, los ciudadanos pueblan y se multiplican más, es infaliblemente el mejor; aquel gobierno bajo el cual un pueblo disminuye y decae, es el peor (2002, p. 201)<sup>61</sup>.

Esta preocupación de Rousseau por la dimensión de la libertad republicana vinculada con la independencia o no-dominación frente a un enemigo exterior también se hace patente cuando brinda una respuesta para la siguiente pregunta: ¿Qué tipo de pueblo

---

<sup>61</sup> Otro pasaje en donde es clara su actitud crítica frente a la conquista de territorios de ciertos imperios es el siguiente: *En general, para autorizar en un terreno cualquiera el derecho del primer ocupante, se requieren las condiciones siguientes: primero, que ese terreno no esté aún habitado por nadie; segundo, que solo se ocupe de él la cantidad que necesita para subsistir; tercero, que se tome posesión de él, no con una vana ceremonia, sino con el trabajo y el cultivo, único signo de propiedad que, a falta de títulos jurídicos, debe ser respetado por otro. En efecto, reconocer a la necesidad y al trabajo el derecho del primer ocupante, ¿no es extenderlo cuanto es posible? ¿Es posible no poner límites a este derecho? ¿Bastará poner el pie en un terreno común para pretender ser inmediatamente dueño del mismo? [...] ¿Cómo un hombre o un pueblo pueden apoderarse de un territorio inmenso y privar del mismo a todo el género humano si no es por una usurpación punible, puesto que priva al resto de los hombres del sitio y de los alimentos que la Naturaleza les da en común? Cuando Nuñez de Balboa tomaba desde la costa posesión del mar del Sur y de toda la América meridional en nombre de la corona de Castilla, ¿era esto bastante para desposeer a todos los habitantes y para excluir a todos los príncipes del mundo?* (2002, p. 147).

puede ser legislado sin problemas? Él responde que uno en donde ya existan vínculos por origen, por interés o por convenio, uno que no esté demasiado influido por las supersticiones y uno que no tema

ser dominado por una invasión súbita y, sin entrar en querella con sus vecinos, pued(a) resistir solo a cada uno de ellos o ayudarse de uno para rechazar a otro [...] el que pued(a) pasar sin los otros pueblos y sin el que pued(a)n pasar todos los demás pueblos; el que no es ni rico ni pobre y pued(a) bastarse a sí mismo (2002, p. 172).

Como puede notarse, Rousseau entiende que es de suma importancia que un Estado no se encuentre a discreción o arbitrio de otros cuerpos políticos, ya que de esta manera perdería por completo su libertad. Así como en el *Discurso sobre la desigualdad entre los hombres* (2002, pp. 9-10) arguye que un hombre libre es aquel que se basta a sí mismo y que, por ende, no se ve en la necesidad de delegar en otros las funciones que a él le corresponde cumplir, dirá en *El contrato social* que un Estado libre es aquel que se basta a sí mismo, no requiriendo de otro Estado de manera sustancial:

Si de dos pueblos vecinos el uno no pudiera pasar sin el otro, sería esta una situación muy dura para el primero y muy peligrosa para el segundo. En tal caso, toda nación prudente se esforzará muy pronto en liberar al otro de esa dependencia. La república de Tlascala, enclavada en el imperio de Méjico, prefirió pasar sin sal antes que comprársela a los mejicanos, y antes incluso que aceptarla gratuitamente. Los prudentes tlascalenses vieron la trampa escondida bajo esta liberalidad. Siguiéron siendo libres, y este pequeño Estado, encerrado en aquel gran imperio, fue al fin el instrumento de su ruina (2002, p. 172).

A pesar de las reflexiones anteriores, debe recordarse que Rousseau es consciente de que en *El contrato social* no ha abordado de manera suficientemente profunda y amplia las relaciones entre los Estados o cuerpos políticos. Y ello debido a que las pretensiones de dicha obra fueron bastante menos audaces si se les compara con aquellas asociadas con su plan inicial de escribir una obra sistemática sobre política, tal y como recuerda en la advertencia que da inicio a *El contrato*. Por lo antes dicho, esta obra concluye de la siguiente manera:

Una vez expuestos los verdaderos principios del derecho político y procurando fundar el Estado sobre su base, tendríamos que referirnos a sus relaciones externas; lo cual comprendería el derecho de gentes, el comercio, el derecho de guerra y las conquistas, el derecho público, las ligas, las negociaciones, los

tratados, etcétera. Pero todo esto constituye un nuevo tema demasiado vasto para mis cortos alcances; hubiera debido limitar siempre mi objetivo a metas más próximas (2002, p. 252).

Otro hito de la tradición republicana es el representado por Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, autores de *El Federalista*. En efecto, si bien esta obra puede leerse, sobre todo, como un alegato de la Constitución surgida en 1787 en el contexto de la crisis y desorden generados tras la Independencia de los Estados Unidos de América, desde una perspectiva más amplia también puede interpretarse como una defensa de un gobierno republicano cuyas raíces más célebres podían ser rastreadas en civilizaciones como la griega, la romana, la italiana e incluso la inglesa. Debido a lo anterior, y de manera semejante a Platón, Aristóteles, Cicerón, Maquiavelo, Milton y Harrington, los llamados federalistas enarbolaron el gobierno de las leyes, el equilibrio de poderes, la promoción de las virtudes cívicas y la lucha contra las facciones. Y, por supuesto, estaban convencidos de que una organización política abocada al bien común debía tener como principal objetivo combatir todas las formas de dominación, dependencia y servilismo presentes en las relaciones interpersonales como consecuencia de la existencia de poderes arbitrarios o discrecionales dentro de la comunidad política.

Ahora bien, siguiendo la misma orientación que otros republicanos representativos, Hamilton, Madison y Jay no solamente señalaron como problema central la dominación generada por factores internos (un tirano, una oligarquía, etc.), sino que también fueron enfáticos al momento de dar cuenta de cómo la pérdida de libertad puede tener un origen externo cuando acontece que una nación domina a otra; es decir, la posibilidad de que el Estado termine perdiendo soberanía o independencia en el contexto internacional también debe ser motivo de preocupación desde el punto de vista de los federalistas. Incluso, cabría mencionar que debido a la peligrosa situación en la que se encontraban los Estados Unidos como consecuencia de las pretensiones imperialistas de Inglaterra y España tales intelectuales norteamericanos le prestaron más atención aún al tópico republicano de la independencia o soberanía del Estado.

Así, en las primeras páginas de *El Federalista*, se señala que entre todos los objetivos que un «pueblo ilustrado y libre» debe tener en cuenta, el que tiene que ocupar el primer lugar es su seguridad, la cual puede ser abordada o bien a propósito de «la conservación de la tranquilidad y de la paz y en conexión con los peligros provenientes

de las *armas e influencia extranjeras*» o bien con respecto a «las amenazas de *igual género* que surjan de causas domésticas» (2014, pp. 9-10).

En el siguiente pasaje Hamilton, Madison y Jay vuelven a distinguir entre una libertad frente a un dominio externo cuyo origen tiene relación, ante todo, con las guerras que pueden declararnos otros Estados y una libertad frente a un dominio interno cuyo vínculo hay que establecerlo con los conflictos que pueden ser ocasionados por la existencia de facciones:

He dedicado los tres últimos números de este periódico a enumerar los peligros a que nos expondrían, en el supuesto de encontrarnos desunidos, las intrigas y la hostilidad de las naciones extranjeras. Ahora describiré peligros de un género diferente, y tal vez más alarmantes: los que surgirían sin duda alguna de las disensiones entre los Estados mismos y de los bandos y tumultos domésticos (2014, pp. 18-19).

Dado que la presente investigación está dedicada a la libertad republicana concebida como independencia o soberanía de los Estados en el escenario internacional, resulta relevante desarrollar una respuesta para la siguiente pregunta: ¿qué medidas o estrategias recomendaron los federalistas para que la autarquía de los Estados Unidos de América fuese garantizada? Como una especie de punto de partida, establecen que las «causas justas de las guerras» pueden generarse de dos maneras: por las violaciones de los tratados internacionales o por la violencia directa de un Estado contra otro.

A propósito del primer factor, *El federalista* manifiesta que es fundamental que Estados Unidos respete el derecho internacional frente a las distintas potencias que podrían declararle la guerra. Y, por supuesto, agrega que una observancia estricta de estos acuerdos interestatales solamente puede ser posible si los Estados Unidos se constituyen como un gobierno nacional. Las razones que fundamentan esta opinión son las siguientes: una república federada 1) siempre tendrá magistrados del más alto nivel en tanto que escogerá sobre la base de un territorio más amplio, 2) los distintos tratados y el mismo derecho internacional serán interpretados por aquella siempre en un solo sentido y se cumplirán de la misma manera, a diferencia de lo que ocurriría de no existir una organización nacional, 3) aunque el partido de un Estado quiera apartarse de los acuerdos justos alcanzados, nunca esto tendrá una gran influencia como consecuencia de la existencia de dicho gobierno nacional y, por último, 4) hay que tener en consideración



que este siempre tendrá más poder o voluntad para castigar las desavenencias o insensateces.

Sobre el segundo factor a partir del cual se generan las guerras entre Estados, Hamilton, Madison y Jay señalan que una violencia directa o ilegal de un enemigo externo también puede ser evitada sobre la base de un gobierno nacional, porque los enfrentamientos tienen su origen, por lo común, en los intereses y pasiones de una o más partes, no en el todo:

Ni una sola guerra con los indios ha sido ocasionada por agresiones del actual gobierno federal, pese a sus debilidades; en cambio la conducta indebida de ciertos Estados ha provocado hostilidades con los indios en varias ocasiones, dando lugar, ya que los gobiernos no podían o querían castigar las ofensas, a la matanza de muchos habitantes inocentes (2014, p. 11).

De la misma forma que los hombres considerados aisladamente, los Estados independientes son orgullosos, en cambio todo gobierno nacional suele ser más frío y moderado, motivo por el cual podrá resolver con sensatez toda problemática en el exterior. Además, de acuerdo con *El federalista*, es importante tener presente que el poder tan vasto que posee un gobierno nacional genera que sus admisiones, explicaciones y compensaciones sean fácilmente aceptadas por otros países, a diferencia de lo que acontece con Estados dispersos o independientes cuya posición más debilitada hace que no gocen de una posición ventajosa al momento de llevar a cabo negociaciones internacionales (2014).

Así como hay que cuidarse de no ofrecer causas justas para que nos hagan la guerra, hay que saber cómo no invitar a la hostilidad y el insulto, ya que a veces son causas simuladas las que desencadenan un enfrentamiento. En efecto, aunque resulte una deshonra para el género humano, afirma *El federalista*, no cabe duda de que en muchas ocasiones las naciones emprenden guerras solo para sacar algún provecho, aunque astutamente revistan esto con apariencias y justificaciones:

Por eso (el pueblo de América) opina con gran prudencia que la unión y un buen gobierno nacional son necesarios para lograr y mantener *una situación* que en vez de *invitar* a la guerra, tienda a reprimirla y a disuadir de ella. Esa situación consiste en el mejor estado de defensa posible y depende forzosamente del gobierno, de las armas y de los recursos del país (2014, p.14).

Por mencionar algo central, un ejército nacional dirigido por un gobierno es más fuerte y disuasivo frente a posibles enemigos extranjeros que una serie de ejércitos divididos dependientes de cada uno de los Estados. Incluso, en el caso de que haya la posibilidad de organizar alianzas ofensivas y defensivas entre las confederaciones formadas, habría que tener en cuenta que estas serían prácticamente naciones diferentes, naciones diferentes que, por tanto, tendrían distintos objetivos, intereses y pretensiones. Dificilmente, pues, se podría organizar algo duradero y seguro entre ellas. Se hace indispensable, entonces, la organización de una república confederada.

Precisamente, a propósito de esta necesidad de establecer una sólida defensa militar frente a posibles ataques externos, *El federalista* señala que resultaría «impolítico» que, tal y como proponían algunos, se restrinja el libre arbitrio de la legislatura para crear organismos militares en tiempos de paz:

Aunque Europa y los Estados Unidos se hallan separados por un vasto océano, hay varias consideraciones que nos previenen contra un exceso de confianza o seguridad. A un lado nuestro, y extendiéndose hacia nuestra espalda, se encuentran progresivos establecimientos sujetos al dominio británico. Del otro lado, y extendiéndose hasta tocar las fundaciones inglesas, se hallan las colonias sometidas al dominio de España. Esta situación y la vecindad de las islas de las Indias Occidentales, que pertenecen a ambas potencias, crea entre ellas, respecto a sus posesiones americanas y en relación con nosotros, un interés común. Las tribus salvajes de nuestra frontera del oeste deben considerarse como nuestros enemigos naturales y sus naturales aliados, debido a que tienen más que temer de nosotros y más que esperar de ellas. Los adelantos en el arte de la navegación han convertido en mucha parte en vecinas a las naciones más distantes, si atendemos a la facilidad de las comunicaciones. La Gran Bretaña y España se cuentan entre las principales potencias marítimas de Europa. No debe juzgarse como improbable el que ambos países lleguen a un acuerdo por lo que hace a sus miras [...] Todas estas circunstancias unidas nos advierten que no debemos ser demasiado optimistas en cuanto a considerarnos completamente fuera del alcance del peligro (2014, pp. 98-99).

Como se ha podido desarrollar, la tradición política republicana acerca de la libertad ejerció un influjo decisivo en el proceso revolucionario que primero produjo y luego consolidó la independencia de los Estados Unidos de América frente al Imperio Británico. Y ello a pesar de que hasta hace unas décadas la mayoría de historiadores aceptaban la tesis de que había sido la tradición política liberal fundada en las ideas de John Locke la que había configurado ideológicamente la *Revolución Americana*. Una perspectiva historiográfica que, tal y como se ha detallado en apartados anteriores, fue

seriamente criticada no solamente por Pocock (*El momento maquiavélico*) y Skinner (*La libertad antes del liberalismo*), sino también por intelectuales norteamericanos como Bailyn (*Los orígenes ideológicos de la Revolución Americana*) y Wood (*La creación de la república americana*).

Ahora bien, partiendo de lo anterior, cabe preguntarse lo siguiente: ¿El proceso revolucionario cuyo objetivo fue la independencia de los países iberoamericanos frente al dominio imperial de España también tuvo sus raíces en la tradición republicana? Y si fuese efectivamente así, ¿es posible identificar entre los intelectuales y pensadores iberoamericanos un énfasis especial en la independencia o soberanía de los Estados en el escenario internacional?

Debe decirse, en principio, que no pocos estudiosos del pensamiento iberoamericano coinciden en señalar que este tiene entre sus características más destacadas el ser republicano y antiimperialista. Y, comúnmente, datan el surgimiento de esta orientación emancipadora en el siglo XVIII, cuando la Ilustración empezaba a echar raíces en esta parte del mundo. En esta línea se encuentra José Gaos, para quien el

movimiento iniciado en el siglo XVIII en España y América se presenta, pues, como un movimiento único de independencia espiritual y política, con respecto a una vieja Hispanoamérica imperial y de una plural Hispanoamérica nueva, con una constitutiva ideología ochonovecentista, democrática, liberal, republicana, antiimperialista (1990, p. 40)

El detalle es que, en lo que concierne a sus orígenes o fuentes, este republicanismo iberoamericano parece ser considerablemente más remoto. Tal y como plantea Ambrosio Velasco sobre la base de los estudios de Joaquín Xirau y Adolfo Sánchez Vázquez, al parecer esta tradición política emancipadora y antiimperialista puede ser remontada en el caso de España hasta las reformas políticas de Alfonso X el Sabio, mientras que en el caso de Hispanoamérica por lo menos hasta las ideas humanistas defendidas por una serie de intelectuales en el contexto del siglo XVI. En palabras del propio Velasco,

[...] este carácter republicano, antiimperialista y multiculturalista ha estado presente desde el inicio mismo de Hispanoamérica en confrontación agónica con otra tradición hispánica de carácter imperialista, absolutista y homogeneizante [...] Estas dos tradiciones, con matices y transformaciones, han estado en lucha desde el siglo XVI hasta nuestros días, pasando desde luego por la época de la Ilustración

borbónica del siglo XVIII, por las independencias latinoamericanas del siglo XIX, por los tiempos de la construcción de la República española (2009, p. 18).

De manera precisa, pueden rastrearse las fuentes del republicanismo hispanoamericano en la actitud adoptada por un grupo de humanistas (fundamentalmente conformado por frailes) frente al descubrimiento del Nuevo Mundo. Efectivamente, Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Alonso de la Veracruz y Bartolomé de Las Casas fueron representantes de una postura sobre la base de la cual se reconoció la plena racionalidad de los indígenas y, por ende, su capacidad para gobernarse a sí mismos de acuerdo con la Ley Natural, lejos de la influencia del Imperio español:

[...] el humanismo de la Escuela de Salamanca que desarrollan en América Bartolomé de Las Casas y Alonso de la Veracruz, es una nueva tradición, que ciertamente recoge conceptos religiosos, teológicos y antropológicos medievales referentes a una Iglesia sin rígidas jerarquías, basada en una hermandad de todos los cristianos, y asimismo defiende ideas y prácticas republicanas vigentes desde Alfonso X, pero también integra esta herencia medieval con una visión multiculturalista de respeto a la diversidad de civilizaciones que se pone de manifiesto con el “descubrimiento” del Nuevo Mundo. A todo ello hay que agregar la importancia de los estudios clásicos, principalmente de Aristóteles y de sus ideas republicanas. Se trata, pues, del surgimiento de una nueva tradición, cabalmente renacentista que desde un humanismo multiculturalista se propone impulsar nuevas repúblicas cristianas en el Nuevo Mundo, así como renovar a la Iglesia cristiana (2009, p.42).

Como también recuerda Ambrosio Velasco, lo anterior supone que este republicanismo hispanoamericano se constituye desde sus comienzos, ante todo, como una teoría acerca del origen y ejercicio legítimo de la soberanía; a diferencia del republicanismo italiano, cuyo rasgo distintivo es el haber representado una teoría sobre las formas de gobierno, en donde se opone la república a la monarquía<sup>62</sup>:

El republicanismo de la Escuela de Salamanca (Victoria, Soto, Suárez) y de sus expresiones en el Nuevo Mundo (De la Veracruz, Las Casas, Zapata y Sandoval) está basado en el pensamiento de Aristóteles y Santo Tomás, pero también recibe la influencia del movimiento comunero y su ideología republicana. Y al igual que

---

<sup>62</sup> «En el caso español, como posteriormente lo será en Rousseau y Kant, “República” se refiere a todo Estado cuya soberanía reside en el pueblo, independientemente de la forma de gobierno que adopte (democracia, aristocracia o monarquía). Consecuentemente, el republicanismo español y novohispano está más interesado en someter el poder soberano del rey al control popular que en impulsar alguna otra forma de gobierno» (Velasco, 2009, p. 54).

este movimiento se opuso al absolutismo del proyecto imperial de Carlos V en España, los humanistas salmantinos opusieron su republicanismo al absolutismo imperial de Carlos V en América. Con este propósito antiimperialista, Francisco de Vitoria y Domingo de Soto encaminaron sus cátedras en Salamanca a analizar el problema del dominio imperial en el Nuevo Mundo (2009, p. 50).

En un sentido similar se expresa Velasco cuando arguye que la Escuela de Salamanca (a veces también conocida como Segunda Escolástica) representó

[...] un grupo heterogéneo de filósofos y teólogos de los siglos XVI y XVII, ligados por su adscripción a un tomismo renovado, por un intelectualismo que no excluye un cierto realismo historicista, y por una novedosa concepción del derecho natural. Gran parte de los principios políticos, jurídicos y económicos de la modernidad se encuentran perfilados en las obras adscritas a esta *Escuela española del derecho natural*, como también se la conoce, y particularmente decisivo en la historia de las ideas es el desarrollo, en su seno, de una teoría del derecho internacional que por vez primera es universal, no discriminatoria, no etnocéntrica, y delimita de manera clara y precisa la soberanía de los Estados y los derechos de la comunidad global y sus individuos. No olvidemos que en España se produce el primer debate moderno sobre la legitimidad y legalidad del colonialismo y el imperialismo (2014, p. 52)

Como resulta patente por lo explicado líneas arriba, el hecho de que los salmantinos hayan tenido como problemática central la legitimidad del dominio del Imperio español sobre los pueblos indígenas, les llevó a desarrollar un republicanismo orientado de manera especial hacia la problemática de la independencia o soberanía de los cuerpos políticos frente a agentes externos. Una dimensión de la libertad esta última que, tal y como se viene fundamentando en la presente investigación, es central en la tradición republicana.

Este republicanismo iberoamericano del siglo XVII, cuya preocupación central fue la soberanía o independencia frente al dominio externo, tuvo entre sus representantes a Francisco de Vitoria, tal y como ya se manifestó. Cabe recordar, en primer lugar, que él fue el encargado de llevar a cabo una reformulación de la teología en la Universidad de Salamanca. Y. para ello tuvo como fuente inspiradora los planteamientos conciliadores, pacifistas y pluralistas de Luis Vives (maestro suyo en la Universidad de París) y Erasmo de Rotterdam, los cuales inclinaron su opinión hacia el rechazo de la legitimidad de la guerra de conquista contra el Nuevo Mundo emprendida por el Imperio español. Desde su punto de vista, no tenía sentido justificar esta acción bélica sobre la base de la tesis de

que la moral, la religión, las leyes y las instituciones de los europeos eran las únicas que se ajustaban a la ley natural porque también las distintas manifestaciones y expresiones de la cultura indígena cumplían este requerimiento básico (al menos de manera general) en tanto que se fundamentaban en la razón. De lo anterior, en *De Indis* Vitoria va a manifestar que los indígenas eran los únicos que ostentaban legítimamente soberanía o señorío sobre sus tierras. Y cuando se empezó a argumentar que, debido, sobre todo, a su carácter infiel es que no tienen dominio legítimo sobre aquellas, él respondió: «Ni el pecado de infidelidad, ni otros pecados mortales impiden que los bárbaros sean verdaderos dueños y señores, tanto pública como privadamente» (1960, p. 669).

Opinión semejante expresa Domingo de Soto, para quien el Emperador de España «[...] no es señor del orbe, ni tiene jurisdicción tan universal que se extiende a todo el orbe», motivo por el cual no posee «ningún derecho ni dominio sobre las tierras de los infieles» (1995, p. 157). Ahora bien, sin lugar a dudas, fueron Alonso de la Veracruz y Bartolomé de las Casas (discípulos de los intelectuales salmantinos anteriormente mencionados) los que plantearon con mayor énfasis una teoría republicana antiimperial sobre la base de la experiencia directa que tuvieron de la dominación europea contra los indios.

De las Casas, por ejemplo, expresa en su polémica con Ginés de Sepúlveda que todos los hombres son iguales con respecto a la libertad y la racionalidad que poseen, razón por la que no tiene sentido establecer un origen divino del poder político. A su vez, esto implica que todo dominio de carácter político hunde sus raíces en acuerdos o convenciones alcanzados por los hombres de una comunidad: «Por ello, el único dominio legítimo sobre los indios del Nuevo Mundo es el que proviene de los propios pueblos indígenas, y si estos pueblos no han dado su consentimiento al rey de España, este no puede tener dominio legítimo sobre los pueblos indios» (Velasco, 2009, pp. 59-60). También Alonso de la Veracruz defenderá la soberanía o independencia de los pueblos indígenas frente a Europa partiendo de la misma orientación. Desde su punto de vista, todo poder político debe derivarse del pueblo, por lo que si los indígenas no han transferido ningún poder al Papa o al Emperador, estos dos agentes externos no tienen ningún derecho sobre ellos. Asimismo, niega que una razón para justificar su dominio sea su irracionalidad, pues el hecho de que se hayan encontrado organizados políticamente demuestra que sí poseían una dimensión racional. Como recuerda Ambrosio Velasco, fray Alonso cierra su reelección *Sobre el dominio de los indios y la guerra justa* afirmando

«que no hay razón justa para atacar a los infieles bárbaros recientemente descubiertos con base en que sean infieles, ni tampoco, con base en que por derecho sean súbditos del emperador, ni con base en que, si no quieren prestar obediencia ni someterse, deben ser compelidos. Esta razón, digo, no es suficiente; ya que por derecho no son súbditos, porque el emperador no es el señor de todo el orbe» (2004, p.391).

Demostrada la preeminencia que tuvo en el republicanismo iberoamericano del siglo XVI la preocupación por la independencia de los pueblos frente a agentes externos dominantes o arbitrarios, cabe recordar simplemente que esta orientación soberanista reaparece en otros momentos de la historia de España y, sobre todo, de Iberoamérica. En el caso de México, Velasco menciona que en el siglo XVII Juan Zapata y Sandoval en su *Sobre justicia distributiva* retoma los argumentos de los salmantinos para rechazar el dominio imperial español y defender la autonomía de los pueblos indígenas. Por las mismas fechas, Fray Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana* y Carlos de Sigüenza y Gongora en su *Teatro de virtudes políticas* volvieron sobre la tesis de que los europeos no ostentan ningún dominio legítimo sobre los naturales de América y, al mismo tiempo, destacaron la prudencia y justicia de la organización política de los pueblos indígenas.

Hacia el siglo XVIII mexicano, este republicanismo iberoamericano se consolidó como una ideología nacionalista o “patriotismo criollo”, «cuyo rasgo distintivo es el indigenismo histórico, precisamente porque la inteligencia criolla reivindicaba el derecho de autodeterminación de una nación preexistente a la llegada de los españoles, que tres siglos después de la Conquista demandaba el derecho de recuperar su propio gobierno» (2009, pp. 64-65). Velasco señala que, como resulta evidente, dicho patriotismo criollo terminó transformándose en la primera década del siglo XIX en la ideología de la revolución de Independencia encabezada tanto por Hidalgo como por Morelos, quienes fueron enfáticos al momento de legitimar su lucha sobre la base de la tesis de que México era una nación que poseía un derecho a liberarse del dominio externo de España (p. 67). Y el detalle a tener en consideración pensando en los objetivos de la presente investigación es que esta lectura de los escritos de Velasco revela que tras el proceso independentista mexicano se puede rastrear el influjo en el plano de las ideas y en el de las luchas sociales de este interés republicano por establecer la soberanía o independencia

estatal en un escenario internacional en donde son patentes las pretensiones imperialistas o colonialistas<sup>63</sup>.

Sobre la base de cada una de las consideraciones anteriores, creemos haber demostrado que en la tradición política republicana no solamente se ha hecho patente una preocupación por establecer condiciones de libertad en el interior de las comunidades a través del equilibrio de poderes, el gobierno de la ley, el derecho a la resistencia frente a la tiranía y la lucha contra las facciones, sino que también ha sido patente la centralidad que se le ha otorgado a la libertad concebida como independencia o soberanía del cuerpo político o Estado frente a todo tipo de dominio externo. Por este motivo, en Cicerón, Séneca, Bruni, Salutati, Maquiavelo, Milton, Harrington, Hamilton, Madison, Jay, entre otros republicanos, han hecho un énfasis especial en la necesidad de que toda nación, ciudad o comunidad posea un margen considerable de autarquía económica, unas fuerzas militares de raigambre nacional y un poder por lo menos respetable para no estar en desventaja frente a los enemigos externos. Además, se ha podido identificar en el republicanismo iberoamericano este mismo énfasis en la dimensión soberanista de la libertad republicana. Incluso, cabría decir que en el caso de la tradición republicana netamente iberoamericana (debido a la particular circunstancia de dominación en la que siempre se han encontrado sus naciones) ha predominado la preocupación por la no-dominación externa antes que por la no-dominación interna.

En el siguiente subcapítulo de esta investigación se presentará un panorama de la situación de las naciones del Tercer Mundo (haciendo un énfasis especial en la circunstancia de Latinoamérica en general y del Perú en particular) en el escenario internacional. Así, de manera precisa se tratará de responder a la siguiente pregunta: ¿Son

---

<sup>63</sup> Por supuesto, siguiendo un camino semejante al trazado por Velasco con relación a México, es necesario hacer una revisión de las distintas expresiones y manifestaciones de republicanismo en la historia del Perú; y todo ello con miras a comprender por lo menos dos cuestiones fundamentales: en primer lugar, cómo la lucha por la independencia se fue gestando desde los primeros siglos de la conquista; en segundo lugar, qué es lo que verdaderamente se buscó hace doscientos años con la fundación de una república y qué tan cerca se encuentra la organización política de la nación de tales ideales y principios políticos. En este sentido, algunas de las preguntas que cabría absolver en el marco de una investigación en esa línea son las siguientes: ¿Qué pensadores e intelectuales tuvieron en el Perú en los primeros siglos de la conquista una orientación republicana similar a la que defendieron Bartolomé de las Casas y Alonso de la Veracruz en el México?, ¿los escritores peruanos que normalmente son interpretados como liberales (por ejemplo, Benito Laso, Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, Manuel Lorenzo Vidaurre, José Faustino Sánchez Carrión, Hipólito Unanue y José Gregorio Paredes) no fueron realmente republicanos?, ¿cómo se ha expresado tras la independencia la ideología republicana? ¿Hasta qué punto la filosofía de la liberación de Augusto Salazar Bondy, tan preocupada por la soberanía o independencia de los países Latinoamericanos y del Tercer Mundo puede considerarse deudora de esta antiquísima tradición contraria a las distintas formas de dominación y dependencia entre naciones?



tales Estados verdaderamente soberanos o independientes frente a los agentes externos que los rodean? Y si no fuera así, ¿qué tipo de relaciones de dominación son las que se tejen sobre estos cuerpos políticos más frágiles y dependientes? ¿Y cómo estas afectan considerablemente los intereses y objetivos de los ciudadanos que conforman las distintas naciones? Finalmente, en el último subcapítulo se esbozarán una serie de reflexiones a propósito de posibles alternativas para la crisis de soberanía o independencia de los países del Tercer Mundo y todo ello desde una perspectiva republicana, tal y como la que se ha defendido hasta aquí.

### **3.2. La crisis de soberanía de los Estados nacionales en el contexto de la globalización neoliberal: Sobre la injerencia de los organismos financieros internacionales, las empresas multinacionales y los organismos no gubernamentales en los asuntos locales**

Como se ha expuesto en el subcapítulo anterior, la soberanía o independencia de los Estados frente a agentes externos es una de las dos dimensiones de la libertad republicana. Desde la perspectiva de los escritores republicanos representativos, el agente dominante puede estar o bien dentro de la misma comunidad (como cuando ocurre que un tirano o una facción se imponen a los demás individuos) o bien en los exteriores de esta última (como cuando acontece que un Estado somete a otro).

A pesar de ello, cuando neorrepublicanos como Skinner, Pettit y Viroli han actualizado o revitalizado la tradición republicana con el objetivo de formular alternativas para una serie de problemáticas políticas del presente, no han recuperado su dimensión soberanista frente a la dominación externa<sup>64</sup>. Este es el motivo por el cual tales autores han configurado un nuevo republicanismo útil, fundamentalmente, para enfrentar la dominación que acontece dentro de las fronteras de un cuerpo político debido, por ejemplo, a las injusticias de los gobernantes contra los gobernados, de los empleadores contra sus empleados, de los hombres contra las mujeres y de los padres contra sus hijos.

---

<sup>64</sup> En su tesis doctoral, el politólogo español Miguel Tudela-Fournet (2015) da cuenta de las distintas apropiaciones que se han hecho en las últimas décadas del republicanismo. Precisamente, algo que llama la atención es que en ninguna de aquellas sea posible identificar una valoración de la libertad republicana como ausencia de dominación externa.

No obstante, el autor de esta investigación también considera de suma importancia reivindicar la lucha contra la dominación externa emprendida por republicanos del pasado como Bruni, Salutati, Maquiavelo, Rousseau, Hamilton y Madison. Ocurre que en el marco del proceso de globalización neoliberal contemporáneo es posible identificar cómo una serie de Estados nacionales se encuentran al arbitrio o discreción de distintos agentes externos tales como organismos financieros internacionales, empresas multinacionales, organismos no gubernamentales y, por supuesto, otros Estados; agentes externos cuyas decisiones, estrategias e intervenciones en innumerables ocasiones repercuten negativamente en los proyectos de vida y en las libertades individuales de los ciudadanos que conforman las diferentes naciones. Por todo lo anterior, el presente subcapítulo brindará un panorama sobre los alcances y límites que tienen actualmente la mayoría de los Estados que están insertos en el proceso de globalización neoliberal. Así, se hará explícito cómo es que aquellos carecen de la soberanía o independencia requerida para organizar las estructuras políticas, económicas y sociales de las naciones con miras a favorecer el bien común.

Para comenzar, cabe resaltar que cualquier Estado, en tanto que representa un conjunto de instituciones, leyes e individuos, siempre se encuentra anclado dentro de un específico contexto histórico, económico y social. Resultaría sumamente errado, entonces, estudiar la naturaleza, funcionamiento y características de los aparatos estatales como si estos se encontraran emancipados de las sociedades en las cuales tienen su despliegue. En el caso particular de la mayoría de los Estados de nuestro tiempo, es evidente que el objetivo de comprenderlos de manera amplia y profunda depende, en gran medida, de que se los analice sobre la base de su relación con la globalización y el neoliberalismo, dos fenómenos que desde hace varias décadas vienen dando forma a las estructuras de las sociedades democráticas.

Por globalización hay que entender aquel proceso mundial que últimamente ha generado un aumento considerable de la liberalización y la interdependencia económica sobre la base de un sistema capitalista que opera como fuerza motriz o dinamizadora (Cardona y Cardona, 2011). Desde un punto de vista más amplio, también puede concebirse como

un fenómeno pluridimensional que conlleva profundas transformaciones: económicas, culturales, políticas, sociales, militares, ecológicas, jurídicas, etc. Supone el desarrollo de una nueva estructura económica del mundo que afecta a la independencia de las economías nacionales, crea vínculos y redes de relaciones en espacios sociales transnacionales, enlaza grandes extensiones de territorios,

regiones y continentes y permite un intercambio e interrelación en el plano local, nacional, regional, internacional y global (Rayón Ballesteros, 2018, p. 4)<sup>65</sup>.

De acuerdo con una serie de especialistas y académicos, estos niveles de integración mundial han propiciado que el planeta empiece a funcionar como una especie de aldea global, en donde los distintos países que la conforman se constituyen en provincias cuyo papel puede compararse con el que suelen cumplir los condados o comunas dentro de sociedades reducidas. Todo ello, a su vez, ha implicado

[...] la homogeneización de culturas, condicionalidad a las políticas internas y la pérdida de soberanía nacional, por tanto, los condicionamientos de la globalización se expresan en la pérdida de grados de libertad para elaborar políticas autónomas; el replanteo del rol del Estado; la desactualización de las relaciones internacionales tradicionales; la desaparición de rasgos culturales propios que hacen al patrimonio de cada nación, la necesidad de una nueva economía de mercado, abierta, competitiva, desregulada y basada en la iniciativa privada; la modernización de la banca central y del sistema financiero en su conjunto, y la descentralización del poder (Cardona y Cardona, 2011, p. 80).

Como resulta evidente, en el marco de este proceso globalizador categorías cerradas del espacio como las vinculadas con el Estado-nación han sido seriamente cuestionadas, ya que constituyen una especie de “corsé” o “cárcel” para un capitalismo que requiere expandirse sin restricciones. Por esta razón, la relevancia de la soberanía o independencia del cuerpo político frente a agentes externos ha sido relativizada considerablemente. De esta forma, el sistema internacional surgido tras la Paz de Westfalia (1648), el cual permitió que los Estados reconociesen sus fronteras y su jurisdicción sobre ellas, se encuentra atravesando una transformación radical:

---

<sup>65</sup> Otra definición pertinente del fenómeno analizado brinda Stiglitz. Para él, la globalización es la integración más estrecha de los países y los pueblos del mundo, producida por la enorme reducción de costes de transporte y comunicación y el dismantelamiento de las barreras artificiales a los flujos de bienes, servicios, capitales, conocimientos y (en menor grado) personas a través de las fronteras [...] La globalización es enérgicamente impulsada por corporaciones internacionales que no solo mueven el capital y los bienes a través de las fronteras, sino también la tecnología. Asimismo, la globalización ha animado una renovada atención hacia veteranas instituciones internacionales intergubernamentales, como la ONU, que procura mantener la paz, la Organización Internacional del Trabajo (OIT), fundada en 1919, que promueve en todo el mundo actividades bajo la consigna “trabajo digno”, y la Organización Mundial de la Salud (OMS), especialmente preocupada en la mejora de las condiciones sanitarias del mundo subdesarrollado (2018, p. 153).

Allí donde ayer los Estados nacionales regulaban la organización política y económica, garantizaban el orden jurídico y la propiedad, construían la homogeneidad social y monopolizaban las identidades, una nueva lógica espacial y social está abriéndose paso, con otras realidades, otra economía, otro sistema normativo, otra cultura, otra política, otras interacciones y grupos de poder y contrapoder. Hay que hacer notar que estas transformaciones [...] actúan con especial fuerza en los países de la periferia y la semiperiferia, mientras que las élites de los países ricos han tenido la fuerza para pautar la dirección que iba a tomar ese proceso de globalización (Monedero, 2009, p. 117).

Si en el marco de la globalización de las últimas décadas se ha debilitado la influencia que tuvieron durante siglos los Estados nacionales sobre una serie de áreas estratégicas, ¿qué instituciones son las que han absorbido la administración o configuración de aquéllas? En otras palabras, ¿cómo se organizan los asuntos políticos, económicos y sociales de la mayoría de naciones en un escenario internacional en donde los aparatos estatales locales han cedido importantes cuotas de poder? La respuesta es que, a medida que el capitalismo ha ido adquiriendo rasgos cada vez más alineados con la globalización, han surgido una serie de entidades supranacionales o transnacionales que se han encargado de asumir tales funciones. Por eso, la mayoría de sociedades democráticas de la actualidad (sobre todo aquellas que están enmarcadas en el llamado Tercer Mundo) han perdido la relación dialéctica con el poder, pues sus representantes políticos tienden en todo momento a descargarse de sus responsabilidades en favor de tales instancias globales, conformando así una especie de estatalidad más allá de lo local o nacional:

La soberanía que ceden los países de la periferia y la semiperiferia la asume esa nueva lógica transnacional, donde los países del Norte tienen las llaves del cofre (el caso más emblemático en la economía es el FMI, donde Estados Unidos tiene la minoría de bloqueo de las decisiones. En lo político, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, frenado o impulsado por las potencias con capacidad nuclear —de donde extraen su capacidad de veto— desde los finales de la Segunda Guerra Mundial). La soberanía que ceden los países del centro la siguen manteniendo a través de los grupos que controlan los organismos que rigen la globalización (los que controlan el FMI, el Banco Mundial, la OMC, las empresas de calificación de riesgos, los monopolios, las empresas transnacionales, los ejércitos supranacionales como la OTAN, etcétera).

Esta crisálida de Estado transnacional, que no responde siquiera a los intereses económicos globales del capitalismo, sino de una fracción de clase global crecientemente hegemónica, recoge las competencias que ceden los Estados nacionales y crea una nueva relación de clase entre el capitalismo global y el mundo global del trabajo. Concreciones de este emergente Estado transnacional se ven cuando las fracciones de clase fuerzan a alguna agencia global para

asegurar un proceso de acumulación a escala supranacional, por ejemplo, cuando transforman al FMI y al Banco Mundial en agencias particulares al servicio del cobro de la deuda, cuando hacen de la OMC un instrumento para asegurar la tasa de acumulación de los países exportadores, o cuando logran que la ONU, de una forma u otra, permita acciones bélicas contra la invasión de Iraq o hacen de la OTAN una organización ofensiva y no defensiva (Monedero, 2009, pp. 117-118).

Ahora bien, ¿cómo establecer la relación entre el neoliberalismo y la actual crisis de soberanía de los Estados nacionales? De manera preliminar, es necesario señalar que por neoliberalismo hay que entender una teoría de prácticas político-económicas según la cual los mejores medios para garantizar el bienestar de los individuos son no limitar el desarrollo de sus capacidades y libertades empresariales y establecer un marco institucional en donde predominen los derechos de propiedad privada, las fuentes de mercados libres y la libertad de comercio. Es por este motivo fundamental que, de acuerdo con el enfoque neoliberal, el Estado 1) debe configurar un orden institucional que permita a los individuos buscar su beneficio particular y 2) debe organizar las estructuras legales, policiales y militares para proteger la propiedad privada y el adecuado funcionamiento de los mercados (Harvey, 2005). Por todo lo anterior, la mayoría de los Estados han abandonado, en gran medida, su participación en áreas relacionadas con la provisión social, dejando en manos del mercado la resolución de las más importantes problemáticas económicas y sociales (tales como la pobreza, las desigualdades, el desempleo y la insuficiencia de servicios básicos) bajo la convicción de que una intervención amplia de la política no solamente resultaría ineficiente sino que, indefectiblemente, traería consigo un descalabro en las estructuras económicas (Garcés, 2018)<sup>66</sup>.

Como consecuencia de la relevancia que tiene para el neoliberalismo la configuración de un Estado mínimo frente al mercado, ha promovido desesperadamente que ciertas entidades, tales como los bancos centrales y las empresas privadas, obtengan autonomía. Ello bajo el supuesto de que, desligadas del ámbito de la estatalidad, aquellas siempre traerán más efectos beneficiosos para la sociedad. No obstante, en esta búsqueda de autonomía, dichas entidades también se han independizado de la sociedad, alejándose de todo control ciudadano y de las exigencias electorales. E igual de relevante que esto

---

<sup>66</sup> En palabras de David Harvey, en el marco de las sociedades neoliberales, el Estado «*a la vez que abandona el sistema de provisión social y reduce su papel en ámbitos como la asistencia sanitaria, la educación pública y los servicios sociales, que antes fueron tan esenciales para el liberalismo embridado, también deja segmentos cada vez mayores de población expuestos al empobrecimiento. El sistema de la seguridad social se ve reducido a su mínima expresión para ceder el paso a un sistema que hace hincapié en la responsabilidad personal*» (2005, p. 83).

último es que esta especie de enajenación de los bancos centrales y empresas privadas con respecto al entramado social ha hecho que los mismos terminen respondiendo a los intereses y decisiones de agentes externos como organismos financieros internacionales, empresas multinacionales organismos no gubernamentales y Estados hegemónicos.

En suma, actualmente la mayoría de los Estados nacionales interpreta que no está dentro de sus obligaciones cargar con la tarea de enfrentar las principales problemáticas de la población, pues se supone que estas, ante todo, deben ser resueltas a través de la coordinación global de una serie de instancias y organismos:

Vivimos un momento de transición de paradigmas, y en este viaje el Estado se está reorganizando de manera funcional para la reproducción capitalista. Ha sembrado la idea de que no le corresponde más a él la obligación de correr con la suerte de la ciudadanía, sino que esa tarea debe ser compartida por mercados, empresas, asociaciones y organismos internacionales (lo que se llama gobernanza). La tentación de la inocencia llega a un Estado que quiere quitarse responsabilidades y seguir manteniendo la legitimidad en la que se basa la obediencia que recibe. Un Estado desentendido de la idea del bienestar como un derecho público y al que no se debe *recargar* con exigencias de redistribución. Un Estado mediático que convence a los nuevos súbditos con una apelación constante a los riesgos y al miedo. Un Estado que controla una parte importante del producto de cada país y que negocia constantemente las garantías mínimas de bienestar que son funcionales al sistema (Monedero, 2009, p.46).

El importante detalle a considerar para los intereses de la presente investigación es que, a causa de este proceso que puede ser catalogado como globalización neoliberal, los verdaderos poderes que establecen «las condiciones en las que todos actuamos en estos tiempos fluyen en el espacio global, mientras que nuestras instituciones políticas siguen en general atadas al suelo» (Bauman, 2005, p. 133). O, como manifiesta Susan Strange, ocurre que los poderes de una gran cantidad de Estados nacionales «han seguido disminuyendo, de modo que su autoridad sobre la gente y sus actividades en el interior de sus fronteras se ha debilitado. Entretanto, las autoridades no estatales influyen cada vez más sobre la gente y sus actividades» (2003, p.8). Sobre la base de la teoría política republicana, esto implica que, en gran medida, la estatalidad nacional ha quedado al arbitrio o discreción de una serie de agentes externos, comúnmente denominados en conjunto “gobernanza mundial” o “Estado transnacional”, tal y como se señaló líneas arriba. En efecto, la existencia de este conjunto de instituciones y entidades internacionales

[...] deja en un segundo plano el que hemos señalado como el gran logro ciudadano tras la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial: el Estado social y democrático de derecho. Por el contrario, pasa principalmente a ocuparse de formas de *gobierno* que den mayor prioridad al mercado, a los organismos internacionales, a algunos Estados hegemónicos y a partes de la sociedad civil organizada a las que se le atribuye una representación que no pueden ejercer (Monedero, 2009, pp. 191-192).

Así, actualmente es posible observar cómo es que los proyectos de vida de los individuos que conforman la mayoría de naciones dependen, en menor o mayor medida, de las decisiones de organismos financieros internacionales, empresas multinacionales, otros Estados e, incluso, organismos no gubernamentales, los cuales en muchas ocasiones no solamente no responden a los intereses colectivos de carácter local o nacional, favoreciendo más bien los intereses de una élite transnacional, sino que además no pueden ser debidamente regulados o fiscalizados por no existir los mecanismos institucionales necesarios o porque enfrentarlos podría interpretarse inmediatamente como un “atentado” o “atropello” contra las libertades, contra el derecho a la propiedad privada y contra las normas internacionales:

[...] Cada vez que las autoridades de un país asumían compromisos con organismos internacionales estaban despojándose de una soberanía sometida en cada país al circuito electoral, al tiempo que se debilitan como aparatos ejecutivos para dar respuesta a políticas sociales que implicaran un freno a la actividad de los capitales internacionales [...] Con cada asunción de instancias jurídicas supranacionales, acuerdos comerciales, decisiones de la OMC, el FMI o el Banco Mundial, de obligaciones señaladas por mecanismos internacionales de resolución de conflictos, derechos de propiedad válidos internacionalmente, normas de calidad de validez global, el mantenimiento de una paridad económica, el derecho sobre las patentes, las calificaciones riesgo-país, la orientación comercial exterior, etc., los Estados nacionales estaban perdiendo *estatalidad* que iba a parar a Estados extranjeros o a manos privadas (Monedero, 2009, pp. 173-174).

Pero, ¿exactamente por qué tendría que interpretarse a estos organismos e instituciones transnacionales como instancias que dominan a los Estados nacionales? En todo caso, ¿cuáles son las semejanzas que guardan aquellos con los agentes imperiales o colonialistas cuya existencia preocupó sobremanera a aquellos escritores republicanos que abordaron la problemática de la dominación externa?

Las respuestas a estas preguntas podrían empezar a formularse a partir de un análisis más detallado acerca de la influencia que actualmente ejercen dos organismos

financieros internacionales sobre un gran número de Estados nacionales: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial<sup>67</sup>, dos instituciones que surgieron en el marco de los acuerdos de Bretton Woods. La primera se configuró con el objetivo principal de realizar préstamos a las naciones que tuviesen déficits en sus balanzas de pagos y la segunda con la finalidad de otorgar financiamiento para la reconstrucción de posguerra y para los países del Tercer Mundo.

Resulta capital tener en cuenta que, sobre todo desde las décadas de los setenta y ochenta, tanto el FMI como el BM se encargaron de “purgar” todos los elementos keynesianos que habían albergado durante años, convirtiéndose prontamente «en centros para la propagación y la ejecución del “fundamentalismo del libre mercado” y de la ortodoxia neoliberal» (Harvey, 2005, p. 34)<sup>68</sup>. Y es por ello que, desde el punto de vista de Stiglitz, tales organizaciones financieras internacionales han asumido un papel rector dentro del proceso en curso de profundización de la globalización neoliberal (2018). Por tal motivo, a cambio de la reprogramación de sus deudas o de financiamiento directo para lograr una estabilización de sus economías, han venido exigiendo (sobre todo a países subdesarrollados) la implementación de reformas institucionales tales como el recorte del gasto social, la creación de legislaciones laborales más flexibles, la aceptación de tratados de libre comercio y la privatización de sectores económicos estratégicos (Harvey, 2005)<sup>69</sup>. Es así como se han promovido en distintas partes del mundo los denominados “ajustes estructurales”, sobre la base de los cuales se ha socavado considerablemente la libertad de los Estados nacionales en tanto que estos quedan impedidos de configurar sus estructuras económicas teniendo como punto de partida los intereses colectivos. Así,

---

<sup>67</sup> Por supuesto, también podrían ser estudiadas otras entidades internacionales, tales como la ONU y la OMC. Sin embargo, con el fin de no explayarnos en exceso y por el papel tan relevante que han tenido en las últimas décadas el FMI y el BM, se ha preferido restringir el presente apartado al abordaje del funcionamiento de estas dos organizaciones financieras.

<sup>68</sup> *Los esfuerzos de las instituciones financieras internacionales y de los foros de coordinación de las políticas económicas y financieras, por el contrario, solo han apoyado y amplificado las políticas neoliberales surgidas en los años ochenta, con su secuela de desreglamentaciones, privatizaciones, recortes sociales y de planillas, acelerando así el desmantelamiento del Estado y dejando al mundo abierto a la expansión depredatoria de las grandes transnacionales* (François, 2000, p. 27)

<sup>69</sup> El testimonio de Stiglitz también es bastante clarificador respecto a la relación entre los organismos financieros internacionales y el proceso de globalización neoliberal: *Cuando era economista jefe del Banco Mundial había observado que, tras el fin del colonialismo, Occidente había conseguido promover el fundamentalismo del libre mercado –que, en gran parte, reflejaba las perspectivas y los intereses de Wall Street– en los países en vías de desarrollo [...] Los países en vías de desarrollo necesitaban la ayuda de los países avanzados, y, a cambio de esa ayuda, las autoridades del FMI y otras instituciones impusieron una serie de condiciones: que liberalizaran los mercados financieros y abrieran el mercado interior a las mercancías de los países avanzados, pese a que estos últimos se negaban a hacer lo mismo con los productos agrarios del sur* (2017, p. 35).



frente a cualquier intento soberano o independiente de transformación (o, incluso, de reforma) del sistema económico en una línea diferente a la establecida por el proceso de globalización neoliberal, tanto el FMI como el BM no tardan en emplear una serie de mecanismos de presión, chantaje y extorsión contra los Estados nacionales, algo que en la mayoría de los casos genera un retroceso por parte de estos. De esta manera, tales organismos financieros internacionales han instalado la idea de que lo verdaderamente prioritario para los Estados nacionales debe ser el “pago” de sus acreencias. Por un lado, las naciones deudoras destinan anualmente –de manera obligatoria- un importante porcentaje de los fondos públicos a pagar la deuda externa y, por otro lado, (como otra modalidad de “pago”) se afanan por favorecer de distintas maneras los intereses del capital internacional dentro de sus propias fronteras. Según Monedero, todo lo anterior permite afirmar categóricamente que la globalización neoliberal ha roto los corsés nacionales, entregando la estatalidad «a organismos internacionales convertidos en aparatos de maximización de ganancias del norte (FMI, BM, OMC)». Y, al mismo tiempo, ha traído consigo «el papel de los Estados Unidos como gendarme mundial único» (2009, p. 7).

Con respecto al afán del FMI y el BM por favorecer los intereses económicos del norte, cabe señalar que, como encargados de la renegociación de la deuda de los países subdesarrollados, ambos organismos internacionales –sobre todo desde la década de los ochenta- han buscado, principalmente, proteger a las más importantes instituciones financieras del mundo frente a cualquier amenaza de quiebra. En este sentido, han echado sobre los hombros de los países subdesarrollados la culpa por las deudas contraídas, una práctica que difícilmente puede ser justificada sobre la base de la teoría neoliberal en la que suelen buscar respaldo, ya que la misma contempla que los mismos inversores deben asumir un margen importante de responsabilidad por los errores cometidos al momento de utilizar su dinero. Tal y como refiere Harvey, esta prioridad que otorgan el BM y, sobre todo, el FMI a empresas y bancos internacionales en desmedro de los intereses colectivos asociados con los países deudores queda plenamente reflejada, por ejemplo, en el ajuste estructural que ambos organismos emprendieron en México a comienzos de los ochenta:

James Baker, secretario del Departamento del Tesoro durante el mandato de Reagan, infundió nueva vida a la institución cuando en 1982 tuvo que enfrentarse a la potencial quiebra de México y a las graves pérdidas que sufrirían entonces los principales bancos de inversión de la ciudad de Nueva York que sostenían la deuda de aquél país. Baker utilizó el FMI para imponer un ajuste estructural en México

y proteger a los banqueros de Nueva York del impago. Esta práctica consistente en priorizar las necesidades de los bancos y de las instituciones financieras mientras se cercena el nivel de vida del país acreedor ya había sido ensayada durante la crisis de endeudamiento de la ciudad de Nueva York. En el contexto internacional, esto suponía extraer excedentes de las empobrecidas poblaciones del Tercer Mundo, con el fin de saldar las deudas con la banca internacional (2005, p. 80).

¿Y cómo así puede sostenerse que el papel que han tenido en las últimas décadas el FMI y el BM ha encumbrado a los Estados Unidos como la fuente principal de dominación en contra de la mayoría de los Estados nacionales? Ocurre que la clave en el funcionamiento de estos dos organismos financieros internacionales es el poder que dentro de ellos tiene cada uno de los países miembros. En ambos casos (y con bastante diferencia), Estados Unidos es el que ostenta mayor poder, teniendo incluso capacidad de veto frente a cualquier decisión importante que hayan tomado los demás países integrantes del FMI. Ello ha traído como consecuencia que, tras la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos se hayan constituido en la potencia financiera hegemónica por antonomasia (Monedero, 2009)<sup>70</sup>.

Por supuesto, un análisis más minucioso de la distribución del poder en el escenario mundial muestra, como han notado Stiglitz y Harvey, que más que beneficiarse las grandes mayorías de población de los Estados Unidos con esta orientación que tienen el FMI y el BM dentro del proceso de globalización neoliberal, los únicos que obtienen réditos verdaderamente significativos son, específicamente, los miembros de una élite financiera y empresarial de dimensiones internacionales. En palabras del mencionado economista norteamericano, la globalización neoliberal

[...] pese a sus virtudes como estímulo del crecimiento, ha agravado con toda seguridad las desigualdades, sobre todo por lo mal que se ha gestionado. A su vez, la mala gestión de la economía y la globalización está relacionada con el papel de los grupos de intereses en nuestra política, una política que cada vez representa más los deseos del 1 por ciento (2017, p. 18).

---

<sup>70</sup> Vale la pena recordar que varios de los mecanismos y medidas de orientación neoliberal que Estados Unidos promueve a través del FMI y el BM para que sean aplicados en países del Tercer Mundo, en muchas ocasiones no son implementados por él mismo. Por ejemplo, este país (junto con otros países hegemónicos) ha rechazado en un sinnúmero de ocasiones tanto el recorte de los elevados subsidios que otorga a sus agricultores como la eliminación de los aranceles con los que carga a ciertas mercancías que produce. Por eso, como afirma Stiglitz (2018), se puede decir que las naciones industriales vienen acaparando una cuota desproporcionada de los beneficios de la globalización neoliberal a expensas del mundo subdesarrollado.

Por otra parte, partiendo de los estudios estadísticos de Duménil y Lévy, Harvey expresa que Estados Unidos no se encuentra solo en este proceso económico que ha profundizado en las últimas décadas la gran brecha existente entre sectores sociales, porque

[...] el 1% superior de los perceptores de renta en Gran Bretaña ha doblado su porcentaje de la renta nacional del 6,5 al 13% desde 1982. Y si lanzamos nuestra mirada más lejos, vemos extraordinarias concentraciones de riqueza y de poder emergiendo por todas partes. En Rusia, una pequeña y poderosa oligarquía alza su cabeza después de la “terapia” de choque que había sido administrada al país en la década de 1990. La aplicación en China de las prácticas orientadas al mercado libre, ha producido un extraordinario y repentino auge de las desigualdades en la renta y en la riqueza (2005, p. 23)<sup>71</sup>.

Sobre la base de las anteriores consideraciones, y desde una perspectiva en la línea de la teoría política republicana, es posible afirmar que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial pueden ser interpretados como agentes externos que ejercen dominio sobre los cuerpos políticos legítimamente instituidos por las distintas colectividades de individuos con la única finalidad de favorecer los intereses de una oligarquía empresarial y financiera internacional. A través de la colocación de dinero perteneciente a importantes sectores financieros y del fomento de ajustes estructurales favorables sobre todo a las empresas multinacionales, ambos organismos internacionales no han hecho más que ampliar la gran brecha entre el 1% de la población y el 99%.

Al respecto, un detalle no menor es que, como señala Harvey, el hecho de ceder u otorgar poder de decisión a instituciones «no democráticas ni políticamente responsables» como el FMI y el BM se lleva a cabo en «un mundo en el que se supone que el Estado no es intervencionista». Esto significa que solamente la élite internacional y sus respectivos expertos y técnicos tienen plena e irrestricta posibilidad de intervenir directamente en asuntos nacionales o locales de suma relevancia, mas no los Estados democráticamente establecidos en la mayoría de países (2005, pp. 76-77). Así, únicamente es justificada por

---

<sup>71</sup> Asimismo, Stiglitz señala que estas políticas basadas en los préstamos de los organismos internacionales y en la liberalización y desregulación de las economías nacionales fracasaron también en África, en donde viene cayendo la renta per cápita de manera sostenida, y en Latinoamérica, en donde se ha producido un grave estancamiento y una concentración del escaso crecimiento en un pequeño grupo ubicado en la cima (2017, p. 35).

el proceso vigente de globalización neoliberal una intervención directa y profunda del Estado en el ámbito de la economía si es que la finalidad de esta es, por ejemplo, rescatar a bancos y compañías de una quiebra segura (2005), tal y como se hizo en el contexto de la crisis financiera de los años 2007 y 2008.

Por todo lo anterior, y retomando una vez más el discurso y las categorías de la tradición republicana, los Estados nacionales (dependiendo del poder que ostenten en el actual tablero geopolítico mundial) se encuentran en gran medida al arbitrio o discreción de estos intereses oligárquicos internacionales a favor de los cuales operan el BM y el FMI. En sentido estricto, la mayoría de tales Estados nacionales contemporáneos no pueden funcionar como repúblicas (a pesar de que una gran cantidad de ellos se reconocen en esta forma de gobierno o se presentan como autónomos frente a cualquier poder extranjero) dado que han perdido un margen importante de soberanía o independencia sobre una serie de dimensiones estratégicas cuyo control es indispensable para garantizar el bienestar colectivo. Como se había manifestado anteriormente a propósito de una opinión del sociólogo Zygmunt Bauman, las condiciones que sirven de marco para que cada uno de nosotros actúe en las esferas más importantes de la vida (la económica, la social y la política) fluyen en el espacio global y mientras esto ocurre las instituciones públicas que dan forma a nuestra organización política se encuentran atadas al suelo. Y, como apuntan insistentemente los distintos representantes de la tradición republicana, mientras que no exista esta libertad del cuerpo político o Estado frente a agentes externos a él, difícilmente se puede pensar seriamente en la libertad de cada uno de los individuos que lo conforman, pues en las condiciones anteriores los proyectos de vida de estos se encuentran supeditados a los intereses y decisiones de una élite internacional.

Vinculado con el rol que cumplen los organismos financieros internacionales en el proceso de globalización neoliberal está el rol que, a su vez, tienen las llamadas empresas multinacionales o transnacionales. Dentro de este marco, cabe preguntarse lo siguiente: ¿Cómo es que estas corporaciones internacionales se posicionan como agentes externos que socavan la soberanía o independencia de un gran número de Estados nacionales contemporáneos?

En primera instancia, hay que señalar que, en las últimas décadas, las grandes empresas nacidas en los países hegemónicos se han visto obligadas a expandirse por el mundo como consecuencia del «agotamiento del modo de crecimiento que había

beneficiado al mundo occidental hasta la década de los setenta y la consecuente búsqueda [...] de una ampliación de las fronteras de consumo y la adopción de modalidades de acumulación basadas en una nueva relación entre el capital y el trabajo» (François, 2000, p. 20). Así, las inversiones extranjeras directas de orígenes norteamericano, europeo y japonés en todo el mundo han generado que, de manera progresiva, un número cada vez más reducido de empresas desterritorializadas y multinacionales obtenga el dominio de los mercados, lo cual ha permitido a estas afirmarse en los ámbitos económico y social:

Por ejemplo, la competencia en el mundo de las bebidas refrescantes se reduce a Coca-Cola versus Pepsi, en la industria energética se limita a cinco grandes corporaciones transnacionales y apenas unos cuantos magnates de los medios de comunicación controlan la mayor parte del flujo de noticias, que en muchos casos se convierten en pura propaganda (Harvey, 2005, p. 87).

Trayendo a colación los fines de la presente investigación, es preciso manifestar que este enorme poderío de las empresas multinacionales se encuentra casi fuera del control de la mayoría de los Estados nacionales, los cuales a veces incluso tienen ingresos anuales menores que los de aquellas. Según González Ulloa, esto último ha generado que los cuerpos políticos se vean obligados a

[...] modificar sus marcos normativos a favor de [las empresas], impidiendo que dichos Estados definan, como anteriormente lo hacían, el campo de operación. Y esto parece un asunto natural ante la cada vez más limitada participación en cuanto a porcentaje del PIB de los Estados en las economías, propiciado por un gradual desmantelamiento que comenzó con la venta de las empresas estatales (2010, p. 5).

De esta manera, los mercados internacionales se posicionan ante los gobiernos locales o nacionales como atentos observadores que no dudarán en expresar categóricamente su rechazo de parecerles que una decisión política perjudicará sus intereses económicos. Es por este motivo que siempre que los Estados nacionales toman una decisión capital a propósito de su organización económica tienen que estar atentos a las reacciones de los inversores tanto locales como internacionales. Asimismo, tienen que prestarles también atención a los medios de comunicación, analistas económicos y agencias de clasificación de riesgo, cuyo afán por defender los intereses corporativos a través de distintos mecanismos de presión en muchas ocasiones trae consecuencias negativas para la estabilidad económica de los países.

Por supuesto, el poder transnacional o multinacional no solamente rodea al cuerpo político para lograr ventajas o prerrogativas cada vez más amplias, sino que también se incrusta en las mismas instituciones públicas desde las cuales debiera gestionarse el interés colectivo:

El mejor sitio para constatar la realización del miedo neoliberal a que los grupos que representan intereses especiales puedan pervertir y subvertir el Estado no es otro que Washington, donde ejércitos de empleados al servicio de los grupos de presión corporativos (muchos de los cuales se aprovechan de la puerta giratoria entre el empleo estatal y el mucho más lucrativo empleo en las corporaciones) dictan efectivamente la legislación para que encaje con sus intereses específicos (Harvey, 2005, p. 84).

Entonces, el rol de las empresas transnacionales rebasa por completo la mera colaboración o asesoramiento a los Estados, pues en este proceso de globalización neoliberal han adquirido poder para configurar legislaciones, establecer políticas públicas y darles forma a marcos normativos<sup>72</sup>. De acuerdo con Harvey, es posible sostener sobre la base de lo anterior que la frontera entre el Estado y el poder corporativo es en la actualidad sumamente porosa, quedando la democracia representativa si no asfixiada por completo, sí al menos considerablemente corrompida por el dinero (2005). Empleando las categorías de la teoría republicana de la libertad, no cabe duda de que las empresas multinacionales o transnacionales se han constituido en las últimas décadas en agentes o entidades que ejercen un dominio externo sobre los Estados nacionales, limitando su poder soberano para organizar la realidad económica con miras a beneficiar a las grandes mayorías de la población.

Prueba de que el proceso de globalización neoliberal propicia la restricción de la soberanía o independencia de los Estados nacionales es la naturaleza que tienen los acuerdos comerciales que en los últimos años vienen impulsándose globalmente. Para Stiglitz, los aranceles en todo el mundo son sumamente bajos desde hace algún tiempo,

---

<sup>72</sup> El ejemplo más flagrante de este tipo de intervenciones se hizo patente con la persistente negativa del vicepresidente Cheney a hacer públicos los nombres de las personas integrantes del equipo consultivo que formuló el documento de la política energética de la Administración de Bush de 2002. Es prácticamente seguro que entre ellos se encontraba Kenneth Lay, presidente de Enron, que es la compañía acusada de especular promoviendo deliberadamente una crisis energética en California y que se hundió seguidamente en medio de un gran escándalo por alterar su contabilidad (Harvey, 2005, pp. 83-84).

motivo por el cual la atención de los tratados de carácter comercial se ha desplazado últimamente

[...] hacia las «barreras no arancelarias», y las más importantes de estas –para los intereses de las grandes empresas que impulsan las negociaciones– son las normativas. Inmensas empresas multinacionales se quejan de que la incoherencia de las normativas encarece los negocios. Ahora bien, la mayoría de las normativas, pese a ser imperfectas, están ahí para algo: para proteger a los trabajadores, a los consumidores, a la economía y al medio ambiente (2017, p.296).

Así, las empresas multinacionales buscan eliminar (aunque formalmente digan que solo buscan armonizar o hacer más eficientes) estas normativas cuyo origen se encuentra en muchas ocasiones en decisiones que soberana o independientemente fueron tomadas por los Estados sobre la base de las exigencias democráticas de sus ciudadanos. Incluso, a través del Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP), cuya defensa se viene dando en los últimos años con miras a integrar a varios países de la Cuenca del Pacífico, se pretende implementar por encima de los Estados nacionales un tribunal internacional que proteja a las empresas no solamente frente a expropiaciones injustas, sino también frente a un posible descenso de sus ganancias o beneficios como consecuencia de decisiones políticas. Y si no bastara el hecho de que el TPP pone en serio peligro la soberanía o independencia de las naciones, también cabe recordar que el mismo fue aprobado en reuniones secretas, lo cual imposibilitó todo debate democrático acerca de otras graves consecuencias que podría traer su implementación, entre las cuales una de las que más destaca es la limitación del acceso a los medicamentos genéricos (Stiglitz, 2018)<sup>73</sup>.

Finalmente, como otros agentes externos que atentan contra la libertad, soberanía o independencia de los Estados nacionales puede mencionarse a los organismos no gubernamentales (ONG) de origen extranjero, ya que en el marco del proceso de globalización neoliberal de las últimas décadas se han instalado en una gran cantidad de naciones del mundo, teniendo una injerencia cada vez más poderosa en la toma de decisiones que legítimamente recae en los representantes e instituciones políticos que

---

<sup>73</sup> Otros acuerdos comerciales tales como el *Acuerdo en Comercio de Servicios* (TISA) y la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión (TTIP) guardan una serie de semejanzas con el TPP. Entre estas se cuenta, por supuesto, el énfasis en la necesidad de implementar instancias jurídicas transnacionales que se encarguen de proteger los intereses empresariales.

conforman el aparato estatal. Pero, ¿cómo han logrado instalarse estas ONG extranjeras en los distintos Estados nacionales? Una posible respuesta es la siguiente:

han surgido como respuesta a los grandes desafíos que enfrenta nuestro mundo a finales del segundo milenio en áreas como el medio ambiente, las emergencias complejas y los derechos humanos, para mencionar apenas las de mayor peso. El poder de las ONG globales deriva de su fuerza como proyección organizada de aspiraciones universales y de su capacidad de movilización de los individuos y de la opinión pública. Aunque disponen de recursos que en algunas son relativamente elevados, lo esencial de su poder radica en la movilización de fuerzas morales y aspiraciones universales que, sin actuar directamente sobre la esfera económica, crean obstáculos a la expansión incontrolada de las transnacionales (François, 2000, p. 21).

Sin embargo, aunque su rol dentro de las fronteras de las distintas naciones aparezca a simple vista como completamente beneficioso y desinteresado, hay que señalar que, a través de la influencia en representantes políticos, de la organización de comunidades locales y de la configuración de campañas mediáticas debidamente encabezadas por personajes públicos, pueden frenar proyectos económicos (construcción de ferrocarriles, aeropuertos, carretas y fábricas) y bloquear o propiciar proyectos legislativos de distinta índole. Teniendo en cuenta lo anterior, cabe hacerse la siguiente pregunta, ¿efectivamente estas ONG extranjeras o internacionales vinculadas con el cuidado del medioambiente, la protección de poblaciones vulnerables y el resguardo de la democracia y las libertades solo responden a intereses “humanitarios” o “filantrópicos”, mas no a intereses particulares o facciosos? Sobre todo, esta pregunta cobra relevancia cuando se cae en la cuenta de que tales ONG, al mismo tiempo que tienen injerencia directa en la vida política de cada uno de los países en los que se encuentran instaladas, reciben financiamiento para realizar sus operaciones y actividades de Estados hegemónicos extranjeros (pese a que se presentan como no gubernamentales) e incluso a veces de corporaciones multinacionales. Entonces, debido a que en no pocas ocasiones entorpecen el desarrollo de dimensiones estratégicas de las naciones (sobre todo de las que se encuentran en situación de subdesarrollo) y a que dependen económicamente de agentes externos para sostenerse, no resulta demasiado audaz concluir que tales ONG pueden estar respondiendo a intereses que van más allá de la solidaridad y la buena voluntad.



La siguiente nota periodística representa, precisamente, un ejemplo de cómo las ONG operan dentro de las naciones con la finalidad de favorecer intereses económicos y políticos de potencias extranjeras:

Documentos filtrados por WikiLeaks revelan que la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (Usaid por su sigla en inglés) entregó entre 2004 y 2006 unos 15 millones de dólares a 300 "organizaciones civiles" en Venezuela, en el marco de los derechos humanos y la educación.

El informe filtrado fue emitido por el consejero político de la embajada de EE.UU. en Caracas, Robert Downes, y describe los puntos estratégicos delimitados en ese período contra el Gobierno de Venezuela.

Los puntos estratégicos fueron fortalecer las instituciones democráticas; penetrar la base política del presidente Hugo Chávez; dividir al chavismo; proteger los negocios vitales de EE.UU., y aislar internacionalmente al mandatario.

Los cables también revelan que la Oficina de Iniciativas de Transición (OTI) de la Usaid, fundada en 1961, impulsó 34 nuevas ONG y creó programas para generar descontento en cuanto a la gestión gubernamental, como servicios básicos, entre otros (Recuperado de: <https://www.telesurtv.net/news/ONG-las-nuevas-caras-de-la-invasion-de-America-Latina-20160603-0040.html#>)

Como se verá en el último subcapítulo dedicado a la crisis de soberanía que atraviesan los Estados nacionales latinoamericanos, este tipo de injerencias directas de las ONG en los asuntos internos de las naciones ha traído consigo que algunos gobiernos hayan tomado la decisión de someterlas a auditoría o fiscalización. Así, han establecido una serie de parámetros que aquellas deben cumplir para que no sean consideradas como amenazas para los intereses nacionales. Más allá del contexto latinoamericano, en Rusia, por ejemplo, en el año 2015, se aprobó un proyecto de ley para declarar a una serie de ONG como “grupos extranjeros indeseables”:

El proyecto de ley, inicialmente elaborado por dos diputados opositores, fue aprobado por ambas Cámaras legislativas la semana pasada. Con la nueva medida aprobada, la Fiscalía General y el Ministerio de Relaciones Exteriores del país deben elaborar una lista de "organizaciones extranjeras indeseables" y prohibir sus actividades en el país, informa RIA Novosti.

El criterio principal para incluir una ONG extranjera o internacional en esa lista es la amenaza que potencialmente represente "para el orden constitucional y la capacidad de defensa o la seguridad del Estado ruso". Una vez que el grupo es reconocido como "indeseable", todos sus activos en Rusia deben ser congelados, sus oficinas cerradas y la distribución de sus materiales debe ser prohibida.

Si el grupo no acata las órdenes, sus dirigentes y miembros se enfrentarán a penas que van desde multas administrativas a penas de prisión de hasta seis años (Recuperado de: <https://actualidad.rt.com/actualidad/175738-putin-firma-ley-prohibicion-grupos-indeseables>).

Medidas similares a la que ha tomado el gobierno ruso con relación a las ONG extranjeras también se han aplicado en los últimos años en Ecuador, Bolivia, Venezuela y Hungría, mientras que en Italia y Polonia se ha empezado a evaluar la implementación de estrategias en la misma línea.

En suma, junto con los organismos financieros internacionales y las empresas transnacionales, los organismos no gubernamentales se han constituido en actores que dentro del proceso de globalización neoliberal socavan considerablemente la soberanía o independencia de los Estados nacionales, produciendo, desde una perspectiva teórica de inspiración republicana, una dominación de origen externo no solamente en contra de los cuerpos políticos en abstracto, sino también en contra de los intereses específicos de los individuos que los conforman. Ocurre que la realización de los proyectos de vida de toda colectividad humana, tal y como suelen insistir Bruni, Salutati, Maquiavelo, Guicciardini, Rousseau, Hamilton y Madison, depende estrechamente del margen de libertad que tengan sus instituciones políticas en el escenario internacional para organizar los asuntos económicos y sociales. En otras palabras, para la tradición política republicana, sin una libertad frente a todo posible dominio externo, es sumamente difícil estructurar una libertad para los ciudadanos dentro de las fronteras nacionales. En efecto, el hecho de que, por ejemplo, un ciudadano en su papel de cliente se encuentre al arbitrio o discreción de las medidas unilaterales que pueda tomar un banco, depende, en gran medida, de la escasa regulación que ejercen los Estados sobre el sector privado como consecuencia de las presiones que reciben de los organismos financieros internacionales (FMI y BM) y de las corporaciones multinacionales. Asimismo, la dominación que pueden llegar a padecer un paciente frente a las decisiones de un médico o un alumno frente a las decisiones de un maestro, después de todo, también hunde sus raíces en la independencia o soberanía de los Estados. Sucede que, si estos últimos escenarios de dominación se presentan, puede deberse a dos razones fundamentales. Por un lado, la reducción del gasto público en el marco de la globalización neoliberal genera una serie de consecuencias negativas en lo que concierne a la preparación y condiciones sobre la base de las cuales laboran los médicos y maestros que ejercen sus funciones para entidades del Estado. Por otra parte, el hecho de que los Estados, como ya se refirió, no tengan las facultades necesarias para regular y fiscalizar la actividad privada debido otra vez a las presiones de distintos actores internacionales que buscan el no entorpecimiento del mercado, puede derivar en prácticas arbitrarias por parte de los médicos y maestros no pertenecientes al sector público. Como

ha sido patente en distintos países, la privatización de la salud y la educación no siempre ha implicado una mejora sustancial en estos dos servicios básicos. Por último, debe mencionarse el hecho de que muchos trabajadores se encuentren a merced o discreción de las decisiones de sus empleadores y también en este caso sería posible señalar que este fenómeno no solamente representa una problemática local o interna, sino que se funda en la configuración de la escena internacional, ya que en el marco de las exigencias de los mencionados grupos de poder económico que encabezan el proceso de globalización neoliberal, se han recortado una serie de derechos laborales que propician el surgimiento de relaciones de dominación bastante más profundas dentro del campo laboral.

En este escenario de globalización neoliberal en donde la soberanía o independencia de los Estados se ha restringido considerablemente debido a la creciente injerencia en los asuntos nacionales que tienen los organismos financieros internacionales, las empresas multinacionales, los organismos no gubernamentales, entre otros agentes externos, vale la pena preguntarse lo siguiente: ¿Cómo debiera redefinirse el papel de los aparatos estatales teniendo en cuenta que la desnacionalización del poder político ha causado una serie de consecuencias negativas para los proyectos de vida de los individuos que conforman cada país? Y, por supuesto, entre otras preguntas que es necesario responder sobre la base de las pretensiones de la presente investigación se pueden mencionar las siguientes: ¿Qué alternativas o soluciones puede aportar la teoría política republicana en este proceso de refundación del Estado-nación? ¿Acaso los principios normativos y estrategias institucionales configuradas por los republicanos italianos para enfrentar la dominación de los distintos agentes imperiales o colonialistas que acechaban sus ciudades no puede representar un excelente punto de partida para reflexionar acerca de los márgenes mínimos de libertad que requieren nuestros cuerpos políticos para satisfacer las necesidades de sus ciudadanos? ¿Y el mismo aporte no podría obtenerse de planteamientos de republicanos como Rousseau, Hamilton, Madison y Jay, los cuales estuvieron particularmente preocupados por el dominio de origen externo sobre los Estados?

Por todo lo anterior, el último subcapítulo de esta investigación estará dividido en dos secciones. La primera representará una profundización en la crisis de soberanía o independencia en la que se encuentran inmersos los Estados nacionales de Latinoamérica debido a la preponderancia cada vez más fuerte que tienen, sobre todo, los organismos financieros internacionales, las empresas transnacionales y los organismos no

gubernamentales. Y es que en las naciones de esta parte del mundo (y, en general, todas aquellas que se encuentran dentro del Tercer Mundo) el proceso de globalización neoliberal ha restringido o limitado de manera más radical los márgenes de libertad de los cuerpos políticos. En efecto, no cabe duda de que es mayor el poder de decisión que tienen naciones como Estados Unidos, China o Rusia sobre sus asuntos locales frente al influjo de organismos financieros internacionales, empresas multinacionales y organismos no gubernamentales. Finalmente, la segunda de las secciones del último subcapítulo esbozará algunas alternativas o soluciones fundamentales para la crisis de soberanía de los Estados latinoamericanos y todo ello teniendo como base los principios políticos de la teoría republicana acerca de la libertad como ausencia de dominación.

### **3.3. La soberanía o independencia de los Estados nacionales latinoamericanos en tiempos de globalización neoliberal: una interpretación desde la teoría republicana de la libertad**

Si se explora la historia de la teoría política republicana, se llegará a la conclusión de que esta última ha servido, sobre todo, a aquellas naciones de carácter periférico y semiperiférico que requirieron de una serie de herramientas discursivas para enfrentar las pretensiones imperialistas o colonialistas de otras naciones. Por lo menos desde el siglo XII hasta fines del siglo XVII, tal fue el caso de las ciudades italianas, las cuales defendieron su independencia del afán de dominación de una serie de papas y emperadores sobre la base de los ideales republicanos, tal y como se pone de manifiesto en los escritos de Dante, Marsilio, Bruni, Salutati y Maquiavelo. También podría mencionarse a varios de los más connotados intelectuales y políticos estadounidenses del siglo XVIII (entre los que destacaron Hamilton, Madison y Jay), debido a que asumieron el discurso republicano con la finalidad de enfrentar la amenaza del Imperio Británico desde la débil posición de colonia que en ese entonces tenía su nación. De manera semejante, cuando personalidades como Alonso de la Veracruz, Bartolomé de las Casas, Juan Zapata y Sandoval, Carlos de Sigüenza y Góngora, Miguel Hidalgo y Costilla, Manuel Lorenzo de Vidaurre, José Faustino Sánchez Carrión, José Gregorio Paredes e Hipólito Unanue se apropiaron de los valores y categorías republicanos, fue para enfrentar la dominación ejercida por el Imperio Español sobre los pueblos conquistados.

Dada la condición todavía sumamente periférica y deficitaria de Latinoamérica en el contexto geopolítico internacional, sin lugar a dudas no resultaría vano e infructuoso concebir las ideas de los republicanos del pasado en torno a la soberanía o independencia del Estado como una audaz y sugerente base intelectual para estructurar una crítica de los escenarios de dominación en los que están insertas las naciones de esta parte del mundo. Incluso, puede sostenerse que la necesidad de actualizar o revitalizar desde Latinoamérica la libertad republicana entendida como ausencia de dominación externa cobra más sentido si se tiene en consideración que varias de nuestras naciones han alcanzado (o están en vísperas de alcanzar) los doscientos años de existencia como repúblicas. En otras palabras, pareciera que más que nunca se hace indispensable resolver dos interrogantes decisivos: 1) ¿Los Estados nacionales latinoamericanos pueden organizar de manera verdaderamente libre o soberana sus estructuras políticas, económicas y sociales? y 2) ¿la naturaleza y características de sus leyes e instituciones se corresponden con los ideales republicanos que propiciaron las luchas contra el dominio imperial hace un par de siglos?

Como se perfiló en el subcapítulo anterior, los Estados nacionales latinoamericanos se encuentran lejos de haber alcanzado el estatus de soberanos, independientes o libres que debieran ostentar en tanto que repúblicas. Ocurre que en el marco del proceso de globalización neoliberal de las últimas décadas se ha hecho patente que aquellos no son las últimas instancias que deciden acerca de los asuntos políticos, económicos y sociales que resultan de vital importancia para garantizar el bienestar colectivo. En efecto, han irrumpido los organismos financieros internacionales, las empresas multinacionales y los organismos no gubernamentales como instancias que reúnen una enorme cuota de poder. Ciertamente, este fluir de la estatalidad en el espacio global incluso compromete la soberanía de los Estados nacionales hegemónicos, pero, debido a la posición dominante de sus élites en distintas esferas, aquellos han sabido conjurar algunas de las más importantes consecuencias perniciosas de esta serie de transformaciones que vienen reestructurando las relaciones internacionales. Es por esta razón que la configuración de lo que a veces se denomina gobernanza mundial o Estado transnacional ha perjudicado, sobre todo, a naciones carentes de un poder significativo en el tablero geopolítico, tales como las latinoamericanas:

La soberanía que ceden los países de la periferia y la semiperiferia la asume esa nueva lógica transnacional, donde los países del Norte tienen las llaves del cofre (el caso más emblemático en la economía es el FMI, donde Estados Unidos tiene

la minoría de bloqueo de las decisiones. En lo político, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, frenado o impulsado por las potencias con capacidad nuclear –de donde extraen su capacidad de veto- desde los finales de la Segunda Guerra Mundial). La soberanía que ceden los países del centro la siguen manteniendo a través de los grupos que controlan los organismos que rigen la globalización (los que controlan el FMI, el Banco Mundial, la OMC, las empresas de calificación de riesgos, los monopolios, las empresas transnacionales, los ejércitos supranacionales como la OTAN, etcétera) (Monedero, 2009, pp.117-118).

Por supuesto, de todas las instituciones internacionales intergubernamentales puede decirse que son el FMI y el BM las que dirigen el proceso de globalización neoliberal (Stiglitz, 2018). Y, si se quisiera determinar qué tipo de relación tienen aquellas con las naciones latinoamericanas, habría que señalar que ambas (sobre todo el FMI) se encargan de 1) gestionar la renegociación de las deudas de estas naciones con acreedores internacionales y de 2) otorgarles préstamos con la finalidad de que mantengan la estabilidad de sus economías. Con respecto a lo primero, en el subcapítulo anterior se señaló que los dos organismos financieros internacionales se preocupan, de manera especial, por llevar a cabo renegociaciones que protejan los intereses de los acreedores; y ello bajo la premisa de que las naciones deudoras tienen prácticamente la carga de la culpa por su irresponsable solicitud de préstamos, pese a que la teoría económica neoliberal insiste en que también la entidad u organismo que financia debe asumir un alto grado de responsabilidad por la colocación de su dinero. Ahora bien, ¿cómo funciona el otorgamiento de préstamos del FMI y qué relación puede trazarse entre esto último y la crisis de soberanía o independencia que padecen las naciones latinoamericanas?

Cuando naciones periféricas o semiperiféricas como las latinoamericanas requieren préstamos para sanear sus economías, el FMI accede a financiarlas siempre y cuando aquellas acepten una serie de condiciones. Estas consisten, por lo común, en ajustes estructurales tales como la reducción del gasto público, la flexibilización laboral, la privatización de sectores económicos estratégicos y la aceptación de acuerdos de libre comercio. Medidas que, en la mayoría de casos, no han traído las consecuencias beneficiosas prometidas para Latinoamérica y para otros países del Tercer Mundo, tal y como expresa Stiglitz en un escrito de hace casi dos décadas que, sin embargo, a la luz de lo ocurrido últimamente, se mantiene vigente:

Los programas de ajuste estructural no aportaron un crecimiento sostenido ni siquiera a los países que, como Bolivia, se plegaron a sus rigores; en muchos países la austeridad excesiva ahogo el crecimiento; los programas económicos que

tienen éxito requieren un cuidado extremo en su *secuencia* –el orden de las reformas- y ritmo. Si, por ejemplo, los mercados se abren a la competencia demasiado rápidos, antes del establecimiento de instituciones financieras fuertes, entonces los empleos serán destruidos a más velocidad que la creación de nuevos puestos de trabajo. En muchos países, los errores en secuencia y ritmo condujeron a un paro creciente y una mayor pobreza. Tras la crisis asiática de 1997, las políticas del FMI exacerbaron las convulsiones en Indonesia y Tailandia. Las reformas liberales han tenido éxito en algunos casos –un ejemplo muy citado es Chile-, pero buena parte del resto del continente aún debe recuperarse de la década perdida para el crecimiento que siguió a los así llamados exitosos rescates del FMI a comienzos de la década de 1980, y muchos sufren hoy tasas de paro crónico elevadas [...] aunque la inflación ha sido contenida (2018, pp. 160-161).

Si son tan patentes las consecuencias negativas que se derivan de los ajustes estructurales dictados por el FMI y por otros organismos financieros internacionales, ¿por qué los gobiernos continúan solicitándoles préstamos que les llevarán, indefectiblemente, a aceptar tales formas de condicionamiento? La respuesta es que, en situaciones críticas de las naciones latinoamericanas y no hegemónicas en general, resulta tan apremiante el dinero para evitar graves crisis económicas, que simplemente queda como única opción aceptar lo establecido por el FMI. Esto quiere decir que en el marco de la relación entre este organismo y los gobiernos suelen darse “negociaciones” desiguales en las que casi todo el poder está en manos del primero, motivo por el cual no acontece, en sentido estricto, una discusión o debate sobre las condiciones del préstamo. Actualizando o revitalizando la teoría republicana de la libertad, podría expresarse al respecto que, como el prisionero de guerra que “decide” ser esclavo del vencedor con el objetivo de no morir, un gran número de Estados “deciden” acatar las condiciones del FMI para no tener una total desintegración de sus estructuras económicas. Sin embargo, en condiciones tan críticas y frágiles no se puede pensar que un prisionero de guerra ha actuado libremente cuando ha “decidido” ser esclavo o que un Estado ha actuado en el mismo sentido cuando ha “decidido” admitir los dictados del FMI, perdiendo de esta manera un amplio margen de su soberanía o independencia para organizar sus estructuras político-económicas. Como sostuvo Rousseau, la fuerza «es un poder físico; yo no veo qué moralidad puede resultar de sus efectos. Ceder a la fuerza es un acto de necesidad, no de voluntad; es, a lo sumo, un acto de prudencia. ¿En qué sentido podrá ser un deber?» (2002, p. 134).

Pero, ¿acaso los gobiernos nacionales no tienen alguna forma de disentir de las medidas cuya implementación suele buscar el FMI? ¿Qué sucedería si los representantes

políticos de las naciones latinoamericanas pusiesen sus propias condiciones pese al escaso poder que ostentan? Stiglitz brinda una respuesta a estas preguntas a través de un análisis de la relación que entablaron Corea del Sur y el FMI en la década de los noventa:

Los economistas coreanos sabían que las políticas recomendadas para su país por el FMI serían desastrosas [...] Y, sin embargo, los funcionarios de Corea callaron. Me preguntaba el porqué de su silencio, pero no obtuve una respuesta de los funcionarios del Gobierno hasta una visita dos años más tarde, cuando la economía coreana ya se había recuperado. Dada la experiencia pasada, la respuesta no me sorprendió: los funcionarios coreanos, a regañadientes, me explicaron que temían disentir abiertamente. El FMI no solo podía haber interrumpido su propia financiación, sino que también podía haber utilizado su intimidante púlpito para desanimar las inversiones privadas, transmitiendo a las entidades financieras del sector privado sus dudas sobre la economía coreana. Al país, pues, no le quedaba elección. Incluso una crítica implícita de Corea al programa del FMI podría haber tenido un efecto desastroso: habría sugerido al FMI que el Gobierno no comprendía cabalmente «la economía del FMI» [...] Un anuncio público por parte del FMI de una ruptura de las negociaciones, incluso un retraso en ellas, enviaría una señal sumamente negativa a los mercados. En el mejor de los casos, esta señal llevaría a una subida de los tipos de interés y, en el peor; a una interrupción completa de la financiación privada. Algo más grave para algunos de los países más pobres, que, en cualquier caso, tienen poco acceso a fondos privados, es que otros donantes (el Banco Mundial, la Unión Europea y muchos otros países) facilitan financiación solo con la aprobación del FMI (2018, pp. 184-185).

Aunque el anterior sea un panorama pormenorizado de la específica relación que estableció el FMI con Corea del Sur, no cabe duda de que refleja, de manera general, el tipo de influencia que suele ejercer dicho organismo financiero internacional sobre naciones no hegemónicas, entre las cuales puede contarse a las latinoamericanas. Y el detalle importante a tener presente es que, desde la teoría republicana de la libertad, tal influjo del FMI y de otras instancias que conforman el Estado transnacional o gobernanza mundial puede interpretarse como una manifestación de dominación sobre las naciones latinoamericanas en tanto que el gran poder que concentran 1) anula casi por completo toda posible negociación o debate en condiciones de libertad e igualdad sobre los términos de los acuerdos y 2) genera una especie de temor en los representantes políticos de las distintas naciones. Sobre el primer punto, se ha argumentado anteriormente que, para los escritores republicanos el exceso de poder que puede llegar a tener un agente frente a otro anula en este último toda posibilidad de actuar libremente. Entonces, no se pueden dar acuerdos libres entre dos agentes cuando uno de estos, como consecuencia de su debilidad



y vulnerabilidad, se encuentra al arbitrio del otro. Este posicionamiento discrecional de un agente frente a otro se puede dar en las relaciones entre un gobernante y sus gobernados, entre un empleador y sus trabajadores, entre un hombre y una mujer, entre un padre y sus hijos, entre un profesor y sus alumnos (dominación interna) y, por supuesto, de acuerdo con lo que está planteándose en esta investigación, entre un organismo financiero internacional y un Estado (dominación externa). Acerca del segundo punto, es necesario recordar que, desde el punto de vista de los escritores republicanos del pasado, el ejercicio de la dominación de un agente sobre otro también genera una serie de efectos psicológicos, tales como el miedo, el cual, a su vez, propicia un tipo de vida indigno y despreciable marcado por las actitudes serviles. Por ejemplo, debido al miedo que sienten frente a posibles decisiones arbitrarias de gobernantes, empleadores, hombres, padres y profesores, respectivamente, gobernados, trabajadores, mujeres, hijos y alumnos, pueden verse movidos a actuar de manera adulatoria e hipócrita, imposibilitados de poder ver cara a cara a aquellos que tienen al frente. Ahora bien, por lo expuesto anteriormente, una vez más es patente que aquello que se presenta entre los individuos que se relacionan dentro de las fronteras de un cuerpo político (ámbito interno), también se manifiesta en el marco de las relaciones internacionales que entabla este con agentes, instituciones o cuerpos extranjeros (ámbito externo). En efecto, sobre todo los Estados subdesarrollados o pertenecientes al bloque del Tercer Mundo (encarnados en unos representantes legítimamente escogidos por los ciudadanos) “sienten miedo” frente a posibles decisiones unilaterales o arbitrarias de organismos financieros internacionales como el FMI, razón por la cual prefieren hundirse en el servilismo y la dependencia, aunque formal y retóricamente se autodenominen como soberanos e independientes. En vista de lo anterior, el siguiente pasaje que Pettit expone con la finalidad de describir la condición de los individuos que sufren dominación, sin ningún problema también podría ser empleado para dar cuenta de las naciones dominadas:

[...] Viven bajo la sombra de la presencia de otros, aunque ningún brazo se levante contra ellos. Viven en la incertidumbre respecto de las reacciones de otros, y con la necesidad de tener el ojo alerta a los humores ajenos. Se sienten en una situación que les rebaja por su vulnerabilidad, incapaces de mirar al otro de frente, y en la que puede incluso verse forzados a tragar sapos, a la adulación y al falso halago, en un intento de congraciarse (1999, p. 22).

Otro factor que hace del FMI y de otros organismos internacionales como el BM y la OMC agentes externos dominantes es que no rinden cuentas a los ciudadanos de todo el mundo a los cuales afectan directamente con sus medidas económicas y políticas. Y esto ocurre pese a que son instituciones públicas en tanto que subsisten con el dinero de los millones de contribuyentes de los distintos Estados. En todo caso, como ha sido expuesto anteriormente, tales instituciones intergubernamentales, si tienen que responder por sus decisiones frente a alguien, es frente a las naciones a las que más afectan sus actividades:

Tras los problemas del FMI y de las demás instituciones económicas internacionales subyace un asunto de Gobierno: quién decide qué hacen. Las instituciones están dominadas no solo por los países industrializados más ricos, sino también por los intereses comerciales y financieros de esos países, lo que, naturalmente, se refleja en las políticas de dichas entidades. La elección de sus presidentes simboliza esos problemas y con asiduidad ha contribuido a su disfunción. Aunque casi todas las actividades del FMI y del Banco Mundial tienen lugar hoy en el mundo subdesarrollado (y ciertamente todos sus préstamos), estos organismos siempre están presididos por representantes de los países industrializados (por costumbre o acuerdo tácito, el presidente del FMI siempre es europeo, y el del Banco Mundial siempre es estadounidense). Estos son elegidos a puerta cerrada y jamás se ha considerado un requisito que el presidente posea alguna experiencia sobre el mundo en desarrollo. Las instituciones no son representativas de las naciones a las que sirven (Stiglitz, 2018. p. 161).

Entonces, ubicados más allá de todo control, fiscalización o incluso crítica de los Estados nacionales no hegemónicos a los cuales afectan directamente, tales organismos financieros internacionales se posicionan con plena facilidad como agentes externos dominantes. En otras palabras, de forma similar al tirano que en el ámbito interno se encuentra más allá de toda ley del cuerpo político, sea el FMI, el BM o la OMC, se encuentran más allá de las constituciones y leyes de los cuerpos políticos en los cuales tienen injerencia en el marco de las relaciones internacionales. En palabras del economista y ex presidente de Ecuador Rafael Correa,

[...] las burocracias del FMI, Banco Mundial y BID actuaron como los principales publicistas y promotores del paradigma neoliberal, además de representantes de los acreedores y ejecutores de la política exterior de determinados países. Sus recetas, independientemente de los programas de gobierno presentados en campañas electorales y de los pronunciamientos de nuestros pueblos en las urnas, fueron impuestas o agenciosamente asumidas sin crítica alguna por los gobiernos de turno, por lo que adicionalmente al fracaso económico y social, el neoliberalismo también lesionó gravemente la legitimidad del sistema democrático (2014, pp. 65-66).

En *El malestar en la globalización*, Stiglitz defiende un punto de vista similar al de Correa de la siguiente manera:

La desproporción del poder entre el FMI y los países «clientes» inevitablemente genera tensiones entre ambos, y la conducta del FMI en las negociaciones exacerba una ya de por sí difícil situación. Al dictar los términos de los acuerdos, el FMI, de hecho, ahoga cualquier discusión con el Gobierno cliente –por no hablar del país en general- sobre políticas económicas alternativas [...] Las autoridades de los gobiernos lo sabían y obedecían: podían discrepar en privado, pero no en público. La posibilidad de modificar las posiciones del FMI era endeble y mucho mayor, la de molestar a sus dirigentes y lograr que endurecieran su actitud en otros campos. Si se irritaba o enfadaba, el FMI podía retrasar sus préstamos, una perspectiva inquietante para un país que estaba en crisis. [...] A los países se les marcaban objetivos estrictos –lo que podían conseguir en treinta, sesenta, noventa días-. En algunos casos los acuerdos establecían *qué leyes* debía aprobar el Parlamento del país para cumplir con los requisitos u «objetivos» del FMI –y en qué plazo- (2018, p. 185).

Como resulta patente, esta condicionalidad que imponen el BM y, sobre todo, el FMI, aunque se presenta como netamente económica, termina invadiendo el ámbito político, reconfigurando la naturaleza y funciones de instituciones públicas de carácter estratégico. Un ejemplo destacado es el de los bancos centrales, ya que por la presión de los organismos financieros internacionales un gran número de naciones ha decidido independizar a aquellos de manera considerable del proceso político, pese a que no existen suficientes pruebas de que esta medida sea más favorable para el crecimiento y la estabilidad económicas (Stiglitz, 2018). Y, como precisa Rafael Correa (2014), habría que mencionar que esta autonomía o independencia que reclaman los bancos centrales para operar de manera “imparcial” y “técnica” es simplemente una autonomía relativa a los pueblos y leyes, pues en los hechos aquellos se encuentran supeditados, precisamente, a las burocracias del FMI y el BM. Prueba de ello es el hecho de que en una gran cantidad de naciones latinoamericanas las oficinas del FMI han venido funcionando durante bastante tiempo dentro de los mismos bancos centrales.

Como se ha expuesto con más detalle en el subcapítulo anterior, el influjo que ejercen las empresas multinacionales o transnacionales sobre los Estados nacionales, en menor o mayor medida, también es reflejo de una forma de dominación externa. Sobre todo, es cierto lo anterior si se tiene presente el caso de las naciones no hegemónicas, tales

como las latinoamericanas, ya que estas, de manera más recurrente, ven cómo es desafiado su poder por el aparato corporativo dentro de sus respectivas fronteras. En ellas, tal y como expresa Quentin Skinner en una entrevista ya citada, las grandes empresas extranjeras establecen «las condiciones de inversión y de empleo, y tienen el poder de amenazar con el retiro de su inversión de los Estados locales con la correspondiente eliminación de fuentes de empleo, si sus demandas no son satisfechas, aun cuando esas demandas son contrarias a las prioridades de los Estados» (Quijano, F. y Giannakopoulos, G, 2013, p. 8).

Por supuesto, esto es posible debido a que las más grandes empresas han adquirido de un tiempo a esta parte un enorme peso económico gracias a que el proceso de globalización neoliberal les ha brindado las facilidades para que constituyan monopolios en distintos sectores estratégicos. Con ello, se han vuelto incontrolables para los Estados nacionales, los cuales en no pocas ocasiones incluso tienen ingresos anuales menores que los de aquellas. Sobre esta base, las multinacionales o transnacionales se han constituido en agentes externos que ejercen dominación sobre Estados nacionales como los latinoamericanos en tanto que restringen considerablemente sus facultades para organizar no solamente los asuntos económicos sino también los políticos. Y, para ello, se sirven de instrumentos como el *lobby*, el financiamiento de campañas electorales, las *puertas giratorias* Estado-corporaciones, el uso de calificadoras de riesgo-país y la presión a través de los medios masivos de comunicación. En otros términos, el poder corporativo puede ejercer su dominio de dos maneras: empleando medios sutiles y no interferentes (amenazas, chantajes y producción de miedo) o medios abiertos, directos e interferentes (retiro de inversiones e injerencia en los asuntos públicos).

¿Y qué se puede señalar de manera más específica sobre la injerencia de las ONG internacionales en los Estados latinoamericanos? En primera instancia, puede mencionarse el hecho de que, por lo menos desde la década de los ochenta, es que tales actores transnacionales han adquirido enorme preponderancia en esta parte del mundo. Por un lado, esto se debió a que para tales fechas el proceso de globalización neoliberal había calado de tal manera en las naciones latinoamericanas que sus gobiernos requirieron cada vez más del respaldo y legitimación exteriores. Ambas cosas empezaron a llegar, precisamente, a raíz de la aceptación de las estrategias, disposiciones y soluciones de tales ONG foráneas, las cuales se encontraban respaldadas, a su vez, por organismos multilaterales como la ONU, UNICEF, la OMS, el FMI y el BM.

De acuerdo con el sociólogo Javier Treviño, el Estado mexicano, por ejemplo, empezó a buscar respaldo y legitimación en las ONG y estas

[...] sabiendo de su poder relativo, vincularon sus temas de interés a otros más importantes para el gobierno en ese momento, como eran los comerciales y económicos [...] Claro ejemplo de ello es que las ONG de derechos humanos influyeron en el curso y resultado de la negociación de los acuerdos comerciales con América del Norte y la UE.

[...] al Estado se le impuso un cierto grado de injerencia, directa o indirecta, de actores transnacionales en aspectos que anteriormente se consideraban de exclusiva jurisdicción interna; se vio obligado a redefinir su concepto de soberanía al reconocer la validez de las demandas internacionales (2004, p.511)

De hecho, este análisis referido al México de los ochenta también resulta útil para entender cómo es que por las mismas fechas se dio la instalación de las ONG extranjeras en las demás naciones latinoamericanas, lo cual derivó en una injerencia cada vez más progresiva de estas en la toma de decisiones de los representantes políticos legítimos a propósito de la protección de los derechos humanos, la conservación del medioambiente frente a la contaminación y la defensa de las mujeres y de otras poblaciones vulnerables. Y, como ya se manifestó en el subcapítulo anterior, aunque esta labor de las ONG aparenta ser “desinteresada”, “humanitaria” y “filantrópica”, no resulta descaminado sospechar seriamente al respecto en tanto que aquellas, para tener funcionamiento, reciben apoyo económico de Estados hegemónicos y de empresas transnacionales. Sobre todo, esta sospecha adquiere mayor sentido cuando se tiene en consideración que tales ONG, debido al respaldo internacional que poseen, logran bloquear el desarrollo de dimensiones estratégicas de las naciones latinoamericanas en nombre de la democracia, los derechos humanos y el medioambiente; pasando por encima de decisiones soberanas tomadas por autoridades políticas legítimas y de importantes demandas materiales hechas por la población.

Así, tomando el ejemplo más resaltante en el último tiempo, en el marco de la lucha medioambientalista de distintas ONG en territorio latinoamericano, estas han ejercido una notable presión sobre las autoridades e instituciones políticas con miras a que se restrinja considerablemente la explotación de recursos naturales, incluso avanzando las más extremistas de aquellas hacia propuestas de crecimiento cero para las economías de esta parte del mundo. Sin embargo, como afirma Rafael Correa, los que enarbolan este tipo de planteamientos medioambientales no tienen en cuenta que su

implementación implicaría un costo inmenso, pues los ingresos que se obtienen de tales actividades económicas podrían tener como destino enfrentar la pobreza, eliminar el analfabetismo e implementar mejores sistemas públicos de salud; desde su perspectiva, la idea del crecimiento cero «para nuestras economías, para nuestro medioambiente, que ya no produzcamos más, que tenemos lo suficiente [...] eso está bien para los países ricos donde existe un decrecimiento de la población, pero para países pobres, donde hay población creciente, es un suicidio» (América Economía, 2014). En este sentido, no solamente Correa, sino también otros líderes políticos como Evo Morales y Álvaro García Linera se han mostrado críticos frente a los discursos medioambientalistas extremos cuyo objetivo es desmontar proyectos industriales, bloquear la construcción de carreteras, ferrocarriles e hidroeléctricas y crear infinidad de reservas y parques para defender la intangibilidad de millones de hectáreas del territorio latinoamericano; y todo ello sin reparar en el impacto negativo que tienen estas estrategias y políticas en la lucha contra las desigualdades y la pobreza.

Un detalle importante a tener presente es que cuando las ONG extranjeras no logran dirigir las decisiones de los gobiernos de turno, optan por direccionar a autoridades regionales, comunidades locales y otros actores que ostenten una parcela de poder suficiente como para ejercer presión política. Por ejemplo, mientras cumplía funciones como vicepresidente de Bolivia, García Linera pudo presenciar el siguiente episodio:

Cuando hemos consultado a la CPILAP (Central de Pueblos Indígenas de La Paz) sobre la posibilidad de explotar petróleo, nos ha pedido que vayamos a negociar a Bruselas con su buffet de abogados y que respetemos unos enunciados medio ambientalistas publicados por USAID (Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional). ¿Cómo es eso? ¿Quién está impidiendo que el Estado explore petróleo en el norte de La Paz: ¿las comunidades indígenas tacanas, una ONG o países extranjeros? Por ello, hemos ido a negociar comunidad por comunidad y allí hemos encontrado el apoyo de las comunidades indígenas para llevar adelante la exploración y explotación (Le Monde Diplomatique, 2009).

De esta manera, no solamente en Bolivia sino también en todos los demás países latinoamericanos distintas ONG extranjeras respaldadas por Estados nacionales hegemónicos, por organismos financieros internacionales o por empresas multinacionales atentan contra la soberanía o independencia de los Estados latinoamericanos, siendo imposible verlas como organizaciones que únicamente tienen fines filantrópicos y solidarios. Quizá todavía no cabe referirse a aquellas como agentes dominantes en todo

el sentido de la palabra, pero de todas maneras debe prestársele atención al papel que cumplen porque en los últimos años vienen adquiriendo más poder en el ámbito internacional. Sobre todo, esto ocurre con aquellas ONG como Greenpeace y Amnistía Internacional, cuya presencia en todo el mundo, así como también el poderío económico que las respalda ya genera serias dificultades para el ejercicio de la soberanía política de los Estados nacionales latinoamericanos.

Habiendo presentado un panorama general de la circunstancia de los Estados nacionales latinoamericanos en el contexto del proceso de globalización neoliberal, cabe preguntarse lo siguiente: sobre la base de la teoría republicana de la libertad, ¿qué alternativas y soluciones pueden plantearse para la referida crisis de soberanía o independencia que viven las naciones de esta parte del mundo?

En primera instancia, es capital recordar que, si bien en las últimas décadas la reflexión de autores como Skinner, Pettit y Viroli, ha dado forma a una teoría política republicana de la libertad entendida como no-dominación interna útil para enfrentar una serie de problemáticas sociales y políticas actuales, no se puede decir lo mismo acerca de una teoría republicana de la libertad como no-dominación externa. Como se ha señalado antes, los filósofos republicanos contemporáneos prácticamente no se han ocupado de la problemática de las relaciones interestatales. Entonces, solamente de manera preliminar y exploratoria, se ensayarán en lo que queda de esta investigación algunas alternativas y soluciones que podrían derivarse de una actualización o revitalización de la crítica republicana tradicional de la dominación externa. Con ello, se espera, por un lado, sentar las bases para posteriores reflexiones desde el republicanismo acerca de la soberanía o independencia que requieren los Estados nacionales para encaminarse hacia la libertad y el bien común y, por otro lado, reinsertar en la discusión filosófica dicha temática en tanto que la misma es poco abordada en la actualidad por otras tradiciones de pensamiento político tales como el liberalismo, el comunitarismo, el democratismo y el socialismo.

Concentrándonos únicamente en la injerencia dominante que tienen en los asuntos nacionales los organismos financieros internacionales, las empresas transnacionales, los organismos no gubernamentales y, por supuesto, las naciones hegemónicas, consideramos que una perspectiva republicana según la cual la libertad también debe entenderse como ausencia de dominación externa tendría que redefinir en el plano teórico los alcances y límites que le deben corresponder a todo Estado. En efecto, una estatalidad mínima y débil, prácticamente solo legitimada por sus funciones jurídicas y policiales (tal

y como propugnaron Hobbes, los liberales y ahora los neoliberales) no puede enfrentar los embates de los distintos agentes internacionales o transnacionales contra sus constituciones, leyes e instituciones políticas. Como señala el politólogo González Ulloa, es patente «la necesidad de fomentar un replanteamiento de la figura del Estado como ese ente regulador –más que espectador o, como más recientemente se ha presentado, como consentidor y hasta auspiciador de los caprichos del mercado- ante la inestabilidad financiera» (2010, p. 6). En la misma línea se expresa la politóloga Rayón Ballesteros, para quien

El desafío del Estado en estos momentos es refundarse, debido a que la forma como actúa el mercado a escala mundial, que socava tanto las economías nacionales como los mismos Estados, crea una nueva forma de política que sale de los canales tradicionales institucionales de la política tradicional y ahora se define por una subpolitización, la cual se maneja sin la participación del Estado (2018, p. 11).

De hecho, esto no debe interpretarse como que un nuevo republicanismo tendría que buscar la implementación de un ultranacionalismo de fronteras cerradas. Además de que no pueden negarse los importantes beneficios que ha traído el hecho de que las naciones se encuentren cada vez más interconectadas, pese a que los perjuicios y costes no son para nada despreciables<sup>74</sup>, es necesario tener en consideración que debido a la fuerza que tiene el proceso de globalización, probablemente, sea un fenómeno irreversible cuya desaparición solamente cabe pensarla en un escenario utópico<sup>75</sup>. Como sostiene Monedero, nada resulta «más torpe para los intereses colectivos de un pueblo que encerrarse en las propias fronteras negando el impulso de integración mundial en marcha. Esconder la cabeza debajo del ala no conjura el peligro de ser comido por el león. A la fuerza globalizan» (2009, p. 109)

Sin embargo, de lo anterior no se deduce necesariamente que los Estados deban renunciar a ciertas competencias o funciones elementales que antes ostentaban y que posibilitaban la toma de decisiones soberanas o independientes de las autoridades

---

<sup>74</sup> Incluso, Stiglitz refiere que, haciendo las sumas y las restas, cabría decir que sobre todo de determinadas regiones del Tercer Mundo las desventajas y perjuicios de la globalización neoliberal han sido mayores que las ventajas y beneficios (2018).

<sup>75</sup> A su vez, otro motivo por el cual no es posible pensar seriamente en una ruptura con el proceso de globalización es que importantes problemáticas nacionales no pueden abordarse de otra manera que desde la perspectiva local-global. Como ejemplos puede mencionarse, el calentamiento global, el narcotráfico y, como se está experimentando actualmente, las pandemias.



políticas en esferas de suma importancia para los intereses colectivos. Como señala Rayón Ballesteros, probablemente ha sido la crisis del 2008 la que ha terminado de mostrarnos lo absurdo que resulta insistir en una globalización como proceso autónomo y autopoietico radicalmente desvinculado de las distintas problemáticas que requieren resolver las naciones. Dicha crisis dejó claros los límites de la globalización para autorregularse al mismo tiempo que hizo patente

la necesidad de que los Estados participen de manera más activa en la regulación de los flujos de dinero en el sistema financiero internacional. El mercado, dejado a su libre albedrío, es autodestructivo; si el Estado no establece reglas claras, la falta de límites crea grandes desajustes en la economía, propiciando grandes quebrantos ante la irresponsabilidad con la que se dan los préstamos, se conducen las empresas y solo se da prioridad a la ganancia inmediata sin pensar en los efectos sobre la economía a largo plazo (2018, p. 9).

Una opinión semejante tiene Rafael Correa para quien la globalización neoliberal del siglo XXI

solo busca crear un mercado mundial y no una sociedad global, ahora son los países del Tercer Mundo los que pueden perder por falta de dicha acción colectiva a nivel global, compitiendo entre sí, por ejemplo, por medio de la precarización sin límites de las condiciones laborales.

Es indiscutible e irrefutable aquel fenómeno económico llamado mercado, pero queremos sociedades nacionales y globales *con* mercado, gobernando al mercado para alcanzar los objetivos socialmente deseables, y no sociedades *de* mercado, donde sociedades, vidas y personas estén sometidas a la entelequia del mercado (2014, 152).

Sobre la base de estas reflexiones, a lo que se debe apuntar es a una globalización alternativa o contrahegemónica, tal y como la que en las últimas décadas han intentado construir, con aciertos y desaciertos, varios gobiernos latinoamericanos de izquierda, pues «al tiempo que están reclamando soberanía nacional y enfrentando las posiciones colonialistas, neocolonialistas o imperialistas del Norte, están articulando formas alternativas de integración regional». (Monedero, 2009, p. 109). Y es que el afán de unificar o integrar una serie de regiones, pueblos o naciones se ha mostrado a lo largo de la historia como una estrategia bastante eficaz para enfrentar la dominación externa. Así, una idea sumamente audaz sería pensar en Latinoamérica como una unidad geopolítica, ya que la actual fragmentación del subcontinente no hace posible generar los contrapesos necesarios en el marco de las relaciones internacionales. Precisamente, el objetivo de

construir bloques geopolíticos para enfrentar la injerencia de agentes extranjeros hunde raíces profundas en la tradición política republicana. Por un lado, los republicanos italianos como Dante, Guicciardini y Maquiavelo enfatizaron en la necesaria unidad de las ciudades italianas para enfrentar al Papa y al Emperador y, por otro lado, los republicanos norteamericanos como Hamilton, Madison y Jay destacaron la importancia de la unidad de Estados o cuerpos políticos ya definidos a través del recurso al federalismo y ello con miras a tener los medios para luchar contra el dominio del Imperio Británico.

En suma, una redefinición republicana desde Latinoamérica de los alcances y límites que deben tener los Estados tiene que poner en el centro la relevancia de la integración regional como instrumento soberanista o independentista dado el poder cada vez más dominante que tienen agentes externos como los organismos financieros internacionales, las empresas multinacionales, los organismos no gubernamentales y los Estados hegemónicos. Efectivamente, así como en el ámbito interno el republicanismo siempre ha considerado fundamental establecer los debidos contrapesos para evitar la arbitrariedad o discrecionalidad de algún individuo o grupo de individuos, en el ámbito externo vinculado con las relaciones internacionales dicha tradición política también ha enfatizado en el carácter decisivo de la generación de contrapesos para bloquear la configuración de poderes imperiales o colonialistas.

Volviendo a la posibilidad de pensar en una globalización alternativa, también puede mencionarse como ejemplo de otra globalización la que viene desarrollándose en el Este asiático, ya que en las naciones de esta región dichas interconexiones cada vez más estrechas han traído más beneficios que en otras partes del mundo. Y ello se debe, en gran medida, a que Estados como los de China y Japón han aplicado la globalización bajo sus propias condiciones y a su propio ritmo, ejerciendo en muchos casos su soberanía política frente a intentos de injerencia de agentes externos, tal y como detalla Stiglitz (2018). Puntualmente, estas naciones asiáticas han tenido éxito debido a que desde el comienzo no han asumido a pie juntillas el dogma de la rápida y absoluta liberalización comercial enarbolado por los organismos financieros internacionales, las empresas multinacionales y los Estados hegemónicos. Por el contrario, han configurado sus economías a través de una protección sensata y selectiva de ciertos ámbitos de sus industrias hasta que estas fueran lo suficientemente fuertes para entrar en competencia con las empresas extranjeras. Con ello, no hicieron otra cosa que replicar el camino seguido por naciones como Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia, las cuales en

otro tiempo se encargaron de promover una industria infantil de base a través de políticas económicas proteccionistas para luego avanzar hacia el aperturismo comercial. En otras palabras, tal y como arguyen economistas como Ha-Joon Chang (2002) y Rafael Correa (2014), los países que ahora son los hegemónicos y más desarrollados siguieron una estrategia económico-política inversa a la que actualmente imponen por distintos medios a los países del Tercer Mundo, pisoteando las instituciones políticas soberanas de estos:

los Estados Unidos resistieron los cantos de sirena orquestados por Inglaterra, y claramente entendieron que necesitaban un “sistema americano” en oposición al “sistema británico” de libre comercio. Explícitamente se manifestó que el libre comercio era parte del sistema imperialista británico y que designaba a Estados Unidos el papel de exportador de productos primarios. Incluso Chang demuestra, en una interesante revisión histórica, que fue Alexander Hamilton –y no Friedrich List, como normalmente se piensa-, quien en 1791, en su calidad de Secretario del Tesoro de Estados Unidos, presentó por primera vez en forma sistemática el argumento de la “industria infantil” para justificar el proteccionismo industrial de ese país. Chang sostiene que Estados Unidos “permaneció como el más ardiente practicante de la industria infantil hasta la Primera Guerra Mundial, con la notable excepción de Rusia a principios del siglo XX [...] Así, Bairoch llama a los Estados Unidos “la madre y el bastión del proteccionismo moderno” (1993). Nuevamente de acuerdo a Chang, solo cuando la supremacía industrial estadounidense fue absolutamente clara después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos, al igual que la Inglaterra del siglo XIX, comenzó a promover el libre comercio, pese a haber adquirido esta supremacía a través de un intenso y nacionalista proteccionismo industrial (Correa, 2014, p. 159).

Empleando los términos utilizados por Stiglitz, es necesario que naciones como las latinoamericanas entiendan que ni el proteccionismo generalizado ni la rápida liberalización comercial son caminos convenientes para lograr el crecimiento y desarrollo sostenidos (2018, pp. 159-164).

Entonces, en consonancia con lo planteado en otros tiempos por la teoría política republicana, estamos convencidos de que es necesario elevar el nivel de autodeterminación de los Estados nacionales latinoamericanos y de todos aquellos otros que pertenecen al Tercer Mundo, de tal manera que estos tengan un margen de libertad más amplio para configurar sus estructuras económicas y políticas con miras a favorecer a las grandes mayorías; y ello sin tener que lidiar con la intervención ilegítima y, por ende dominante y arbitraria de los distintos actores transnacionales, tan preponderantes en tiempos de la globalización neoliberal.

Desde un republicanismo contemporáneo específicamente preocupado por la dominación externa, podría sugerirse también que el FMI, el BM y otros organismos financieros internacionales tengan una apertura al diálogo bastante más amplia frente a naciones como las latinoamericanas. En efecto, es injusto desde todos los puntos de vista que mientras las naciones industrializadas o desarrolladas sí pueden desobedecer los dictados de tales instituciones si es que por alguna razón no los consideran apropiados para sus economías, las naciones del Tercer Mundo tienen que acatarlos sin tener siquiera la posibilidad de discutirlos en condiciones de igualdad. En palabras de Stiglitz, «[...] el FMI [...] no puede desdeñar totalmente las demandas generalizadas de los países pobres que desean participar más en la formulación de las estrategias de desarrollo y buscan que se preste una mayor atención a la pobreza» (2018, p. 191).

Frente al FMI, el BM y demás organismos internacionales, otra propuesta de raigambre republicana digna de ser, por lo menos, analizada es la de crear los dispositivos y estrategias necesarias para que aquellas puedan ser fiscalizadas y controladas de alguna manera, habida cuenta de que afectan directamente los intereses colectivos de las naciones y de que son entidades que funcionan con los recursos públicos de los países miembros. Por supuesto, esta fiscalización y control no tiene que ser encabezada solamente por los Estados hegemónicos, sino por todos aquellos Estados nacionales que, de una u otra manera, se vean afectados por las decisiones de dichos organismos internacionales. Como se recordará, esta propuesta tiene una inspiración republicana en tanto que los representantes de esta tradición política siempre destacaron la importancia que tiene el control, fiscalización y transparentamiento por vía institucional de aquellos poderes que pueden tornarse arbitrarios o discrecionales debido a sus dimensiones.

Con respecto al peso cada vez más importante que tienen las empresas multinacionales en el entramado socio-político de Latinoamérica, una teoría política republicana de la libertad tendría que oponerse radicalmente al hecho de que aquellas establezcan unilateralmente las condiciones de inversión y de empleo en las naciones. Sucede que este tipo de posicionamiento de las grandes corporaciones extranjeras las configura como agentes arbitrarios o discrecionales en tanto que terminan recurriendo al chantaje y la extorsión o al ejercicio abierto y directo de su poder dominante contra las naciones latinoamericanas.

Frente a este escenario, un nuevo republicanismo, 1) una vez más recordaría la importancia que puede tener en Latinoamérica la configuración de bloques regionales, ya que varias naciones unidas podrían negociar en mejores condiciones con estas corporaciones multinacionales, lo cual traería acuerdos más beneficiosos para los intereses colectivos. En efecto, la integración internacional funciona como una especie de contrapeso frente a un poder empresarial que dadas sus dimensiones termina posicionándose en muchas ocasiones como un agente externo generador de dependencia.

2) Una estrategia con el mismo espíritu republicano sería la de promover leyes que combatan el monopolio; una bandera que, por supuesto, no tendría que ser enarbolada aisladamente por algunos países, sino que debiera formar parte de una campaña internacional encabezada por los organismos internacionales de distinta índole. Ocurre que, como se ha comentado en un apartado anterior, la riqueza se encuentra cada vez más concentrada en unas pocas manos debido a las compras, absorciones y fusiones empresariales, lo cual ha posibilitado la formación de una especie de oligarquía financiera y empresarial internacional cuya injerencia en los ámbitos político y económico de la mayoría de países del mundo es cada vez más amplia y profunda. Algo que, por supuesto, afecta negativamente a los intereses colectivos. El detalle importante a considerar a propósito de lo anterior es que la lucha contra los monopolios no solo encuentra sentido en nombre de la justicia y la equidad, sino también incluso en nombre de la competencia empresarial invocada hasta el hartazgo por los defensores más apasionados de la doctrina neoliberal. Ahora bien, en consonancia con las leyes antimonopolio puede encontrarse la implementación del impuesto a la riqueza, una medida que para una serie de economistas de nuestro tiempo es un camino para reducir de alguna manera las grandes dimensiones del poderío económico de las empresas, al mismo tiempo que las obligan a generar un beneficio directo a favor de la población.

3) Asimismo, las naciones de todo el mundo, (especialmente las pertenecientes al Tercer Mundo como las latinoamericanas) debieran generar los dispositivos legales necesarios para evitar las famosas puertas giratorias Estado-empresas, ya que es patente que a través de ellas se incrustan en el cuerpo político los intereses particulares de carácter empresarial. Y es que por medio de la acción de altos funcionarios públicos ha ocurrido que las empresas no solamente transnacionales sino también nacionales han ejercido presión para que las leyes e instituciones públicas se tuerzan a su favor, actuando una vez más como agentes dominantes y arbitrarios. Como puede notarse, todo aquello que nuestras leyes e instituciones pueden hacer desde un punto de vista republicano frente al poderío cada vez más arbitrario y discrecional de las

multinacionales o transnacionales se puede decir que es un capítulo abierto, al mismo tiempo que una invitación para los filósofos, politólogos, constitucionalistas y demás profesionales vinculados con tales materias.

Finalmente, cabe preguntarse qué medidas de inspiración republicana podrían implementarse frente a la influencia cada vez más amplia que tienen las ONG sobre la soberanía o independencia de los Estados latinoamericanos. 1) Algo fundamental es que aquellas estén obligadas legalmente a transparentar los ingresos que reciben para sostenerse y ello debido a que estos en no pocas ocasiones tienen su origen en Estados hegemónicos o en empresas transnacionales cuyos intereses particulares se encuentran lejos de corresponderse con los intereses colectivos de nuestras naciones. De darse el caso que estas se nieguen a romper el secretismo relacionado con los fondos que les permiten sostenerse, entonces debieran existir los mecanismos institucionales necesarios para procesarlas legalmente, lo cual, dependiendo del caso frente al cual se esté, podría derivar en una expulsión definitiva de las fronteras nacionales. Puntualmente, la premisa de la que se debe partir es que tales ONG internacionales no tienen por qué ser siempre entidades “desinteresadas”, “solidarias” y “filantrópicas” sobre las cuales no debe recaer ni la más mínima de las sospechas. 2) También resulta de suma importancia que el Estado tenga presencia en zonas en donde las ONG han echado raíces. En efecto, no se puede desconocer que importantes necesidades de la población (alimento, educación, trabajo, información, etc.) son a veces cubiertas por estas instituciones, algo que les permite ganar ascendencia sobre una gran cantidad de ciudadanos, a los cuales posteriormente movilizan políticamente en distintos ámbitos. En este sentido, puede afirmarse que la soberanía política también tiene que mantenerse a través de los beneficios generados a la población, no tiene por qué ser interpretada como algo meramente formal y abstracto. De la misma forma que en el caso de las empresas multinacionales, evidentemente hay mucho camino por recorrer con respecto a los mecanismos e instrumentos útiles para bloquear toda injerencia de carácter dominante y arbitrario de las ONG internacionales y nacionales. Sobre todo, si se tiene en consideración que por lo general no se interpreta a aquellas como agentes que pueden poner en peligro la soberanía de los Estados. Difícilmente, pues, se encontrará críticas a las ONG en el sentido anterior provenientes de agrupaciones políticas de derecha o de izquierda. Y cabe destacar que es bastante menos probable rastrearlas en estas últimas agrupaciones, ya que las mismas en muchas

ocasiones son financiadas, precisamente, por ONG preocupadas por el medio ambiente, los derechos humanos o la promoción del feminismo.

Como ha quedado evidenciado a lo largo de este capítulo, no solamente es posible si se tiene como punto de partida los escritos de los republicanos más representativos, sino que, además, es necesario llevar a cabo una actualización de la teoría republicana que abra la posibilidad de abordar críticamente la dominación que sufren los Estados nacionales (sobre todo aquellos que pertenecen al Tercer Mundo) en el contexto presente de las relaciones internacionales. Un contexto que, sin embargo, es bastante más complejo que aquellas circunstancias que fueron analizadas en distintas épocas por Maquiavelo, Rousseau, Hamilton y otros autores republicanos. En efecto, en nuestro tiempo no solamente acontece que un Estado domina a otro, sino que, debido al proceso de globalización neoliberal, han hecho su aparición otros agentes externos que socavan la soberanía o independencia política, tales como los organismos financieros internacionales, las empresas multinacionales y los organismos no gubernamentales. Así, dado que corrientes filosófico-políticas contemporáneas como el liberalismo, el comunitarismo, el democratismo e incluso el socialismo se encuentran enfrascadas en discusiones que ni siquiera rozan la problemática fundamental de la crisis de soberanía o independencia de los Estados nacionales de nuestro tiempo, no cabe duda de que una tradición política de raíces sumamente remotas como la republicana, dadas sus amplias posibilidades críticas y subversivas, tiene que ser aprovechada para reinsertar dicha problemática en los debates públicos que se vienen dando en Latinoamérica y en otras partes del mundo.

## CONCLUSIONES

1. La actualización o revitalización de la teoría republicana de la libertad llevada a cabo por Skinner, Pettit y Viroli ha permitido la recuperación de un discurso político desde el cual es posible abordar críticamente distintos escenarios de injusticia, dominación y dependencia que, pese a estar enraizados de manera profunda en las sociedades democráticas contemporáneas, no vienen siendo estudiados convenientemente por corrientes filosófico-políticas vigentes como el socialismo, el democratismo, el comunitarismo y, sobre todo, el liberalismo.
2. Los escritores republicanos del pasado (Cicerón, Salutati, Bruni, Maquiavelo, Milton, Rousseau, Hamilton, entre otros) concibieron la libertad como ausencia de dominación. Ahora bien, también fueron categóricos al manifestar que este valor político debía entenderse en dos sentidos: 1) como ausencia de dominación interna y 2) como ausencia de dominación externa. Esto quiere decir que la teoría política republicana busca, por un lado, que no haya dominación dentro de las fronteras de la comunidad por parte de un tirano, una oligarquía o una facción contra los demás individuos y, por otro lado, que no haya dominación contra el Estado a causa del poder de un agente externo como un Estado con pretensiones imperialistas o colonialistas.
3. A pesar de que la tradición política republicana tiene sus fundamentos en dos dimensiones de la libertad (ausencia de dominación interna y ausencia de dominación externa), cuando Skinner, Pettit y Viroli han realizado su actualización o revitalización de la libertad republicana, se han limitado a recuperarla en el primer sentido. Por ello, su neorrepblicanismo únicamente sirve para abordar críticamente relaciones de dominación en donde los afectados son los individuos; relaciones de dominación como aquellas en donde los protagonistas pueden ser un gobernante y un gobernado, un hombre y una mujer, un empleador y un empleado, un funcionario público y un jubilado, un médico y un enfermo, un maestro y un alumno.
4. Por no haber considerado la posibilidad de emplear la libertad republicana para abordar los escenarios de dominación que se presentan en el contexto de las relaciones internacionales del presente, la de Skinner, Pettit y Viroli representa una versión empobrecida y no suficientemente audaz del republicanismo. Principalmente, es posible



sostener esto si se compara este nuevo republicanismo con el republicanismo del pasado, ya que este último se caracterizó por haber enarbolado la idea de que tanto la libertad de los individuos dentro de las fronteras como la libertad del Estado o cuerpo político en general eran de suma importancia.

5. En sus estudios históricos sobre la tradición política republicana, Skinner, Pettit y Viroli reconocen que republicanos del pasado como Bruni, Salutati, Maquiavelo, Guicciardini, Hamilton y Madison distinguieron dos dimensiones de la libertad (como ausencia de dominación interna y como ausencia de dominación externa). No obstante, en los escritos normativos de dichos autores contemporáneos no se llega a recuperar aquella dimensión desde la cual se pone de relieve la importancia de la soberanía, independencia o libertad del Estado frente a amenazas externas.

6. Pese a sus intentos de diferenciarse de la tradición política liberal, puede decirse que los neorrepublicanos (Skinner, Pettit y Viroli) no han escapado de sus redes ideológicas en tanto que han terminado haciendo del republicanismo una teoría política únicamente preocupada por la problemática de la libertad individual. Así, han agotado en esta problemática central para el liberalismo otros alcances críticos que puede tener el republicanismo. Uno de estos es, precisamente, el abordaje que puede hacer de la dominación que padecen los Estados o cuerpos políticos debido a agentes externos.

7. Esta especie de aire de familia existente entre el liberalismo y el neorrepublicanismo como consecuencia de que ambos se centran en la problemática de la libertad individual, ha ocasionado que filósofos y politólogos como Will Kymlicka y Alan Patten sostengan que entre escritores liberales y escritores neorrepublicanos no existen desacuerdos verdaderamente profundos y relevantes. No obstante, en esta investigación se ha sostenido que la lucha por la no-dominación externa o foránea debe concebirse, precisamente, como aquel tópico republicano sobre la base del cual se puede establecer una distinción más precisa entre ambas tradiciones políticas. Sucede que los más destacados representantes de la tradición liberal –sean clásicos como Locke y Constant o contemporáneos como Berlin y Rawls- no le han prestado atención a dicha cuestión de la dominación de origen exterior, y ello pese a que en muchas ocasiones la resolución de esta es condición de posibilidad irrenunciable para la ampliación o extensión de las libertades individuales.

8. Aunque Skinner es, ante todo, un historiador y un metodólogo, tiene una serie de escritos que poseen una dimensión marcadamente normativa. Ahora bien, en estos, presenta un nuevo republicanismo cuyo objetivo fundamental es enfrentar la concepción de la vida libre enarbolada por la tradición liberal. Por esta razón, no le presta atención a la dimensión de la libertad republicana relacionada con la soberanía o independencia del Estado.

9. Prueba de que Pettit, de la misma forma que Skinner, enarbola un nuevo republicanismo únicamente preocupado por la dominación interna es que, desde su perspectiva, los liberales tendrían que sentirse atraídos por la libertad republicana en tanto que esta se encuentra centrada en la capacidad de elección de los individuos, un rasgo que también tiene la noción negativa de la libertad como no interferencia. Todo lo anterior se hace más patente cuando Pettit hace girar su reflexión en torno a las relaciones de dominación en los ámbitos nacional, educativo, doméstico y laboral.

10. La reflexión de Pettit acerca de la independencia, libertad o soberanía de los Estados puede ser interpretada 1) como excesivamente reducida debido a que la desarrolla en unas pocas páginas de *Republicanism* y 2) como marcadamente acrítica al no identificar a los organismos internacionales, los organismos no gubernamentales y demás instancias del ordenamiento global contemporáneo como posibles amenazas para las libertades de las naciones. Interesado Pettit en habilitar el discurso republicano para que pueda expresar agravios o injusticias no considerados tradicionalmente por los republicanos clásicos (ambientalismo, socialismo, feminismo), termina desfigurando y empobreciendo el republicanismo al no abordar con la debida seriedad y profundidad la temática de la independencia del cuerpo político frente a todo dominio externo.

11. Si bien Viroli, a diferencia de Skinner y Pettit, recupera el afán patriótico del republicanismo, sorprendentemente, no aprovecha este para abordar críticamente, desde un nuevo republicanismo, los escenarios o circunstancias en los cuales la patria puede encontrarse dominada por agentes externos. Más bien, solo se concentra en la dominación que puede acontecer dentro de las fronteras nacionales como consecuencia de las injusticias de gobernantes sobre gobernados, hombres sobre mujeres, padres sobre hijos, empleadores sobre empleados. Este es el motivo por el que, para Viroli, los verdaderos enemigos de la patria son los tiranos y los corruptos; es decir, agentes internos que actúan a partir de intereses particulares contrarios al bien común.

12. En los pocos pasajes que Viroli dedica al tópico de las relaciones internacionales en las que están inmersos los Estados nacionales contemporáneos, señala que deben crearse instituciones supranacionales que se encarguen de garantizar el orden y la paz. De manera semejante a Pettit, Viroli no señala en ningún momento el peligro de que tales instancias globales se conviertan en una fuente de poder arbitrario, discrecional y dominante en desmedro de la soberanía o independencia de los Estados nacionales. Por el contrario, parece concebirlas como agentes externos que siempre actuarán dentro de los límites jurídicos y dentro de la imparcialidad política.

13. Ciertamente, los escritores republicanos del pasado siempre sostuvieron que toda comunidad política necesita ser libre frente a todo dominio interno y frente a todo dominio externo. Sin embargo, es necesario considerar el detalle de que unos manifiestan una preocupación especial por la libertad de los ciudadanos frente a las actitudes o decisiones tiránicas de otros individuos, mientras que otros hacen lo propio en lo que respecta a la soberanía o independencia de los Estados frente a las pretensiones imperiales de otros cuerpos políticos organizados. Siendo bastante esquemáticos, Cicerón, Séneca, Milton, Sidney y Harrington (a causa de que sus naciones disfrutaban de una posición dominante e incluso imperialista en el escenario internacional y a que ellos como particulares vivieron bajo gobiernos monárquicos o principescos) le prestaron más atención al peligro de la tiranía dentro de las fronteras de sus respectivas comunidades. En cambio, republicanos como Dante, Marsilio, Bartolo, Salutati, Bruni, Guicciardini, Maquiavelo, De la Veracruz, De Las Casas, Hamilton y Vidaurre (evidentemente por la frágil situación en la que estaban sus respectivos Estados desde un punto de vista geopolítico), se concentraron más en la lucha que tenía que emprenderse contra la dominación extranjera.

14. En *El contrato social*, no solamente se hace patente una preocupación por la libertad como ausencia de dominación interna, sino que también se puede identificar un abordaje de tópicos relacionados con la libertad como ausencia de dominación externa, tales como el imperialismo, el colonialismo, la esclavitud y la guerra.

15. Debido a que en el marco del proceso de globalización neoliberal contemporáneo los Estados nacionales han perdido un importante margen de su soberanía o independencia en favor de agentes externos como organismos financieros internacionales, empresas

multinacionales y organismos gubernamentales, resulta perfectamente factible analizar este fenómeno sobre la base de la libertad republicana entendida como ausencia de dominación externa.

16. Analizada desde una perspectiva política republicana, la considerable injerencia que tienen los organismos financieros internacionales, las empresas multinacionales y los organismos no gubernamentales en los asuntos internos de las naciones, revela que, en menor o mayor medida, tales agentes externos ostentan un poder dominante, arbitrario y discrecional sobre estas últimas.

17. A causa de la dominación externa perpetrada por los distintos agentes que conforman lo que suele denominarse como Estado transnacional o gobernanza mundial, las sociedades democráticas de la actualidad (principalmente aquellas que tienen un carácter periférico o semiperiférico) han perdido la relación dialéctica con el poder. En efecto, se ha conformado una especie de estatalidad más allá de lo local o nacional, algo que ha imposibilitado cada vez más la organización autónoma o soberana de los asuntos internos por parte de los Estados nacionales.

18. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial pueden ser interpretados como agentes externos que dominan a los cuerpos políticos legítimamente instituidos en distintas naciones. Y ello con la finalidad de favorecer los intereses de una oligarquía empresarial y financiera internacional. Entonces, al carecer de la soberanía o independencia necesaria para organizarse con miras a garantizar el bienestar colectivo, sobre todo las naciones del Tercer Mundo no funcionan como repúblicas en todo el sentido de la palabra.

19. Las empresas multinacionales también pueden ser concebidas como agentes externos que poseen un poder arbitrario o discrecional sobre los Estados nacionales. Entre otras razones, porque en muchas ocasiones sucede que estos son más débiles y vulnerables económicamente con respecto a las primeras.

20. Considerando que los organismos no gubernamentales, tienen injerencia directa en áreas estratégicas de cada una de las naciones en las que están instaladas y, al mismo tiempo, reciben financiamiento de Estados hegemónicos y de corporaciones

multinacionales para realizar sus actividades, no resulta descaminado interpretarlos como agentes externos de carácter dominante.

21. Al no recuperar la dimensión de la libertad republicana relacionada con la soberanía o independencia del Estado, Skinner, Pettit y Viroli no han tenido en consideración que una serie de formas de dominación que se presentan dentro de las comunidades políticas (ámbito interno), tienen su origen, en gran medida, en la injerencia que sobre estas tienen agentes extranjeros (ámbito externo). Por ello, resulta bastante complicado estructurar las libertades de los individuos sin garantizar, al mismo tiempo, un amplio margen de autonomía para que el Estado-nación organice los asuntos locales o internos sin estar al arbitrio o discreción de un agente exterior.

22. A lo largo de la historia, la teoría republicana, sobre todo, ha servido a aquellas naciones de carácter periférico y semiperiférico que necesitaban construir un discurso político para enfrentar las pretensiones imperialistas o colonialistas de otras naciones. Prueba de ello son el republicanismo italiano (Dante, Marsilio, Bruni, Salutati, Maquiavelo), el republicanismo norteamericano (Hamilton, Madison, Jay) y el republicanismo iberoamericano (De las Casas, De la Veracruz, Vidaurre, Sánchez Carrión, Paredes).

23. Como consecuencia de la condición todavía marcadamente periférica y deficitaria de Latinoamérica en el contexto internacional, las ideas de los republicanos del pasado acerca de la soberanía o independencia del Estado pueden representar una audaz y sugerente base intelectual para configurar una crítica de las formas de dominación en las que están insertas las naciones de esta parte del mundo.

24. Los Estados nacionales latinoamericanos no han alcanzado el estatus de soberanos, independientes o libres que debieran ostentar en tanto que repúblicas. En el marco del proceso de globalización neoliberal de las últimas décadas, se ha tornado del todo patente que aquellos no son las últimas instancias que deciden sobre aquellos asuntos políticos, económicos y sociales que determinan la consecución o no del bienestar colectivo.

25. Sobre la base de la teoría republicana de la libertad, el influjo del FMI y de otras instancias que conforman la llamada gobernanza mundial puede interpretarse como una manifestación de dominación sobre las naciones latinoamericanas en tanto que el gran poder que concentran aquellas 1) anula casi por completo toda posible negociación o

debate en condiciones de libertad e igualdad sobre los términos de los acuerdos y 2) genera una especie de temor en los representantes políticos de las distintas naciones.

26. Las características que, según Skinner, Pettit y Viroli, tiene el individuo dominado por un agente interno (tirano, facción, empleador, maestro), también pueden ser asociadas con el Estado dominado por un agente externo (otro Estado, un organismo internacional, una empresa multinacional). En efecto, los Estados nacionales dominados viven bajo la sombra de la presencia de otros, aunque ningún brazo termine levantándose contra ellos. Viven en medio de la incertidumbre con relación a posibles reacciones de otros, lo cual les rebaja a una condición de vulnerabilidad e indignidad. Son incapaces de mirar al otro de frente y muchas veces se ven obligados a la adulación y el falso halago con miras a congraciarse con sus dominadores.

27. La condicionalidad que imponen el BM y, sobre todo, el FMI, pese a que se presenta como netamente económica, termina invadiendo el ámbito político, reconfigurando la naturaleza y funciones de instituciones públicas de carácter estratégico para toda nación.

28. El hecho de que las empresas multinacionales o transnacionales ejercen un influjo dominador sobre Estados nacionales como los latinoamericanos se comprueba en que aquellas establecen las condiciones de inversión y empleo, teniendo el poder de amenazar con el retiro de sus inversiones si es que sus demandas no logran ser satisfechas, aunque estas sean contrarias al bienestar colectivo.

29. Instrumentos a través de los cuales las multinacionales o transnacionales ejercen dominación sobre los Estados nacionales son el *lobby*, el financiamiento de campañas electorales, las puertas giratorias Estado-corporaciones, el uso de calificadoras de riesgo-país y la presión a través de los medios masivos de comunicación. En este sentido, el poder corporativo puede ejercer su dominio de dos maneras: empleando medios sutiles y no interferentes (amenazas, chantajes y producción de miedo) o medios abiertos, directos e interferentes (retiro de inversiones e injerencia en los asuntos públicos).

30. El carácter dominante de los organismos no gubernamentales, tiene que ver con el hecho de que, debido al respaldo internacional que poseen, logran bloquear el desarrollo de dimensiones estratégicas de las naciones latinoamericanas en nombre de la democracia, los derechos humanos y el medioambiente; pasando por encima de

decisiones soberanas tomadas por autoridades políticas legítimas y de importantes demandas materiales hechas por la población.

31. Un nuevo republicanismo preocupado tanto por la dominación interna como por la dominación externa tiene que redefinir los alcances y límites que le deben corresponder a todo Estado en la actualidad. Como es evidente, una estatalidad mínima y débil sobre todo legitimada por sus funciones jurídicas y policiales (tal y como la que, en gran medida, han enarbolado Hobbes, los liberales y ahora los neoliberales) no puede ser capaz de hacerle frente a los agentes dominantes de origen interno y externo.

32. Desde el nuevo republicanismo propuesto se debe apuntar a una globalización alternativa o contrahegemónica, en donde el afán por integrar las distintas sociedades no suponga la resignación de los Estados nacionales frente a posiciones colonialistas o imperialistas de Estados hegemónicos, organismos internacionales y corporaciones multinacionales.

33. Un mecanismo eficaz de profunda raigambre republicana para combatir la dominación externa desde una posición vulnerable o periférica es la integración o unificación de territorios. Por ende, dado el enorme poderío de los distintos agentes externos dominantes, tales como los organismos financieros internacionales, las corporaciones multinacionales, los organismos no gubernamentales y los Estados hegemónicos, sería importante pensar en Latinoamérica como una unidad geopolítica, ya que la actual fragmentación no hace posible generar los contrapesos necesarios en el marco de las relaciones internacionales. Precisamente, el objetivo de construir bloques geopolíticos para enfrentar la injerencia de agentes extranjeros hunde raíces profundas en la tradición política republicana. Por un lado, los republicanos italianos como Dante, Guicciardini y Maquiavelo enfatizaron en la necesaria unidad de las ciudades italianas para enfrentar al Papa y al Emperador y, por otro lado, los republicanos norteamericanos como Hamilton, Madison y Jay destacaron la importancia de la unidad de Estados o cuerpos políticos ya definidos a través del recurso al federalismo y ello con miras a tener los medios para luchar contra el dominio del Imperio Británico.

34. Sobre la base de una asunción de un republicanismo de nuevo cuño, las naciones latinoamericanas pueden hacerle frente al dominio externo no asumiendo a pie juntillas el dogma de la rápida y absoluta liberalización comercial enarbolado por los organismos financieros internacionales, las empresas multinacionales y los Estados hegemónicos. Por

el contrario, a la manera de las naciones del Este asiático, deben configurar sus economías a través de una protección sensata y selectiva de ciertos ámbitos de sus industrias hasta que estas sean lo suficientemente fuertes para entrar en competencia con las empresas extranjeras.

35. Desde un republicanismo contemporáneo específicamente preocupado por la dominación externa, podría sugerirse también que el FMI, el BM y otros organismos financieros internacionales tengan una apertura al diálogo bastante más amplia frente a naciones como las latinoamericanas.

36. Frente al FMI, el BM y demás organismos internacionales, otra propuesta de raigambre republicana digna de ser, por lo menos, analizada es la de crear los dispositivos y estrategias necesarias para que aquellas puedan ser fiscalizadas y controladas de alguna manera, habida cuenta de que afectan directamente los intereses colectivos de las naciones y de que son entidades que funcionan con los recursos públicos de los países miembros. Por supuesto, esta fiscalización y control no tiene que ser encabezada solamente por los Estados hegemónicos, sino por todos aquellos Estados nacionales que, de una u otra manera, se vean afectados por las decisiones de dichos organismos internacionales.



## REFERENCIAS

- AGUILAR, J.A y ROJAS, R. (2002). *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*. México: FCE.
- AGUILAR, J.A. (2012). *Ausentes del universo. Reflexiones sobre el pensamiento político hispanoamericano en la era de la construcción nacional, 1821-1850*. México: FCE.
- ARENDT, H (2013). *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza editorial.
- ARISTÓTELES. (2003). *Política*. Madrid: Gredos.
- ARISTÓTELES. (2008). *Política*. Madrid: Tecnos.
- BARON, H. (1993). *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayos sobre el cambio del pensamiento medieval al moderno*. México: FCE.
- BAUMAN, Z. (2005). *Amor líquido*. Buenos Aires: FCE.
- BERLIN, I. (2017). *Sobre la libertad*. Madrid: Alianza editorial.
- BERMUDO, J.M. (2010). *Adiós al ciudadano. Pluralismo, consumo, globalización*. Barcelona: Horsori.
- BOBBIO, N. y VIROLI, M. (2002). *Diálogo en torno a la república*. Barcelona: Kriterion Tusquets.
- BOGERS, T y DREJER, B. “Freedom as non-dependence. An interview with Quentin Skinner”, en Amsterdam Centre for Political Thought, junio 2016. Recuperado de <http://www.acpt.nl/wp-content/uploads/2016/03/ACPT-Freedom-as-non-dependence-an-interview-with-Quentin-Skinner-JUN2016.pdf>
- BRUNI, L. (1968). “A Eulogy of the City of Florence [Laudatio Florentinae Urbis]”, en Baron, H. *From Petrarch to Leonardo Bruni*. Chicago.
- BUTTERFIELD, H. (1965). *Maquiavelo y el arte de gobernar*. Buenos Aires: Huemul.
- CAMPS, V. (2013). *Breve historia de la ética*. Barcelona: RBA Libros.

CARDONA, H y CARDONA, P. “El Estado-nación en la globalización y en el reordenamiento internacional”, en *Revista Ciencias Estratégicas*, 2011, vol. 19, nro. 25, pp. 75-87.

CARDONA, L.M. “La noción republicana de virtud: de la virtud moral a la virtud cívica”, en *Forum*, 2011, nro.2, pp.109-126.

CATENA, A. “Es un buen momento para promover el debate”. Entrevista a Eduardo Rinesi, en *Revista Cabal*. Recuperado de <http://www.revistacabal.coop/actualidad/eduardo-rinesi-es-un-buen-momento-para-promover-el-debate>

CHANG, H.J. (2002). *Kicking Away the Ladder: Development Strategy in Historical Perspective*. Londres: Anthem Press.

CHAPARRO, S. y DEL ÁGUILA, R. (2009). “Maurizio Viroli y su obra”, en Viroli, M. *De la política a la razón de Estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)*. Madrid: Akal.

CICERÓN. (1982). *Obras políticas*. Madrid: Gredos.

CONSTANT, B. (2019). *La libertad de los modernos*. Madrid: Alianza editorial.

CORREA, R. (2014). *Ecuador: de Banana Republic a la No República*. Medellín: De Bolsillo.

CUEVA, R. “Republicanismo y autogobierno”, en *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, 2011, nro. 154, Madrid, octubre-diciembre, pp. 41-70.

CUYA, A. (en proceso). *El bien común como fin del Estado en la filosofía política de Nicolás Maquiavelo* (Tesis de licenciatura). Lima: UNMSM.

DE LA VERACRUZ, A. (2004). *Del dominio de los indios y la guerra justa*. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

DE LAS CASAS, B. (1974). *Derechos civiles y políticos. El poder de los reyes y el derecho de los súbditos*. Madrid: Nacional.

DE SOTO, D. (1995). *Reelecciones y opúsculos*. Salamanca: San Esteban.

DE VICTORIA, F. (1960). *Obras de Francisco de Vitoria*. Madrid: BAC.

DELGADO, A. (25 de noviembre de 2001). “Republicanismo: el conejo en la chistera”. *El País*. Recuperado de [https://elpais.com/diario/2001/11/26/opinion/1006729207\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2001/11/26/opinion/1006729207_850215.html)

- DEL PALACIO, J. (11 de febrero del 2019). "Si existe alguna posibilidad de vencer al nacionalismo es redescubriendo el patriotismo". Entrevista a Maurizio Viroli. El Mundo. Recuperado de <https://www.elmundo.es/cultura/2019/02/11/5c60513afdddf3d628b4576.html>.
- FRANÇAIS, A. (2000). "El Crepúsculo del Estado-nación. Una interpretación histórica en el contexto de la globalización". UNESCO-MOST: Documentos de debate- nro. 47.
- FRASER, N. y HONNETH, A. (2006). *¿Redistribución o reconocimiento?: Un debate político-filosófico*. Madrid: Ediciones Morata.
- FRIEDMAN, M. (1960). *Capitalismo y Libertad*. Madrid: Rialp.
- GAOS, J. (1990). *Obras completas. Pensamiento de lengua española. Pensamiento español*, tomo VI. México: UNAM.
- GARCÉS ARCE, G. (2018). *La seguridad como fin del Estado: Una interpretación de la filosofía política de Thomas Hobbes*. (Tesis de Licenciatura). Lima: UNMSM.
- GARCÍA LINERA, A. (2017). *Democracia, Estado, nación*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- GARCÍA LINERA, A. (2017). *Geopolítica de la amazonía. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- GONZÁLEZ, M. y HERRERA, R. (coord.). (2014). *Maquiavelo en España y Latinoamérica*. Madrid: Tecnos.
- GONZÁLEZ ULLOA, P. "El Estado y la globalización ante la nueva crisis internacional", en *Política y cultura*, ene. 2010, nro.34.
- HABERMAS, J. (1998). *Facticidad y validez: sobre el derecho y el estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Madrid: Trotta.
- HAMILTON, A, MADISON, J y JAY, J. (2014). *El Federalista*. México: FCE.
- HARVEY, D. (2005). *Breve historia del neoliberalismo*. Recuperado de: [http://ffyl1.uncu.edu.ar/IMG/pdf/breve\\_historai.pdf](http://ffyl1.uncu.edu.ar/IMG/pdf/breve_historai.pdf).
- HOBBS, T. (2010). *Leviatán, o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. México: FCE.

HONOHAM, I. (2002). *Civic Republicanism*. Londres y Nueva York: Routledge.

KRISTELLER, P. (2013). *Ocho filósofos del Renacimiento italiano*. México: FCE.

(1 de febrero de 2014). "La sustitución de importaciones busca impulsar la industria nacional, dice Rafael Correa". América Economía. Recuperado de <https://www.americaeconomia.com/economia-mercados/la-sustitucion-de-importaciones-busca-impulsar-la-industria-nacional-dice-rafael-c>

LOCKE, J. (2006). *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil. Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del gobierno civil*. Madrid: Tecnos.

MAQUIAVELO, N. (1965). *Obras políticas*. Buenos Aires: Ateneo.

\_\_\_\_\_. (2012). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza editorial.

\_\_\_\_\_. (2015). *El príncipe*. Madrid: Tecnos.

MONEDERO, J. C. (2009). *Disfraces del Leviatán. El papel del Estado en la globalización neoliberal*. Madrid: Akal.

NOZICK, R. (1974). *Anarchy, state and utopia*. New York: Basic Books.

“ONG, las nuevas caras de la invasión de América Latina”. Entrevista a Silvina María Romero, investigadora del CELAG y del Consejo Nacional de Investigaciones científicas y técnicas. Telesur. Recuperado de <https://www.telesurtv.net/news/ONG-las-nuevas-caras-de-la-invasion-de-America-Latina-20160603-0040.html#>

OVEJERO, F. “Capitalismo y republicanism: un panorama”, en RIFP, 2004, nro. 23, pp. 113-137.

\_\_\_\_\_. “Republicanism: el lugar de la virtud”, en Isegoría, 2005, nro. 33, pp. 99-125.

\_\_\_\_\_. “Ordenando la causa republicana”, en *Revista de Libros*, junio 2003, nro. 78.

\_\_\_\_\_. (2018). *La deriva reaccionaria de la izquierda*. Barcelona: Página Indómita.

OVEJERO, F. y MARTI, J.L. (3 de enero de 2002). “No solo de Pettit vive el socialismo”. *El País*. Recuperado de [https://elpais.com/diario/2002/01/04/opinion/1010098808\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2002/01/04/opinion/1010098808_850215.html).

OVEJERO, F. MARTI J.L. y GARGARELLA, R. (comp.) (2004). *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y libertad*. Barcelona: Paidós.

PATTEN, A. (2004). “La crítica republicana al liberalismo”, en Ovejero, F. Marti y J.L. Gargarella, R. (comp.). *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y libertad*. Barcelona: Paidós.

PETTIT, P. (1999). *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*; traducción de Toni Doménech. Barcelona: Paidós.

\_\_\_\_\_. (2004). “Liberalismo y republicanismo”, en Ovejero, F. Marti, J.L. Gargarella, R. (comp.). *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y libertad*. Barcelona: Paidós.

PISCONTE, A. (2016). *República, cuerpo y nación. Discurso republicano y liberalismo en la obra escrita de Manuel Lorenzo de Vidaurre y Encalada (1773-1841) y José María Luis Mora (1794-1850)*. (Tesis doctoral). México: UNAM.

PLATÓN. (1998). *Diálogos (IV). República*. Madrid: Gredos.

POCOCK, J.G.A (2008). *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*; estudio preliminar y notas de Eloy García, comentario crítico de Joaquín Gomes Canotilho y traducción de Marta Vázquez-Pimentel y Eloy García. Madrid: Tecnos.

(25 de mayo del 2015). “Putin firma un proyecto de ley que prohíbe *grupos extranjeros indeseables*”. *Rusia Today*. Recuperado de <https://actualidad.rt.com/actualidad/175738-putin-firma-ley-prohibicion-grupos-indeseables>.

QUIJANO, F. y GIANNAKOPOULOS, G. “Historia y política en perspectiva. Entrevista a Quentin Skinner”, en *Signos Filosóficos*, junio de 2013, vol. 15, nro. 29. Trad. del inglés de Alistair McCreadie. Publicado originalmente en *Journal of Intellectual History and Political Thought* (revista electrónica), octubre, 2012, vol. I, nro. 1, pp. 7-31.

RAYÓN, M.C. “La globalización: su impacto en el Estado-nación y en el Derecho”, en *Revista Jurídica Derecho*, junio de 2018, vol. 7, nro. 8. Recuperado de [http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S2413-28102018000100003](http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2413-28102018000100003)

RINESI, E. “Populismo y republicanismo”, en *Ensamblés*, primavera 2015, año 2, nro. 3, pp. 84-94.

\_\_\_\_\_. “Una defensa del republicanismo popular”, en *Maíz*, mayo del 2016, nro. 6, pp. 12-15.

ROJAS, R. (2009). *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la Revolución de Hispanoamérica*. México: Taurus.

ROSALES, J.M. “Patriotismo constitucional: sobre el significado de la lealtad política republicana”, en *Isegoría*, 1999, nro.20, pp. 139-149.

ROUSSEAU, J.J. (2002). *El Contrato Social/ Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*. Barcelona: RBA.

ROUSSEAU, J.J. (2006). *Escritos políticos*. Madrid: Trotta.

RUS RUFINO, S. (2008). “Introducción”, en Aristóteles. *Política*. Madrid: Tecnos.

SABINE, G. (2013). *Historia de la teoría política*. México: FCE.

SARALEGUI, M. “La libertad de los modernos y la libertad negativa. Diferencias y similitudes entre los discursos liberales de Constant y Berlin”, en *Thémata Revista de Filosofía*, 2007, nro. 38

SALAZAR BONDY, A. (1995). *Dominación y liberación*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

SALUTATI, C. (1723-1751). “Reply [a Giangaleazzo Visconti] [Responsio]”, en Muratori, L. (ed.). *Rerum Italicarum Scriptores*, 25 vols, vol.16, Milán.

SCHNEIDER, C. "Notas sobre comunitarismo, republicanismo y neoliberalismo", en *Revista de Derecho*, 2000, vol. XI, pp. 95-101.

SKINNER, Q. "La idea de libertad negativa", en R. Rorty, J.B. Schneewind y Q. Skinner (eds.). (1990). *La filosofía en la historia*. Barceola: Paidós, pp. 227-259.

\_\_\_\_\_. (2003). *El nacimiento del Estado*. Buenos Aires: Gorla.

\_\_\_\_\_. (2004). *La libertad antes del liberalismo*; traducción de Fernando Escalante. Madrid: Taurus.

\_\_\_\_\_. (2004). "Las paradojas de la libertad política", en Ovejero, F. Marti, J.L. Gargarella, R. (comp.). *Nuevas ideas republicanas. Autogobierno y libertad*. Barcelona: Paidós.

\_\_\_\_\_. "La libertad de las repúblicas: ¿un tercer concepto de libertad?", en *Isegoría*, 2005, nro. 33.

\_\_\_\_\_. (2007). "Significado y comprensión en la historia de las ideas", en *Lenguaje, política e historia*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

\_\_\_\_\_. (2010). *Hobbes y la libertad republicana*. Buenos Aires: Bernal.

\_\_\_\_\_. (2012). "Sobre la justicia, el bien común y la prioridad de la libertad", en C. Mouffe, ed. *Dimensiones de la democracia radical. Pluralismo, ciudadanía, comunidad*. Buenos Aires: Prometeo.

\_\_\_\_\_. (2013). *Los fundamentos del pensamiento político moderno I. El Renacimiento*. México: FCE.

SOUROJON, G. "El renacer de una tradición. Los distintos caminos del republicanismo contemporáneo", en *Foro Interno*, 2014, vol. XIV, pp. 93-119.

STIGLITZ, J. (2017). *La gran brecha*. México: De Bollsillo- Penguin Random House.

\_\_\_\_\_. (2018). *El malestar en la globalización (Revisitado)*. Barcelona: Taurus-Penguin Random House.

STRANGE, S. (2003). *La retirada del Estado. La difusión del poder en la economía mundial*. Barcelona: Icaria.

STRAUSS, L. y CROPSEY, J. (comp.) (2014). *Historia de la filosofía política*. México: FCE.

SVAMPA, M., STEFANONI, P. y BAJO, R. (agosto de 2009). “Entrevista a Alvaro García Linera”, en *Le Monde Diplomatique*. Recuperado de <https://maristellasvampa.net/antisemitismo-olvidos-y-manipulaciones-por-ezequiel-adamovsky-maristella-svampa-y-horacio-tarcus-en-pagina-12-230709/>

TREVINO, J. “Las ONG de derechos humanos y la redefinición de la soberanía del estado mexicano”, en *Foro Internacional*, 2004, vol. XLIV, 3 (177) julio-septiembre.

TUDELA-FOURNET, M. (2015). *Crítica al neorrepblicanismo instrumental y su interpretación de la tradición republicana: Bien común frente a libertad como valor fundamental*. (Tesis de doctorado). Madrid: UAM.

\_\_\_\_\_. (2017). *La primacía del bien común. Una interpretación de la tradición republicana*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

VELASCO, J.C. “Patriotismo constitucional y republicanismo”, en *Claves de Razón Práctica*, 2002, nro.125, pp. 33-40.

VELASCO, A. “Multiculturalismo, nación y federalismo”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, mayo-agosto 2004, vol. XLVII, nro. 191, pp. 68- 85.

\_\_\_\_\_. (2006). *Republicanismo y multiculturalismo*. México: Siglo XXI.

\_\_\_\_\_. (2009). *La persistencia del humanismo republicano en la conformación de la nación y el Estado en México*. México: UNAM.

\_\_\_\_\_. (2014). “Republicanismo anticolonial y republicanismo nacionalista en el Renacimiento”, en González, M. y Herrera, R. (coord.). *Maquiavelo en España y Latinoamérica*. Madrid: Tecnos.

VIROLI, M. “El significado de la libertad”, en *Revista de Libros*, abril 2001, nro.52, pp. 6-8.

\_\_\_\_\_. “El sentido olvidado del patriotismo republicano”, en *Isegoría*, 2001, nro. 24, pp. 5-14.



\_\_\_\_\_. (2009). *De la política a la razón de Estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)*. Madrid: Akal.

\_\_\_\_\_. (2014). *Republicanism*; traducción de Romina di Carli y Marina López; prólogo de Manuel Suárez Cortina. Santander: Universidad de Cantabria.

\_\_\_\_\_. (2019). *Por amor a la patria. Un ensayo sobre las diferencias entre patriotismo y nacionalismo*. Barcelona: Deusto.